



EN línea con JESÚS

P. Javier Herrán, sdb.
2019 • 2020 • 2021 • 2022

EN
línea
con **JESÚS**

EN
línea
con **JESÚS**

En línea con Jesús

© Padre Javier Herrán, sdb

1ra edición: Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
Casilla: 2074
P.B.X. (+593 7) 2050000
Fax: (+593 7) 4 088958
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

Editora: Mónica Ruiz Vásquez

Fotografía: Universidad Politécnica Salesiana

Diseño y diagramación: Claudia Narváez

Impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito, Ecuador

ISBN impreso: 978-9978-10-639-6

ISBN digital: 978-9978-10-640-2

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito, Ecuador, abril 2022

PRESENTACIÓN

Las enseñanzas de Jesús leídas a la luz de nuestros tiempos es lo que ofrece esta segunda parte del libro “En línea con Jesús”, de autoría del Padre Javier Herrán, sdb. y que recoge las publicaciones hechas cada domingo entre el 2019 y 2022 en la red social Facebook en un espacio que lleva el mismo nombre.

La primera parte fue publicada hace tres años por la Editorial Universitaria Abya - Yala. Los temas son diversos, unos más profundos, otros llevan la sabiduría que nace de situaciones cotidianas, donde el ser humano pone su esperanza en la fuerza de la palabra de Jesús. Sus seguidores son como aquellos pescadores que no buscan milagros, sino escucharlo para apoyarse en Él.

Ahora es la red la que convoca también a los seguidores del Padre Javier, quien, con palabras sencillas y en línea con Jesús, nos anima a “remar mar adentro”, abandonar seguridades, asumir responsabilidades para optar por una vida plena sintiendo su amor desde dentro, confiando en su palabra, aunque muchas veces no coincida con nuestros intereses y estilos. “La misión a la que nos llama Jesús para echar las redes está libre de propaganda religiosa, es una invitación a ser colaboradores de Dios”, nos dice.

Quienes lo leen cada domingo, provienen de diversos espacios, historias, experiencias, han vivido la tragedia de cerca, son estudiantes, madres que buscan respuestas o personas cuyas vidas han sido tocadas por la pandemia del Covid 19. Son como la gente que escuchaba a Jesús desde la orilla, que se cautiva con su palabra y decide seguirlo.

Para el Padre Javier, ser discípulo de Jesús exige confiar en sus enseñanzas para mirar de otra manera la vida, encontrando la fuerza para decir como Pedro: Apoyado en tu palabra, echaré las redes. Les invitamos a sumergirse en estas líneas, a navegar entre ellas y conectarse con Jesús desde la sencillez, humildad y sabiduría del corazón.

“ Pedro reconoce su pecado y confiesa su amor sincero a Jesús: Señor, tú sabes que te quiero ”



¿ME AMAS?

¿Simón, hijo de Juan, me amas?” (Jn. 20, 17) El capítulo está centrado en la figura de Pedro. El encuentro de Jesús resucitado con sus discípulos junto al lago de Galilea tiene como trasfondo el fracaso: “Aquella noche no cogieron nada”. Todo comienza con una decisión de Simón Pedro, salen a pescar, pero falta Jesús.

Cuando se redacta este capítulo, los cristianos viven momentos difíciles de prueba y persecución, algunos reniegan de su fe. El mensaje no puede ser más actual para los cristianos: sólo la presencia de Jesús resucitado puede dar eficacia al trabajo evangelizador de sus discípulos. Sin su presencia, su aliento y su palabra orientadora no hay evangelización fecunda.

¿Hemos de seguir intensificando los esfuerzos pastorales o hemos de detenernos a cuidar mejor la presencia viva del Resucitado en nuestro trabajo?

Preocupados por sobrevivir, constatamos nuestra debilidad, pocos sacerdotes y vocaciones, grandes masas indiferentes entristecen el corazón de la pequeña comunidad cristiana parroquial. No resulta fácil reconocer entre nosotros la presencia de Jesús para alegrar a la comunidad. Todo puede empezar de nuevo. Todo puede ser diferente. Con humildad, pero con fe, Pedro reconoce su pecado y confiesa su amor sincero a Jesús. “Señor, tú sabes que te quiero”.

Necesitamos ser testigos de Jesús, ser creyentes de su vida y su palabra, para así descubrir su presencia viva en el quehacer diario. Pedro nos recuerda que la vitalidad de la fe no es un asunto de doctrina o prácticas religiosas, sino de amor a Jesucristo. Los cristianos saldremos de esta crisis acrecentando nuestra confianza en Él.

Es el amor lo que permite a Pedro entrar en una relación viva con Cristo resucitado. No hemos de olvidar que el amor brota en nosotros cuando nos abrimos a otra persona en una actitud de confianza y entrega que va más allá de razones, pruebas y demostraciones. De alguna manera, amar es siempre aventurarse en el otro.

Pero hay algo más. De alguna manera, nuestra vida queda tocada y transformada por la persona de Jesús, su vida y misterio. La fe cristiana es una experiencia de amor. Por eso, creer en Jesucristo es mucho más que aceptar verdades acerca de Él. Creemos realmente cuando experimentamos que se va convirtiendo en el centro de nuestro pensar, querer y vivir. La pregunta de Jesús a Pedro es decisiva: ¿Simón, hijo de Juan, me quieres? La respuesta es conmovedora: Señor, tú lo conoces todo, sabes que te quiero.

MIS OVEJAS

“Mis ovejas escuchan mi voz” (Jn. 10, 27) Este capítulo de Juan es uno de los más elaborados de los cuatro evangelios. No hay palabras directas de Jesús, ni recuerdos, es pura teología joánica. Leerlas, escucharlas sin ubicarse en la situación de Juan es un error. El contexto es el conflicto entre los judíos y Jesús; la discusión se daba en el pórtico de Salomón que estaba protegido del viento por una muralla. Era invierno.

La cuestión es tensa, Jesús critica que no acepten su mensaje ni sus milagros, es muy claro: “Vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas”. No les presiona, pero les dice “Mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco, ellas me siguen y yo les doy la vida eterna”.

En la teología de Juan no hay intermediarios, la decisión de seguirle depende de cada uno. Solo si le escuchamos y le seguimos, establecemos con Jesús la relación que lleva a la vida eterna.

Nada hay tan decisivo como vivir como sus seguidores y lo primero es escuchar su llamada, sentirnos atraídos y llamados por Él. La fe no consiste en creer algo sobre Jesús sino en creerle.

El gran riesgo de los cristianos es creer que somos seguidores de Jesús por lo que creemos y no por lo hacemos. Cuando no lo seguimos, nuestra fe corre el riesgo de quedar reducida a una aceptación de creencias, una práctica de obligaciones religiosas y una obediencia a la disciplina de la Iglesia.

Seguir a Jesús es la decisión que lo cambia todo porque es comenzar a vivir de manera nueva, es encontrar el camino, la verdad, el sentido y la razón de la religión cristiana. Es hacer nuestro su proyecto de un mundo solidario y de perdón.

Cada vez hay más personas que viven como si Dios no existiera y esta crisis religiosa puede meternos en una nueva discusión con el Jesús de la historia porque no creemos lo que dice y hace, o, por el contrario, puede llevarnos a seguirlo y escucharle decir: “Mis ovejas escuchan mi voz”.

Jesús no impone nada, no fuerza a nadie. Llama a cada uno por su nombre. Para Él, no hay masas. Cada uno tiene un rostro propio. Cada uno escucha su voz.

SÍGUEME

La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros” (Jn. 13, 35) Jesús está celebrando la última cena. Acaba de lavar los pies a sus discípulos, les habla con ternura. Quiere que quede grabado en sus corazones sus últimos gestos y palabras: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado, amaos también entre vosotros. La señal por la que os conocerán todos que sois mis discípulos será esa”. Este es el testamento de Jesús.

¿Dónde está la novedad? Amar al prójimo es enseñado por diversas filosofías y filantropías. Está presente en la tradición religiosa de amor a todo ser humano. ¿Pero, qué implica el amor de Jesús?

Los discípulos tienen la experiencia de que Jesús los ha amado como sus amigos: “No os llamo siervos, a vosotros os he llamado amigos”. Por eso, corta de raíz sus ambiciones cuando los ve discutiendo por el primer puesto; les recuerda que su amor es el servicio. Entre amigos nadie se impone. Han de estar dispuestos a colaborar. Esa amistad es cordial y amable, acoge a quienes necesitan ayuda. Les ha enseñado a comer con pecadores, gente excluida y despreciada. Todos tienen lugar en su amor.

Vivimos una cultura de intercambio en donde se cambian de la misma forma objetos, servicios o sentimientos. El amor y la amistad son productos que tienen un fin.

El amor que los discípulos han recibido de Jesús seguirá difundiéndose entre quienes les sigan; no es un regalo proveniente de una marca publicitaria, simplemente porque no es un producto, es un estilo de vida en donde Jesús está en el medio. Esa es la señal de que está vivo. Lo que permite descubrir dónde están los cristianos es la presencia de Jesús entre ellos; no las ceremonias religiosas, la doctrina o el cumplimiento de una disciplina, sino el amor vivido con su espíritu, allí está su identidad. Nadie está por encima. Ningún amigo es señor de sus amigos.

Este estilo se distancia de relaciones e intercambios interesados. Nos falta aprender que Él vivió el amor con un comportamiento activo y creador que lo llevaba al servicio a los demás y a luchar contra todo lo que deshumaniza y hace sufrir al ser humano. La señal está en los hombres y mujeres discípulos de Jesús que se distancian de la mediocridad por su capacidad de amar como Él.

GUARDAR

“El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a Él y haremos morada en Él.” (Jn. 14, 23) Jesús se despide de sus discípulos. Se respira una atmósfera especial, tienen miedo a quedarse sin su Maestro; Jesús,

por su parte, insiste en que, a pesar de su partida, nunca sentirán su ausencia. Saben que están viviendo las últimas horas con su Maestro. Jesús quiere infundirles ánimo descubriéndoles sus últimos deseos.

Que no pierdan el mensaje, si le aman, es lo primero que han de cuidar. “El que me ama, guardará mi palabra, el que no me ama, no la guardará”. Les dice que hay otra forma no necesariamente física de estar con ellos. Los prepara para que aprendan a experimentarlo no como una realidad material, sino en su mensaje.

Después de veinte siglos ¿qué hemos hecho del evangelio de Jesús? ¿Lo guardamos fielmente o lo manipulamos desde nuestros propios intereses? ¿Lo acogemos en nuestro corazón o lo vamos olvidando? ¿Lo presentamos con autenticidad o lo ocultamos con nuestras doctrinas?

Jesús sabe que habrá muchas formas de entender su palabra por eso les habla del Espíritu y dice: Él les enseñará a comprender mejor lo que les he enseñado. Les ayudará a profundizar cada vez más su Buena Noticia. Les recordará lo que le han escuchado. Los educará en su estilo de vida.

¿Nos dejamos guiar por el Espíritu de Jesús? ¿Sabemos actualizar su buena noticia? ¿Vivimos atentos a los que sufren? ¿Hacia dónde nos impulsa hoy su aliento renovador?

Así como en otros tiempos, encontramos hombres y mujeres seguidores de Jesús cuya forma de vivir abre caminos a un mundo más sano y justo, también hay cristianos que guardan su palabra como un tesoro. Quiere que su mensaje llegue a todo ser humano, hay mucha gente que tiene hambre de Jesús.

El Papa Francisco nos invita a caminar como testigos del mensaje, no a quedarnos conservándolo pasivamente. El Espíritu de Jesús nace en el corazón que no tiembla ni se acobarda ante los desafíos de una Iglesia “en salida”; salida de lo conocido, de posiciones de defensa y protección de tradiciones y respuestas conocidas, de las respuestas de siempre para realidades de las nuevas culturas de la posmodernidad.

TESTIGOS

“Vosotros sois testigos de esto”. (Lc. 24,48) Jesús era realista. Sabía que no podía transformar de un día para otro aquella sociedad donde veía sufrir a tanta gente. No tenía poder político ni religioso para provocar un cambio revolucionario. Sólo tenía su palabra, sus gestos y su fe en el Dios de los que sufren. Por eso le gustaba tanto hacer gestos de bondad. Abraza a los niños de la calle para que no se sientan huérfanos, toca a los leprosos para que no se vean excluidos de las aldeas, acoge amistosamente a su mesa a pecadores e indeseables para que no se sientan despreciados.

No son gestos convencionales. Le salen desde su voluntad de hacer un mundo más amable y solidario en el que las personas se ayuden y se cuiden mutuamente. No importa que sean gestos pequeños. Dios tiene en cuenta hasta el vaso de agua que damos a quien tiene sed.

Los pobres siguen presentes en el mundo, los niños de la calle necesitan que les quieran, la gente sufre y los excluidos aumentan. Él se va, ¿a quién deja su misión? Allí están sus discípulos, lo han visto hacer, son más que sus herederos, a ellos les dice “ustedes son mis testigos”.

Los apóstoles entendieron que no les pedía testificar ante los tribunales y contrarios sino ser testigos vivientes que repiten sus gestos de amor a lo largo de la historia. Ser testigo de Jesús es estar de lado de los pequeños, enfermos y desgraciados, proteger y bendecir a los que sufren, levantar las manos por la sociedad de la dignidad humana, ser una bendición para lo que te necesitan, buscar el bien, sorprender a la sociedad con gestos públicos de bondad, romper los esquemas de tranquilidad y ser solo “buena gente”. A los cristianos de hoy Jesús les dice como a los apóstoles: vosotros sois mis testigos. Un mundo mejor se hace con gestos repetidos por sus testigos. Jesús nos dejó su proyecto para hacerlo a su estilo.

Andrea, una niña de 11 años, habla de estos gestos entre chicos de la cultura digital como una muestra de su fe y en la medida de sus posibilidades. La diferencia con los apóstoles es que actualmente tenemos muchísimos medios tecnológicos para llegar y comunicarnos con los demás, debemos aprovecharlos para esparcir su mensaje.

RECIBID

“Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”. (Jn. 20,23) Los hebreos se hacían una idea bella y real del misterio de la vida. Así describen la creación del hombre: sopló en su nariz aliento de vida. El aliento hace vivir al barro. San Juan describe el nacimiento de la Iglesia como nueva creación: Jesús sopla su aliento sobre ellos y dice: Recibid el Espíritu Santo.

Sin el Espíritu de Jesús, la Iglesia es barro sin vida, una comunidad incapaz de introducir esperanza, consuelo y vida en el mundo. Puede pronunciar palabras sublimes sin comunicar algo de Dios a los corazones. Puede hablar con seguridad y firmeza sin afianzar la fe de las personas. ¿De dónde va a sacar esperanza si no es del aliento de Jesús? ¿Cómo va a defenderse de la muerte sin el Espíritu del resucitado?

Sin su espíritu creador, podemos terminar repitiendo caminos conocidos y pensando que todo debe ser como ha sido. Sin el Espíritu de Jesús no se podrá soñar con grandes novedades. Una religión estática y controlada, que cambia lo menos posible, no tiene el Espíritu de Jesús.

Cómo no gritar con fuerza ¡Ven, Espíritu Santo! Ven a tu Iglesia. Ven a liberarnos del miedo, la mediocridad y la falta de fe en tu fuerza creadora. No hemos de mirar a otros. Hemos de abrir cada uno nuestro propio corazón. ¡Ven Espíritu Santo, infunde en nosotros la fuerza y el aliento de Jesús! Sin

tu impulso y gracia no acertaremos a vivir con alegría, no nos atreveremos a seguir tus pasos; la Iglesia no se renovará; nuestra esperanza se apagará. ¡Ven y contágnanos el aliento vital de Jesús!

El Espíritu Santo de Dios no es propiedad de la Iglesia, no pertenece en exclusiva a los cristianos, está en los hombres y mujeres que buscan la paz, en los hijos e hijas que saben resolver conflictos a través del diálogo; en quienes buscan acuerdos basados en la solidaridad, en quienes aman el aire limpio de la naturaleza y la respetan.

GUIAR

“Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena”. (Jn. 16,13) Los teólogos han realizado un gran esfuerzo por acercarse al misterio de Dios formulando su doctrina; esfuerzo sin duda legítimo, nacido del amor y el deseo de Dios. Sin embargo, es el camino de Jesús el que lleva a relacionarse con la Santísima Trinidad y abrírnos al misterio de Dios.

Jesús habla desde su propia experiencia; invita a sus seguidores a relacionarse de manera confiada con Dios Padre, a seguir fielmente sus pasos de Hijo de Dios encarnado y a dejarnos guiar y alentar por el Espíritu Santo.

Invita a vivir como hijos e hijas de un Dios cercano, bueno y entrañable, al que todos podemos invocar como a un padre querido. Lo caracteriza su bondad y compasión infinita, más que el poder o su fuerza. Nadie está solo, tenemos un Dios Padre que nos comprende, quiere y perdona. Jesús nos invita a conectarnos con Él de manera confiada y a abrírnos al misterio Trinitario de Dios.

Nos revela que este Dios tiene una propuesta nacida de su corazón: construir con sus hijos e hijas un mundo humano y fraterno, justo y solidario. Lo llama “reino de Dios” e invita a todos a entrar en él, empezando por los más pobres, indefen-

nos y necesitados. Nos guía para que trabajemos por este mundo mejor, pero no todos de la misma manera. Para muchos es mejor cuando la economía responde a los intereses ciudadanos; otros cuando se asegura el agua y aire; algunos luchan por un mundo sin desplazados y marginados. Todos tienen parte de verdad, pero les falta algo: el Espíritu Santo para entender la totalidad del proyecto.

COMIERON

“Comieron todos y se saciaron y cogieron las sobras: doce cestos”. (Luc. 9.17) Jesús tiene delante a una gran muchedumbre de gente pobre, enferma, hambrienta. Es a este pueblo marginado y oprimido al que se dirige hablándoles del reino de Dios y sanando a los que lo necesitaban.

Lucas introduce el diálogo de Jesús con los apóstoles, es tarde y la gente tiene hambre. Queda claro que hay dos puntos de vista sobre cómo resolver la necesidad de la gente, los apóstoles piensan que está bien dar gratis la predicación pero que cada cual se preocupe de resolver sus necesidades. Para ellos, el hambre es problema del que los tiene y debe buscar la forma de resolverlo. Jesús tiene otra perspectiva, piensa que la solución es colectiva: “dadles vosotros de comer”.

Lo que viene después es fundamental para comprender su misión. La iniciativa del amor y la gratuidad total son la prueba de la presencia del reino de los cielos; por lo tanto, el anuncio abarca también la solución a las necesidades materiales de la gente. A lo largo de la historia de la Iglesia, la comunidad cristiana asume su responsabilidad de dar de comer para que el reino sea aceptado; la Iglesia sabe que las obras llamadas de misericordia, predicán el Reino de los Cielos.

No nos engañemos, no miremos a otro lado, sabemos que en nuestro país encontramos familias necesitadas que pasan hambre y viven de la caridad. ¿Qué hago yo? ¿Colaboro con las campañas y organizaciones que se preocupan del necesitado? Las estadísticas de la pobreza crean sentimientos de rabia e impo-

tencia que desmoralizan y terminan creando indiferencia y pasividad. También es posible que estimulen la ayuda. Las escaseces ajenas pueden hacernos más cristianos, el amor fraterno nos acerca a la conclusión de Lucas: “Comieron”.

Jesús sigue preocupándose por conseguir el pan para sus hermanos, necesita quien ponga en sus manos cinco panes y dos peces. La solidaridad hace el milagro de la multiplicación, hace crecer la sensibilidad hacia los necesitados.

Es el momento de sentirnos como parte de la solución y para ello seguir a Jesús es colaborar para ayudar al prójimo; trabajar por una sociedad menos corrupta; ser parte de comportamientos de bondad; aceptar la responsabilidad de los problemas ajenos. La celebración de la eucaristía nos ayuda a ello, el perdón nos despierta la conciencia de inocencia por el hambre conocida y desconocida para asumir la responsabilidad por la dignidad de todo ser humano. En la eucaristía encontramos a Jesús multiplicando la generosidad de los cristianos.

SÍGUEME

“A otro le dijo: Sígueme. (Lc. 9,59) Lucas nos presenta tres respuestas duras de Jesús, quien busca seguidores, pero los quiere sin reservas. Jesús sabe que no es fácil acompañarlo en su vida de profeta. No ofrece seguridad ni prestigio, no engaña a nadie. Quienes lo quieran seguir tendrán que aprender a vivir como Él, exige a los candidatos un desprendimiento radical e inmediato.

Se diría que hace todo lo posible para desanimarlos; no apaga el entusiasmo, sino las falsas ilusiones y triunfalismos mesiánicos. Los discípulos deben ser conscientes de la dificultad de la empresa, de los sacrificios que implica y la firmeza de los compromisos. No son dignos los que anteponen sus intereses personales a lo que Jesús pide para el servicio del Reino.

Por tanto, seguir a Jesús en radicalidad exige: disponibilidad para vivir en la

inseguridad: “No tener nada, no llevar nada”. El discípulo organiza su vida según criterios de servicio y disponibilidad. Ruptura con las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales que atan y condicionan la construcción de un mundo nuevo donde reine la justicia e igualdad. Decisión irrevocable sin vacilaciones o componendas, ninguna concesión a las añoranzas y recuerdos; el compromiso es total y definitivo, la elección es irrevocable.

Nada hay más importante que seguir a Jesús. Quienes nos decimos seguidores suyos ¿qué tan radicales somos? Es una invitación y un regalo del Padre que exige nuestra respuesta esforzada. La religión de Jesús no da protección, seguridad o bienestar. Abrir caminos al reino de Dios es siempre la tarea más urgente. Nada ha de retrasar nuestra decisión. Nadie nos ha de retener o frenar.

Las primeras generaciones cristianas nunca olvidaron que ser cristiano es seguir a Jesús y vivir como Él. Así de claro y sencillo. El Papa Francisco advierte algo que está pasando hoy en la Iglesia: “Tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, sacándonos de nuestros horizontes, con frecuencia limitados, cerrados y egoístas, para abrirnos a los suyos”.

OBREROS

“La mies es abundante y los obreros pocos: rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies.” (Lc. 10,2) Jesús envía a sus discípulos a la misión. La época de la cosecha ha llegado y son necesarios muchos obreros para recoger la mies. Jesús va camino hacia Jerusalén. La misión no será fácil, debe llevarse a cabo en medio de la pobreza, sin alforjas ni provisiones; es urgente, pero sin concesiones. Cuando los discípulos regresan están llenos de alegría.

Jesús los exhorta a no vanagloriarse por lo que han logrado. Lo importante es vivir de acuerdo con las exigencias del Reino. Este modelo de evangelización es siempre actual. Los obreros del reino son enviados por Jesús para cuidar

de los demás, servir al mundo y comunicar la buena noticia: Dios está cerca de nosotros. Los obreros llevan amor, llegan al corazón del hombre y la mujer de hoy; su tarea es aprender a escuchar, acoger, curar, solo así la alegría de la misión llena sus corazones.

La buena noticia de Jesús necesita obreros que la comuniquen con respeto total, actitud amistosa, fraterna y contagiando paz. Sus palabras invitan a ser uno de ellos. Son muchos los que necesitan ser comprendidos, requieren una palabra de ánimo y la esperanza de saberse amados y respetados. ¿Pero, cómo lo aceptarán si no se sienten entendidos por quienes nos presentamos en nombre de Jesús?

Una comunidad cristiana, parroquia o iglesia no son instituciones para cuidar y desarrollar una religión que se defiende y protege. Jesús invita a caminar por la historia pensando en los demás, en la multitud. No es el momento de vender verdades de forma atractiva y deseable para conseguir seguidores. Como obreros de la buena noticia preguntémonos qué puede llevar hoy a las personas hacia el evangelio, cómo pueden captar a Dios como algo nuevo y bueno.

La consigna del Papa es clara: “La iglesia ha de salir de sí misma a la periferia, a dar testimonio del evangelio y encontrarse con los demás”. No piensa en planteamientos teóricos sino en pasos concretos: “Salgamos de nosotros mismos para encontrarnos con la pobreza”. Llama a la Iglesia a salir de sí misma, olvidando miedos e intereses propios para ponerse en contacto con la vida real de las gentes y hacer presente el evangelio allí donde los hombres y mujeres sufren, gozan, luchan y trabajan.

SAMARITANO

“¿Y quién es mi prójimo? Un samaritano que iba de camino llegó junto a Él y al verle tuvo compasión; y cuidó de él”. (Lc. 10,29—34) La mentalidad legalista se convierte en una conciencia fría, sin calor humano, a la que no le importan las necesidades ni los derechos ajenos. El legalismo impuesto por la estructura religiosa era la norma oficial de la moral y se pone por encima de la ley del amor al prójimo.

Jesús se preocupa pues no era posible que en nombre de Dios se establecieran normas que terminaran deshumanizando al pueblo. La parábola del samaritano lo explica. Jesús alivia el sufrimiento de quienes encuentra en su camino, rompe, si hace falta, la ley o las normas de pureza por el amor al necesitado.

En la sociedad del bienestar crece la cultura de los derechos como defensa propia, se legisla ignorando el amor al necesitado como regla de oro, se vive sin pensar en el sufrimiento de la gente, el círculo del amor es cada vez más exclusivo. El mundo religioso del bienestar está lejos de donde la gente lucha, trabaja y sufre.

Jesús nos invita a descubrir en el camino de la vida al samaritano de nuestro barrio, de nuestro lugar de trabajo, del caos del tránsito, de la política. Seguir a Jesús es caminar al estilo de esos samaritanos que no preguntan si es prójimo o no, sino que se conmueve y hace todo lo puede. Eso nos dice Jesús: Vete y haz tú lo mismo. Para construir una mejor familia, barrio o país se requieren hombres y mujeres samaritanos, no importan sus creencias religiosas, ideologías políticas, gustos y procedencia; se requiere que sean compasivos, como el Padre Dios. ¿Qué sentido tiene la religión poco humana?

La dinámica del samaritano es la que Jesús quiere introducir en el mundo, pues libera del egoísmo y la indiferencia, de la conciencia tranquila y la ilusión de no ser responsables en medio de tantos dolores. La mirada de samaritano deja que el sufrimiento ajeno también duela.

Esta parábola le salió a Jesús del corazón, pues caminaba por Galilea atento a los mendigos y enfermos que veía en las cunetas de los caminos. Quería enseñar a todos a caminar por la vida con compasión. Nos invita a no pasar de largo, a que se nos conmuevan las entrañas. No basta que en la Iglesia haya instituciones, organismos y personas que estén junto a los que sufren. Cada ser humano debe vivir como un prójimo sensible y comprometido con los que sufren física y moralmente.

MARTA

“Marta, Marta, tú andas preocupada y te pierdes en mil cosas: una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada”. (Lc.10,41-42) En el camino, Jesús va formando a sus seguidores. Entra a la casa de dos hermanas a las que quiere mucho, su presencia va a provocar reacciones diferentes: María, la más joven, lo deja todo y se queda sentada a los pies del Señor; Marta en cambio, se desvive por atenderlo.

Ante el pedido de Marta, Jesús no la critica, más bien le preocupa su modo de considerar lo importante. Escuchar atenta y serenamente su palabra es la elección acertada, hacerlo es tan necesario que a ningún discípulo se le ha de dejar sin ella.

Casi sin darnos cuenta, las actividades, preocupaciones y trabajo van modelando nuestra manera de vivir y ser. Los problemas y acontecimientos cotidianos tiran de nosotros y nos llevan de un lado para otro. Agitados por tantas ocupaciones, necesitamos encontrar el sosiego y silencio necesarios para recordar lo importante. Por eso, es bueno que sepamos escuchar las palabras de Jesús a aquella mujer tan activa y trabajadora: “sólo una cosa es necesaria”.

Jesús no contrapone la vida activa y la contemplativa. Organizamos la cotidianidad sin preocuparnos hacia dónde nos dirigimos. Corremos el riesgo de ser

cristianos que no conocemos a Jesús porque no nos damos tiempo ni tenemos serenidad para prestarle atención. Las necesidades multiplican las ocupaciones y acaban haciéndonos caer en un activismo desenfrenado.

¿Cuáles son las pequeñas cosas de la vida que, por la falta de sosiego, de silencio y de oración, se han agrandado tanto hasta llegar a agobiarme y matar en mí el gozo de vivir? ¿Cuáles son las cosas realmente grandes a las que he dedicado poco tiempo, empobreciendo mi vida diaria?

Debemos encontrarnos con nuestra propia verdad y ver las cosas tal como son. Descubramos de nuevo en Dios no sólo la fuerza para seguir luchando sino también el descanso verdadero y la fuente última de paz.

No convirtamos nuestro cristianismo en un tímido cumplimiento de obligaciones religiosas sin espacio para la escucha de Jesús. Así como a Marta y María, Jesús nos interpela y nos llama a respetar la jerarquía de valores y a poner en su sitio la opción por lo fundamental.

PEDID

“Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla y al que llama se le abre”. (Lc.11,9) Ya sabían orar como todos los judíos en las sinagogas. Sin embargo, al lado de Jesús, han descubierto una nueva manera de vivir y de creer y sienten la necesidad de hablar al Padre de otra forma. Jesús les había mostrado una nueva manera de vivir mucho antes de enseñarles a orar.

Jesús reza desde su experiencia por los pueblos de Galilea; es fácil que las palabras del padre nuestro las haya pronunciado mientras se movía por las aldeas pidiendo algo de comer, buscando acogida o llamando a la puerta de los vecinos. Si algo hemos de aprender en estos tiempos de crisis y desconcierto es la confianza en que el Padre escucha.

Jesús pide. Pedir es la actitud propia del pobre que necesita recibir de otro lo que no puede conseguir con su propio esfuerzo. Así imaginaba Jesús a sus seguidores: como hombres y mujeres pobres, conscientes de su fragilidad e indigencia, sin rastro alguno de orgullo o autosuficiencia.

Pedimos para cada día el pan sin afanarnos por el futuro porque Dios estará también en el futuro y proveerá. El pan de cada día es un don maravilloso de la bondad del Señor. Con esta petición le estamos queriendo pedir que nos libre del desempleo o de la demasiada carestía, de las enfermedades; pedimos empleo para quien tiene que mantener una familia, ayuda económica para esa madre abandonada; protección para el anciano echando a un lado. Todos los días necesitamos al Padre y le pedimos el pan.

En una sociedad en la que se acepta como criterio primero y casi único la eficacia, el rendimiento y la utilidad inmediata, el pedir a Dios queda desvalorizado como algo inútil y poco importante. Y, sin embargo, necesitamos llenar el vacío interior y pedir ayuda.

Este es el estilo de rezar de Jesús, no es posible vivir sin pedir al Padre, sin buscar nuevos caminos, sin llamar al que nos escucha para que nos dé el pan de cada día. Necesitamos volver a descubrir el padrenuestro y salir del su rezo rutinario para encontrar confianza, serenidad y descanso que permitan sostener el ritmo de nuestro quehacer.

Necesitamos orar para vivir en actitud de necesitado en medio de una sociedad exigente y deshumanizadora. Curiosamente, Jesús no nos dice qué hemos de pedir o buscar ni a qué puerta hemos de llamar. Lo importante es la actitud. Ante el Padre hemos de vivir como pobres que piden lo que necesitan, como perdidos que buscan el camino que no conocen bien, como desvalidos que llaman a su puerta.

CODICIA

“Y dijo a la gente: Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes”. (Luc.12,15) En este relato, Jesús revela lo que piensa de aquel hombre que tuvo tan magnífica cosecha y decidió darse la buena vida. La gente le temía y envidiaba, era el más afortunado. Para Jesús, el más insensato.

La crisis económica que sufrimos es una crisis de ambición, de modelo de consumo. Queremos vivir con bienestar casi sin límite y por encima de nuestras posibilidades. No superaremos nuestros problemas económicos, sean éstos familiares o nacionales, sin luchar por un cambio profundo de nuestros estilos de vida; tenemos que vivir de forma más austera y compartir lo que tenemos.

La parábola nos dice: “Basta ya de tanta insensatez e insolidaridad”. Jesús desenmascara la realidad de reducir la existencia a consumos innecesarios y sin sentido. La cooperación amistosa, la solidaridad y búsqueda del bien común de los moradores debe sustituir la competencia, la rivalidad o el acaparamiento.

Desde la Iglesia de Jesús presente en el barrio se deberá escuchar el clamor de la gente contra tanto desatino y reaccionar contra el modelo que guía hoy el consumo. Hay que desenmascarar lo que nos deshumaniza y crear redes de apoyo y justicia social. Compartir el bienestar que hemos logrado es construir un mundo distinto, con valores basados en un consumo sostenible y sustentable.

No se puede hablar de un mundo mejor con el mismo modelo. Disfrutar de la vida sigue siendo una meta, el tema está en cómo hacerlo. El ser humano busca sin descanso alegría y felicidad, pero, en torno a ello aparecen serios peligros, uno de ellos es creer que la felicidad está en función de la acumulación de bienes, eso se llama codicia.

Aprender a compartir, no gastar sin necesidad, ser generoso y valorar lo que se tiene son virtudes que marcan el camino del honrado ciudadano y buen cristiano.

DICHOSOS

“Dichosos los criados a quienes el Señor, al llegar, los encuentre en vela: os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo”. (Luc.12,37) La imagen es muy expresiva: la actitud del criado que espera de noche a que regrese su señor para abrirle el portón de la casa en cuanto llame y recibir su reconocimiento. Jesús nos invita a vivir con lucidez y responsabilidad, no se le puede seguir con pasividad y sin compromiso.

Uno de los riesgos que amenaza al hombre de la sociedad actual es caer en una vida superficial, mecánica, rutinaria, masificada, de la que no es fácil escapar. Con el pasar de los años, los proyectos, metas e ideales de mucha gente terminan reduciéndose y empobreciéndose. Desgraciadamente, no son pocos los que se levantan cada día sólo para hacer lo mismo. No hay novedad.

Conocemos cristianos que siguen a Cristo con lucidez y responsabilidad, que han superado la actitud tradicional de sumisión y pasividad de una religión sin novedad ni respuestas a nuevas situaciones de la sociedad y cambios familiares. El Papa Francisco nos hace valorar y cuidar el despertar de una nueva conciencia de pertenencia a la Iglesia y al mundo, invita a trabajar por uno mejor, para que el Señor nos encuentre preparados. Es cierto que con frecuencia el mal y su capacidad de dominio producen miedo y abandono de las situaciones del mundo y se busca refugio en una religión pasiva y de consuelo. El Maestro invita a los cristianos, así como a Pedro y sus compañeros, a ser hombres y mujeres de puertas abiertas, que comparten su fe para superar el poder de una cultura sin Dios ni amor. Necesitamos aprender a vivir aguardando al Señor, preparando su venida.

Las palabras de afecto y cariño de Jesús están dirigidas a los cristianos que van más allá del cumplimiento tradicional de la religión. Los imagina con creatividad e iniciativa preparando su venida, se alegra y les llama dichosos. Son ellos quienes superan el cansancio y desaliento cuando las cosas no resultan como quisieran, pero siguen esperando su llegada con la lámpara prendida.

FUEGO

“He venido a prender fuego en el mundo”. (Luc.12, 49) Estamos en camino con Jesús y sus discípulos en el último viaje a Jerusalén. Sabe que va a morir y se los va diciendo. Les invita a vivir con lucidez y responsabilidad, no se le puede seguir con pasividad.

La sociedad cristiana del bienestar tiende a considerar la religión como mantenedora del orden establecido. Jesús nos convoca a optar por la transformación profunda y radical, lejos del inmovilismo y conservadurismo. Habla del Espíritu capaz de transformar el mundo, incluso a costa de enfrentar y dividir a las personas. El seguidor de Jesús no permanece neutral o indiferente ante la injusticia que ven sus ojos. Más bien, opta con pasión, toma decisiones, actúa radicalmente y se aleja de la vida cómoda del “dejar pasar”.

Tampoco es una persona fatalista que se resigna ante la situación buscando, por encima de todo, tranquilidad y falsa paz. No es un inmovilista que justifica el orden actual de cosas, por el contrario, trabaja con ánimo creador y solidario por un mundo mejor. La imagen del fuego nos invita a acercarnos a su misterio, al Reino, a la compasión por los que sufren; rompe la neutralidad, la indiferencia ante la piedad aburrida; su fuego no está apagado en un corazón generoso y rebelde, vive para amar de verdad y sin egoísmos.

¿Dónde es posible sentir hoy ese fuego de Jesús? ¿Podemos experimentar la fuerza de su libertad creadora? ¿Arden nuestros corazones al acoger su evangelio? ¿Se vive de manera apasionada siguiendo sus pasos?

El amor está en el centro del evangelio como un fuego que Jesús desea ver ardiendo sobre la tierra para actuar por las causas sociales y compromisos ambientales, para terminar con la pasividad, la mediocridad o la rutina del buen orden. No dejemos que se apague.

PUERTA

“Esforzaos en entrar por la puerta estrecha”. (Luc.13, 24) Jesús continúa su viaje a Jerusalén, pasando por pueblos y aldeas en los que enseñaba. Alguien pregunta: Señor, ¿son pocos aquellos que se salvarán? La pregunta apunta al número ¿pocos o muchos? Su respuesta traslada la atención del cuántos al cómo nos salvamos. Por lo tanto, para salvarse no basta ni siquiera el simple hecho de haber conocido a Jesús y pertenecer a la Iglesia. Lo importante es atravesar la puerta estrecha, es decir, el empeño serio y personal por la búsqueda del reino de Dios.

Esa es la única garantía que nos da la certeza de estar en el camino que nos conduce a la luz de la salvación. Es, sin duda, una de las frases más duras de Jesús para los oídos del hombre contemporáneo: “Esforzaos en entrar por la puerta estrecha” ¿Qué significa esta exhortación evangélica? ¿Hemos de entrar otra vez por el camino de un moralismo estrecho? Jesús exhorta al esfuerzo y la renuncia personal como actitud indispensable para salvar la vida.

Para entender correctamente la invitación a entrar por la puerta estrecha, hemos de recordar las palabras de Jesús en el evangelio de Juan: “Yo soy la puerta; si uno entra por mí será salvo”. Entrar por la puerta estrecha es seguirlo, aprender a vivir como Él; tomar su cruz y confiar en el Padre que lo ha resucitado.

La sociedad moderna impone con fuerza un estilo de vida marcado por el pragmatismo de lo inmediato. Apenas interesan las grandes cuestiones de la existencia. Carecemos de certezas firmes o convicciones profundas. Poco a poco, nos vamos convirtiendo en seres triviales, cargados de tópicos, sin consistencia interior ni ideales que alienten nuestro vivir más allá del bienestar y la seguridad del momento. Caminamos hacia una sociedad tolerante y permisiva y esto tiene aspectos válidos y enriquecedores, pero está provocando comportamientos éticamente reprobables y facilistas. La vida es amor. Naturalmente, exige renunciar a egoísmos, envidias y resentimientos. Pero, sin esta renuncia no hay amor y sin él no hay crecimiento. Jesús nos llama a una vida responsable y digna.

INVITA

Según Lucas, éstas fueron palabras de Jesús: Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos porque corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; ya te pagarán cuando resuciten los justos. (Lc.14, 12-14). La razón que da Jesús es porque los pobres no tienen medios para corresponder a la invitación; no se puede esperar que te traten igual, por eso, no los invita nadie a su casa. ¿No es esto algo normal e inevitable? ¿hay algo más legítimo y natural que estrechar lazos con las personas que nos quieren bien y nos tratan igual?

A los que entran en la dinámica del reino de Dios buscando un mundo más humano y fraterno, Jesús les recuerda que la acogida a los pobres y desamparados ha de ser anterior a las relaciones interesadas y convencionalismos sociales.

¿Es posible vivir de manera desinteresada? ¿Se puede amar sin esperar nada a cambio? Estamos tan lejos del Espíritu de Jesús que, a veces, hasta la amistad y el amor están mediatizados por el interés. No hemos de engañarnos. El camino de la gratuidad es duro y difícil. Es necesario aprender cosas como éstas: dar sin esperar, perdonar sin exigir, ser pacientes con personas poco agradables, ayudar pensando en el bien del otro. Vivimos instalados en un círculo de relaciones familiares, sociales, políticas o religiosas con las que nos ayudamos mutuamente a cuidar de nuestros intereses dejando fuera a quienes nada nos pueden aportar. Invitamos a nuestra vida a los que, a su vez, nos pueden invitar.

Hemos de escuchar los gritos evangélicos del Papa Francisco en la pequeña isla de Lampedusa: “La cultura del bienestar nos hace insensibles a los gritos de los demás. Hemos caído en la globalización de la indiferencia. Hemos perdido el sentido de la responsabilidad”. Los seguidores de Jesús hemos de recordar que abrir caminos al reino de Dios no consiste en construir una sociedad más religiosa o promover un sistema político alternativo, sino, ante todo, generar y desarrollar relaciones que hagan posibles condiciones de vida dignas para todos, empezando por los últimos.

RENUNCIA

“Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío” (Luc. 14, 33). ¿Es difícil ser cristiano? Para ser su discípulo, Jesús ponía unas duras condiciones: Jesús está por encima de todo y el discípulo debe estar dispuesto a sufrir persecución y renunciar a todo.

Jesús es perseguido y lo matan por querer poner fin a una sociedad injusta en la que unos acaparan en sus manos los bienes de la tierra que otros necesitan para sobrevivir. Su discípulo debe estar dispuesto a renunciar a todo lo que tiene para seguirle; lo propio deja de ser de uno cuando alguien lo necesita para vivir, el otro tiene siempre la preferencia. Estas renunciaciones son la meta utópica para alcanzar el seguimiento de Jesús; es la práctica del “ama a tu prójimo como a ti mismo”.

¿Cuándo vamos a aunar fuerzas, reflexionar juntos y buscar entre todos el camino que hemos de seguir para lograr lo que queremos? Necesitamos dedicar más tiempo a escuchar el evangelio para descubrir llamadas, despertar carismas y cultivar un estilo renovado de seguimiento a Jesús.

Jesús llama al realismo. Estamos viviendo un cambio sociocultural sin precedentes. ¿Es posible contagiar la fe en este mundo nuevo, conocerlo bien y comprenderlo desde dentro? ¿Es posible seguir a Jesús con el pensamiento, sentimientos y el lenguaje de los hombres y mujeres de nuestro tiempo? Al leer a Lucas ¿no es un error entender las exigencias de Jesús como retos de hoy con estrategias de ayer?

Sería una temeridad en estos momentos actuar de manera inconsciente y ciega. Nos expondríamos al fracaso, frustración y hasta el ridículo. No hemos de olvidar el lenguaje realista y humilde de Jesús que invita a sus discípulos a ser fermento en medio del pueblo o puñado de sal que pone sabor nuevo a la vida de las gentes. El evangelio que propone Jesús es una manera de construir la vida. Un proyecto ambicioso, capaz de transformar nuestra existencia. Es la meta a la

que debemos aspirar si queremos seguirlo. Tal vez no lleguemos nunca a vivir con esa radicalidad sus exigencias, pero no debemos renunciar a ello por más que nos encontremos a años luz de esa utopía del amor.

Sorprende la libertad del Papa Francisco para denunciar estilos de cristianos que poco tienen que ver con los discípulos de Jesús: “cristianos de buenos modales, pero malas costumbres”, “creyentes de museo”, “cristianos incapaces de vivir contra corriente”, “cristianos corruptos” que solo piensan en sí mismos, “cristianos educados” que no anuncian el evangelio...

Renunciar para vivir de manera evangélica es vivir tomando las decisiones oportunas y no las fáciles. No se puede ser cristiano de cualquier manera.

PADRE

“Me pondré en camino donde está mi padre” (Luc. 15, 19). En esta parábola Jesús nos habla del padre al mejor estilo humano. El hijo adolescente que quiere libertad y rompe las normas que considera superadas, el padre accede a su deseo sin decir palabra: el hijo ha de elegir libremente su camino.

¿No es ésta la situación actual? Muchos quieren hoy verse libres de Dios, ser felices sin la presencia de un padre en su horizonte. Dios ha de desaparecer de la sociedad y las conciencias. Y, lo mismo que en la parábola, el padre guarda silencio. Dios no coacciona a nadie.

El vacío interior y el hambre de amor pueden ser los primeros signos de que algo está mal en el camino de la libertad. Lo tenemos casi todo ¿por qué sentimos insatisfacción e inconformidad con la vida? ¿Qué nos falta? ¿Qué podría llenar nuestro corazón?

Jesús nos habla del padre que desconocemos, del que sale corriendo al encuentro de su hijo, se le echa al cuello y se pone a besarlo efusivamente. ¿Nos pondremos en camino si lo conociéramos? Muchos lo harían si supieran que junto a Él podrán encontrar una libertad digna y dichosa.

¿Qué sentimos al escuchar a Jesús hablar de su padre y nuestro padre? ¿Nos sentimos identificados y sentimos que nos espera con los brazos abiertos? ¿Es posible que Dios sea así? Como un padre que no anda obsesionado por la moralidad de sus hijos y que, rompiendo las reglas de lo correcto, busca para ellos una vida dichosa. ¿Será cierto que Dios acoge con los brazos abiertos a los que andan perdidos?

La primera tarea de una Iglesia fiel a Jesús no es condenar a los pecadores sino comprenderlos y acogerlos amistosamente. El Papa Francisco insiste en que Dios perdona siempre, perdona todo, perdona a todos. Seguramente es lo que mucha gente necesita escuchar hoy con claridad.

Son muchos los factores que influyen en la decisión de querer ser libres sin necesidad del Dios. Las cosas funcionan con frecuencia más o menos así: Dios es peligroso; la religión sirve para estar seguro de que uno no tiene nada que temer; hay que estar de a buenas con Dios cumpliendo sus leyes y practicando los ritos de la religión para estar libres del castigo divino ¿Qué diría Dios mirándose a esta imagen que los humanos tenemos de Él?

Jesús nos invita a ponernos en camino a los brazos del padre que nos ama entrañablemente, lleno de compasión, misericordia y ternura para entender y perdonar locuras y caprichos.

AMIGOS

“Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.” (Luc. 16,9) Jesús habla del dinero con una frecuencia sorprendente, utilizando un lenguaje personal. Lo llama espontáneamente dinero injusto o riquezas injustas. Al parecer, no conoce el “dinero limpio”. La riqueza de aquellos poderosos es injusta porque ha sido amasada de igual manera y porque la disfrutan sin compartirla con los pobres y hambrientos.

Aunque la frase resulte algo oscura por su concisión, su contenido no ha de caer en el olvido. Más allá de los análisis que sobre el tema económico que se hacen constantemente, lo que llama la atención en las palabras de Jesús es que se ganan amigos por medio del dinero. El dinero mueve y dinamiza la vida moderna; desde la lógica del dinero se entiende la productividad, consumo, bienestar, energía o poder. Al ir y venir del dinero lo llamamos crisis, estabilidad, crecimiento; la lógica de Jesús es oportunidad para ganar amigos.

Los seguidores de Jesús no podemos vivir encerrados en análisis socioeconómicos y políticos de un mundo sin más horizontes que los del dinero. Las comunidades cristianas podemos ser momentos un espacio de concienciación, discernimiento y compromiso para hacer de la crisis económica una fuente de amor. Está claro que la competitividad no piensa en la necesidad del otro; en la lógica del dinero no entra Dios. Lo dijo Jesús con rotunda clarividencia: no podéis servir al Dios de la compasión y al dinero.

El mensaje evangélico no ha perdido actualidad pues restituye al dinero su verdadero valor y su carácter humano. También hoy es un error hacer del dinero el absoluto de la existencia. ¿Qué humanidad puede encerrarse en quien sigue acaparando más y más, olvidado absolutamente de quienes padecen necesidad?

Somos portadores de prácticas históricas que han hecho de la compasión una tradición familiar. Nuestras iglesias se han ido llenando de cepillos con multiplicidad de nombres que nos hacen presentes acciones a favor de marginados que necesitan la colaboración de todos. El seguidor de Jesús escucha las palabras que mueven el corazón antes que a los análisis de la racionalidad económica que no resuelven el problema del pobre que te vende en la calle caramelos que no quieres. Gánate al amigo, págale los caramelos y que se los coma él.

LÁZARO

“Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico”. (Luc. 16,19-20) A Lázaro le tocó en desgracia ser mendigo, como a tantos otros seres humanos. El otro protagonista no tiene nombre propio, simplemente es “epulón” es decir “banqueteador”.

Nada se dice de las creencias religiosas de estos hombres, no interesa. El oyente decide, por el modelo de la parábola, si escoge pasar por la vida como banqueteador o mendigo. Lo cierto es que hay que esperar al más allá para conocer el resultado de su actuación. Por eso, el banqueteador de la parábola, alarmado por lo que espera a sus hermanos si siguen viviendo de espalda a los pobres pide a Abrahán que envíe a Lázaro a su casa para que los prevenga de acabar en el mismo lugar del tormento.

Jesús tiene unos oyentes para quienes banquetear era signo de bendición divina; la presencia de Lázaro, abandonado de Dios, o mejor sin Dios, lo confirmaba. Esta parábola sacude la conciencia de quienes nos hemos acostumbrado a vivir en la abundancia, teniendo junto a nuestra puerta o a unas horas de vuelo, a pueblos enteros viviendo y muriendo en la miseria más absoluta.

El Lázaro de la parábola nos interpela por nuestra apatía y auto justificación del modelo de consumo y bienestar como práctica de haber logrado éxito. ¿Qué diferencia hay entre el banqueteador de la parábola y el ciudadano moderno cuya meta es el bienestar? Lázaro es ignorado en la sala del banquete como otros miles que hoy están cerca físicamente, pero que colocamos cada vez más lejos. Leer la parábola desde las antípodas del rico y el pobre nos deja al margen del problema, hacerlo desde el consumo y la austeridad nos pone en el centro de la cuestión social del bien colectivo.

¿Podemos pasar de contemplar el hambre y la miseria en las pantallas a dejar de consumir lo que no es necesario para reducir las necesidades de quienes evidencian en las calles su dolor en forma de dulces? Cuando descubrimos y nos hacemos cargo del sufrimiento del lázaro podemos romper las estadísticas sociales con un acto de amor. Jesús no está solo denunciando la situación de los fariseos, sino a nuestra sociedad del bienestar que ignora aquella del malestar. No somos inocentes pensando en soluciones políticas o planes económicos, es cruel seguir alimentando la ilusión de vivir con la conciencia tranquila dirigida por el gusto del consumo. Rompamos la indiferencia del derroche no culpable y aprendamos a disfrutar de un corazón compasivo.

PEDIDO

“En aquel tiempo, los apóstoles dijeron al Señor: Auméntanos la fe.” (Lc. 17,5) Los discípulos sienten que no les basta la fe que han vivido desde niños para responder a su llamada.

Nos consideramos creyentes, sentimos la presión de la cultura materialista en la que queda poco espacio para una fe que va reduciéndose a una costumbre. Ocupados por mil cosas y atentos a las redes sociales no hay espacio en nuestras vidas para comunicarnos con Dios. ¿Qué podemos hacer? En realidad, no se necesitan grandes cosas, hay que repetir el pedido de los apóstoles: aumentanos la fe.

- La fe que crece siguiendo de cerca los pasos de Jesús, aprendiendo a dar respuesta a los problemas de la vida con su estilo. Fe con dudas, pero con la certeza de sentirnos amados y escuchados por Dios.
- La fe centrada en el evangelio y en la práctica de nuestras comunidades cristianas que en las dificultades siempre tienen respuestas de esperanza de que no están solas y confían en Dios como padre que cuida de ellas.
- La fe que no se resigna a aceptar las cosas como son, colabora con realismo para hacer la vida más humana, nos permite disfrutar de lo que somos y tenemos sin someternos a los estándares de la sociedad de consumo.
- La fe de los testigos y misioneros que desarrolla nuestra capacidad de amar y hablar de Jesús como propuesta de vida.

Un día percibimos que no estamos solos en la vida, que somos amados por Dios sin merecerlo y la vida adquiere otro sentido. No importa que hayamos vivido olvidados de Él. Creer en Dios es, antes que nada, confiar en el amor que nos tiene. Es inútil que nos hagamos promesas extraordinarias que seguramente no cumpliremos, es suficiente sentirle, está en lo íntimo de nuestro ser, lo hemos de buscar en nuestro corazón.

Auméntanos la fe, le piden los apóstoles, responde que es suficiente un gránito de mostaza para cambiar la vida. Pidámosle que aumente nuestra fe para encontrarle en el dolor de los que sufren; escuchar su llamada en el grito de quienes viven y mueren de hambre, creer en un mundo nuevo para amar la vida de todos como la amaba Él, para así poner en su nombre signos de misericordia y esperanza en medio del mundo.

GRACIAS

“Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias”. (Lc. 17,15-16) El episodio es conocido. Jesús cura a diez leprosos. Al evangelista le interesa destacar la reacción de uno de ellos que ahora siente algo nuevo, sabe que es la fuerza salvadora de Jesús la que le ha curado; no lo olvidará jamás. En adelante todo será diferente, vivirá dando gracias a Dios; lo alabará gritando con todas sus fuerzas; todos han de saber que se siente amado por Él.

Ha vuelto no solo para agradecer sino para dar gloria a Dios, que es mucho más que decir gracias. Este agradecimiento es resultado de algo que hemos pedido. ¿Y si el pedido no se logra? ¿Damos gloria a Dios porque nos ama?

Para vivir de manera agradecida, lo primero es reconocer la vida como buena, mirar el mundo con amor y simpatía, purificar la mirada cargada de negativismo, pesimismo o indiferencia para apreciar lo que hay de bueno, hermoso y admirable en las personas y las cosas. Saber disfrutar de lo que vamos recibiendo de manera gratuita e inmerecida.

Podemos pasar de la indiferencia a la fe, del rechazo a la acogida, de la duda a la confianza, del temor al amor. A veces caminamos por la vida con aire triste y pesimista, con mirada fija en lo desagradable y desalentador, tenemos actitudes críticas, observamos nuestro alrededor con visión negativa, nada escapa a nuestro juicio, andamos indiferentes, sólo nos interesa lo que pueda servir a nuestros propios intereses.

- Dar gloria a Dios es ver nuestro entorno y los acontecimientos de la sociedad con ojos que descubren la bondad, aunque la maldad llame más la atención y tenga más marketing; ver que, a pesar de todo, la bondad abunda más que la maldad.
- Dar gloria a Dios es tener criterios para apreciar tantos gestos nobles, hermosos y admirables que suceden todos los días en cualquier parte del mundo.

— Dar gloria a Dios es agradecerle por poner a nuestro lado personas lúcidas, perspicaces y objetivas que motivan nuestra vida, nos estimulan para conseguir objetivos, nos enseñan que somos capaces de ser positivos y disfrutar de este gran regalo que es nuestra vida y el entorno donde vivimos.

ORAR

“Les propuso una parábola para inculcarles que tenían que orar siempre sin desanimarse.” (Luc. 18,1) Jesús señala el motivo de la oración y motiva a confiar en Dios que escucha a quienes gritan día y noche por la justicia, como la viuda. ¿Qué resonancia puede tener hoy en nosotros este modelo de oración que mira el entorno y descubre las víctimas de la injusticia?

La parábola identifica la oración con el mensaje de Jesús para escuchar a los pobres. La viuda de la parábola y su grito de oración está en la línea de lo que decía Jesús a los suyos: “Buscad el reino de Dios y su justicia”. Esta forma de oración no suele ser nuestra práctica, pero nos sentiremos identificados con ella si miramos nuestras peticiones a la luz de las injusticias que conocemos y del dolor de los pobres que nos llega de todas las partes del mundo. Esta es la oración que nace sin fórmulas desde lo hondo de la persona que pide a Dios, aunque sea a oscuras, “que venga su Reino”.

Para una gran mayoría de la humanidad la vida es una interminable noche de espera. Las religiones predicán salvación. El cristianismo proclama la victoria del amor de Dios encarnado en Jesús crucificado. Mientras tanto, millones sólo experimentan la dureza de sus hermanos y el silencio de Dios. Y, muchas veces, somos los mismos creyentes quienes ocultamos su rostro de padre velándolo con nuestro egoísmo religioso.

La parábola nos interpela. ¿Seguiremos alimentando nuestras devociones privadas olvidando a quienes viven sufriendo? ¿Continuaremos orando a Dios para ponerlo al servicio de nuestros intereses, sin que nos importen mucho las injusticias? ¿Y si orar fuese precisamente olvidarnos de nosotros y buscar con Dios un mundo más justo para todos?

Sabemos que los elegidos de Dios son los pobres de todos los pueblos que claman pidiendo justicia; es cierto que Dios tiene la última palabra y hará justicia a quienes le gritan día y noche pero, mientras llega esa hora, está la oración de quienes, sin desanimarse, escuchan el clamor de los que sufren injustamente y gritan de mil formas: “Hacednos justicia”.

Nuestra comunicación con Dios nos hace capaces de escuchar las exigencias de la justicia y de actuar por modelos cívicos justos y sin corrupción.

HUMILDAD

“Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.” (Luc 18,14) Es difícil describir la inmensa tristeza, la impotencia, la vergüenza y el dolor que hemos vivido estos días. Condenas, repulsas, comunicados de toda clase se amontonan en las redes sociales ante la escalada absurda de violencia y el desprecio de la vida y sobre todo la búsqueda de culpables.

Todo el mundo parecer querer señalar que en este pecado social no tiene culpa. Condenamos sin ambigüedades hechos tan execrables, pero no nos sentimos culpables. Quizás, todos deberíamos callar un poco más y escuchar en silencio y con humildad la parábola de Lucas. Para escuchar correctamente el mensaje de la parábola, hemos de tener en cuenta que Jesús no la cuenta para criticar a los sectores fariseos, sino para sacudir la conciencia de “algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”. Entre estos nos encontramos, ciertamente, no pocos en estos nuestros días.

Hemos avizorado a los culpables y somos nosotros. No lo olvidemos. El auténtico enemigo del hombre hacia el que hay que dirigir nuestro rechazo y radical condena no es solamente el otro, sino cada uno de nosotros, por la parte de terrorismo cotidiano, violencia y agresividad que aportamos día a día a nuestra sociedad. No caben aquí el fanatismo y la presunción del fariseo de la parábola que sólo ve pecado en los demás. Todos somos pecadores, aunque sólo sea por nuestra inhibición, pasividad o indiferencia. Y todos debemos decir con el publicano: «Oh, Dios, ten compasión de mí que soy pecador en esta sociedad indiferente y egoísta».

El creyente sufre con sus hermanos y vive la angustia de su pueblo, pero lo hace con una confianza sin límites en Dios quien nos ama sin condiciones, tal como somos. Ama también a nuestro pueblo, con sus errores y pecados. Y esto no es algo ilusorio o inútil, sino la realidad decisiva que lo cambia todo y permite a los creyentes vivir la historia desde el servicio y confianza en los dones que el Señor nos ha dado.

Con humildad reconocemos las limitaciones de la sociedad que tenemos, confiamos en la acción de Dios en la vida de cada uno para construir juntos la sociedad de convivencia en la que nos reconozcamos como miembros de un mismo pueblo.

Esta parábola nos invita a quitarnos la ilusión de inocencia social y de condena a otros como culpables de lo vivido. Pero también nos da la seguridad de saber-nos amados y perdonados como hijos e hijas del mismo padre.

CAMBIAR

“Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.”
(Luc 19,10) Desde diferentes visiones, pero mirando una misma realidad, el deseo común es cambiar. El relato de Zaqueo nos abre esta esperanza. Zaqueo es el hombre que no sirve a Dios sino al dinero; su vida es poco humana.

Jesús es la novedad, enseña que se es feliz poniendo a los demás como motivo del trabajo y preocupaciones; eso no lo entiende Zaqueo, pero tiene curiosidad por escuchar la propuesta, es un hombre sincero que busca lo mejor, no entiende que haya algo mejor que el dinero.

Con Jesús, Zaqueo cambia su manera de mirar la vida, no su quehacer diario, solo su motivo: concentrar su interés en los demás en lugar de hacerlo en el dinero. No importa si continuará siendo rico o pobre. Lucas permite suponer que sigue siendo un hombre rico pero que ahora piensa y trabaja por los demás; su vida es más humana y solidaria. El encuentro con Jesús le ha cambiado.

Una sociedad cuyo centro es el bienestar material echa a perder la convivencia ciudadana. Cuando los demás no cuentan, el egoísmo crece y termina en violencia para defenderse del otro como competidor de lo que interesa: dinero, poder. La autoprotección, búsqueda de seguridad y miedo al otro genera la violencia que se justifica.

Esta atracción del dinero y el poder no es una enfermedad incurable, es posible empezar una vida más sana, con mejores resultados sociales, donde el rico no es un caso perdido y el pobre un aspirante a rico.

Jesús quiere ser acogido en este mundo de dinero y poder para que escuchemos su propuesta: introducir en la vida social la justicia y amor solidario; construir el desarrollo pensando en los pobres; crear bienes pensando en compartir; legislar para lograr equidad social. Lucas no explica lo que pasó en casa de Zaqueo, pero sí nos dice que su vida cambió.

DIOS DE VIVOS

“No es Dios de muertos sino de vivos: porque para Él todos están vivos”. (Luc. 20,38) Jesús no da detalles de la vida nueva después de la resurrección, pero deja claro: no es algo que se puede describir a partir de las experiencias actuales. Afirmo que es una vida nueva sustentada en el amor de Dios. Pablo dice a los creyentes de Corinto que se trata de algo que el ojo nunca vio, ni el oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado; es algo que Dios ha preparado para los que lo aman.

Es verdad que lloramos a nuestros seres queridos porque, al morir, los hemos perdido aquí en la tierra. Jesús no puede imaginarse que a Dios se le vayan muriendo esos hijos suyos a los que tanto ama. No puede ser.

Sin embargo, nuestros tiempos son de desesperanza. Dios es el creador de la vida, ama todo lo que ha creado, por eso acoge a quienes no saben o no quieren vivir de manera digna. Perdona a todos, los compadece, pues la vida no termina. Conocemos el ahora y esperamos la vida nueva.

Lo cierto es que, en esta vida, la experiencia más honda y gratificante del ser humano es poder amar y ser amado de manera íntima, plena, libre y total. Esa es la aspiración más radical. Dios es amor y lo que llamamos cielo es la comunión gozosa con Él. La nueva vida la esperamos como la amistad y el éxtasis en todas sus dimensiones.

Los cristianos hablamos poco de nuestra esperanza en ella, no levantamos nuestra mirada más allá de lo inmediato. Vamos construyendo un mundo sin espíritu, no nos atrevemos a esperar algo de alguien, ni siquiera de ese Dios cercano, mezclado en nuestras cosas, que da la certeza de la vida eterna como obra de sus manos. Se nos olvida que no es un Dios de muertos, sino de los vivos, uno que sólo quiere darnos una vida dichosa y plena por toda la eternidad.

PERSEVERANCIA

“Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”. (Luc. 21,19) La ingenuidad de las gentes les hace débiles y manipulables para afrontar las crisis. Jesús propone el camino para entender la historia, pero es difícil y ajeno a los éxitos y explicaciones triunfalistas. En los momentos de desconcierto y caos aparecen mensajes que usan la religión como explicación, pero que no es su camino de salvación, por eso dice: “que nadie os engañe”.

Cada generación tiene sus problemas, dificultades y búsquedas. Nuestros tiempos experimentan una tensión social que quiere instalarse como razón de cambio e interpretación de la historia. Perdida la calma desaparece la responsabilidad del ciudadano para actuar siguiendo fuerzas de un lado u otro que se presentan como salvadoras y crean ambientes hostiles a la razón de la convivencia.

Según el relato de Lucas, los tiempos difíciles no han de ser tiempos de lamentos y desaliento. No es tampoco la hora de la resignación o la huida. La idea de Jesús es otra. El camino de Jesús es camino de testimonio, paz y perdón; en tiempos difíciles Jesús llama a reavivar su mensaje con una vida paciente y tenaz, respondiendo a las situaciones sin perder la paz y lucidez. Exhorta a la perseverancia en el amor y respeto, en la confianza, en el respeto a los derechos propios y ajenos, y en la construcción conjunta de la historia presente. Ante la fractura social en la que estamos inmersos, tal vez debemos revisar nuestra actitud de fondo y preguntarnos como ciudadanos cristianos y miembros de una Iglesia que le duele esta situación propensa para el crecimiento del odio.

El evangelio de Lucas nos invita a buscar la verdad y responde a estas preguntas: ¿Nos hemos posicionado de manera responsable, despertando en nosotros un sentido básico de solidaridad, o estamos viviendo de espaldas a todo lo que puede turbar nuestra tranquilidad? ¿Qué hacemos desde nuestros grupos y comunidades cristianas? ¿Nos hemos marcado una línea de actuación generosa, o vivimos celebrando nuestra fe al margen de lo que está sucediendo?

Pocas cosas pueden ser más nobles que el cuidarnos mutuamente. Hoy el evangelio nos invita a ser actores de solución. El camino de Jesús no se recorre criticando al otro, ni en oposición con los distintos, se hace llorando por el sufrimiento de muchos, ofreciendo la mano a quien te rechaza; buscando la verdad social con perseverancia.

SÁLVATE A TI MISMO

“Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.” (Lc. 23,37) El evangelio de Lucas relata el diálogo del que surgen preguntas como estas: ¿Puede este Jesús crucificado decirnos algo válido, vivo, concreto a los que estamos viviendo envueltos por los problemas de cada día? ¿Hace algo un rey en la cruz? ¿El mensaje de la cruz es inservible? El crucificado es rey ¿Puede algo, qué ofrece?

El reino es el centro de la predicación de Jesús y lo ofrece a quien confía en Él. No importan las circunstancias contrarias, lo afirma con la certeza de quien sabe que está en la cruz por hablar de su reino. Las autoridades y los soldados que están allí lo han entendido, pero no les gusta lo que dice, por eso le quitan del medio; sobra, no lo necesitan. Sus discípulos, que tanto lo quieren, no lo han entendido, lo consideran un fracasado y lo abandonan.

Hoy no estamos lejos de la lectura que hacían los apóstoles. En buena medida seguimos interpretando a Jesús a la luz de cálculos mezquinos e interesados. Puede suceder que, en lugar de escuchar su ofrecimiento del reino, estemos esperando que sea nuestro reino, nuestros deseos, anhelos y aspiraciones; esperamos que el rey en la cruz responda a nuestros pedidos.

La imagen de Cristo Rey que cada uno de los cristianos nos hacemos condiciona nuestra manera de entender y vivir la fe cristiana. La imagen falsa de un Cristo Rey poderoso ha servido para exaltar el poder absoluto y legitimar sistemas totalitarios ajenos a la concepción cristiana del hombre. La imagen del

rey de reyes que mantiene el sistema de nuestra sociedad y no la transforma es una imagen falsa de Cristo Rey. Hay en la cruz un mensaje que no siempre hemos escuchado los cristianos: Al hombre se le salva derramando por él nuestra propia sangre y no la de los otros. Toda acción de bondad, generosidad y esperanza nos hace mejores personas y aspirantes a ciudadanos del reino de Jesús. Aclamarlo es confirmar que el mundo de la injusticia, ambición y marginación tiene los días contados.

Podemos afirmar que está llegando al final el poder del mal, su mundo y entramados de engaños; con Cristo Rey celebramos la certeza de que todo acto que conlleve una gota de amor tiene un futuro eterno, nos hacemos inmortales con nuestra contribución en la construcción del reino. El mañana está en nuestras manos, hoy.

PREPARADOS

“Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre” (Mt. 24,44) Los evangelios ponen en boca de Jesús un discurso sobre este final, y destacan una exhortación: **vigilad, estad alerta, vivid despiertos.** Las primeras generaciones cristianas dieron mucha importancia a esta vigilancia. El fin del mundo no llegaba tan pronto como algunos pensaban. Sentían el riesgo de irse olvidando poco a poco de Jesús y no querían que los encontrara un día dormidos

Han pasado muchos años desde entonces. El sueño de ser cristianos vigilantes, se aleja, cuando en realidad, nuestros intereses, actitudes y estilo de vivir no son los de Jesús. El evangelio de hoy nos invita a estar atentos a la realidad, a estar preparados. Nuestra vida suele caminar al ritmo de los acontecimientos diarios, las redes sociales inciden en nuestras formas de pensar e influyen en nuestros comportamientos.; parece que ya todo está hecho, pero Jesús dice: **“Vigilad. Vivid despiertos. Tened los ojos abiertos. Estad alerta.”**

Hemos de cuidar esta llamada de Jesús a mirar la realidad con ánimo para salir de la indiferencia, tener disponibilidad para cambiar y estar preparados como dice el evangelio. Vivir atentos a no dejarnos llevar por la mediocridad y los intereses del momento.

Mirándonos al espejo de la vida nos damos cuenta de muchas cosas que no nos gustan y tenemos que cambiar; nuestro corazón ha perdido sensibilidad; tenemos los ojos abiertos, pero no vemos nuevos caminos, ni miramos a las personas como lo hacía miraba Jesús. Nos hemos acomodado a lo que hay y estamos perdiendo el sueño de cambiar, de estar preparados.

Para caminar tras los pasos de Jesús se requiere escuchar los gemidos de los que sufren; sentir en nosotros el amor de Dios a la vida; vivir más atentos a su presencia en nuestra vida, en nuestra sociedad; sentirnos capaces de hacer siempre el bien y reaccionar ante todo lo que daña la vida creada por Dios. Lo importante para Jesús es la vida digna y dichosa de las personas.

Mateo nos presenta este evangelio para no ceder a la tristeza ni a la crispación de nuestra sociedad política: todo nos está llamando a vivir la alegría para construir cada día uno mejor que el anterior. Vivamos preparados para algo más grande que ser ciudadanos consumidores y productores, la venida del Hijo del Hombre.

SIGNOS

“Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia. ¡Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí!” (Mt. 11,4-5) El pueblo esperaba un Mesías que cambiara radicalmente la situación. Juan, desde la prisión, escucha los comentarios sobre Jesús y quiere saber qué dice. Su respuesta es una novedad, no solo para ellos sino para nosotros en pleno siglo XXI.

No estamos lejos de las expectativas que tenía el pueblo de Israel hace 21 siglos. Los hechos democráticos en que se expresa el pueblo responden a ofertas salvadoras y mágicas que se sustentan en el poder político como propósito a alcanzar. El Papa Francisco afirma: “Veo con claridad que Iglesia necesita una capacidad de curar heridas, dar calor, cercanía y proximidad a los corazones. Esto es lo primero: curar heridas”. Habla luego de hacernos cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela y de caminar con las personas en la noche, saber dialogar e incluso descender a su noche y oscuridad sin perderse”.

Estos son los signos del cambio: curar y liberar, no juzgar ni condenar. Son los signos de Jesús: vivir volcado hacia los que sufren, dedicado a liberarlos de lo que les impide hacerlo de manera sana, digna y dichosa. Este Mesías anuncia la salvación curando. Si queremos demostrar que somos seguidores de Jesús, no tenemos que pensar mucho para saber cuáles son los signos que nos identifican como sus discípulos.

En la sociedad moderna y democrática hemos delegado al poder político que el resuelva los problemas de la pobreza. Nuestra sociedad ha generado una actitud respetuosa de las personas, pero al mismo tiempo distante y tranquilizadora, pues no nos sentimos responsables. Jesús no responde con un discurso sociopolítico ni con una declaración de derechos conculcados, sino con hechos.

Hay algo, sin embargo, que todos podemos hacer sin pensar en compromisos complicados y es empezar sencillamente a comunicarnos con Dios de manera humilde y sincera para recuperar la sensibilidad perdida ante los problemas de otros. Los hechos que llevan alegría a quienes la necesitan cambian el espíritu de la vida moderna, configurado por la rivalidad y el consumo, la despersonalización, falta de originalidad y alegría interior. Los hechos de amor no dejan indiferente a nadie.

BUENA NOTICIA

“No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.” (Luc. 1,10-11) Esta es la noticia que cambia el comportamiento de quienes la experimentan como la presencia de Dios cercano, amigo, humano. Es la noticia del misterio de Dios que se nos acerca, nos reconcilia con la vida y alegra con la fiesta de su llegada. Navidad es abrir el corazón a esta alegría.

En medio de nuestro vivir diario, a veces apagado o triste, se nos invita a la alegría. No puede haber tristeza cuando nace la vida. No es la alegría de quienes están alegres sin saber por qué, es más bien aquella de quienes se abren a la cercanía de Dios y se dejan abrazar por su ternura; es una alegría que nos libera de miedos y desconfianzas ¿Cómo temer a un Dios que se nos acerca como niño? ¿Cómo huir ante quien se nos ofrece como un pequeño frágil e indefenso? Dios se nos ha acercado en la ternura de un niño a quien podemos hacer sonreír o llorar.

Este niño nace en un pueblo sometido al Imperio, es un excluido. Sus padres no le han podido encontrar un lugar acogedor. Su madre le ha dado a luz sin ayuda de nadie. Ella misma se ha valido, como ha podido, para envolverlo en pañales y acostarlo en un pesebre.

Es aquí cuando comienza la aventura de Dios entre los hombres. No lo encontraremos entre los poderosos sino entre los débiles. No está en lo grande y espectacular sino en humilde y pequeño. Hemos de escuchar el mensaje: vayamos a Belén, volvamos a las raíces de nuestra fe, busquemos a Dios donde se ha encarnado. En este mundo injusto, en Él encontraremos la salvación de Dios.

No cambia en el tiempo la buena noticia, aunque el mercado ponga sus luces y colores para vender sus intereses; continua su fuerza transformadora, aunque las multitudes no lo escuchen por el ruido de la tecnología y el espectáculo. Su

mensaje no es una alegría entre tantas pues es inconfundible. Jesús es la razón de la Navidad. En Él ponemos nuestra esperanza, afloran nuestros mejores sentimientos, disfrutamos del hogar, los amigos y regalamos momentos de felicidad. Por Él celebramos la Navidad.

JESÚS

“José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros” (Mat.1, 21 y 23)

El evangelista Mateo tiene un interés especial en decir a sus lectores que Jesús ha de ser llamado también “Emmanuel”. Sabe bien que puede resultar chocante y extraño. ¿A quién se le puede llamar con un nombre que significa “Dios con nosotros”? Sin embargo, éste encierra el núcleo de la fe cristiana y es el centro de la celebración de la Navidad. Su indicación no deja de ser sorprendente pues no es el nombre con que Jesús fue conocido. Dios está con nosotros. No pertenece a una religión u otra. No es propiedad de los cristianos. Tampoco de los buenos. Es de todos sus hijos e hijas. Está con los que lo invocan y con los que lo ignoran, pues habita en todo corazón humano acompañando a cada uno en sus gozos y penas. Nadie vive sin su bendición.

Ese misterio último que nos rodea y que los creyentes llamamos Dios no es algo lejano y distante. Está con todos y cada uno de nosotros. ¿Cómo lo puedo saber? ¿Es posible creer de manera razonable que Dios está conmigo, si yo no tengo alguna experiencia personal por pequeña que sea? El misterio de Dios tiene sus caminos para hacerse presente. Pero se puede decir que, en la cultura actual, si no lo experimentamos de alguna manera dentro de nosotros, difícilmente lo hallaremos fuera. Por el contrario, si percibimos su presencia en nuestro interior, nos será más fácil rastrear su misterio en el entorno.

Es normal que, al adentrarnos en nuestro propio misterio, nos encontremos con nuestros miedos y preocupaciones, heridas y tristezas, mediocridades y pecados. No hemos de inquietarnos, sino permanecer en el silencio. La presencia amistosa que está en el fondo más íntimo de nosotros nos irá apaciguando, liberando y sanando.

La experiencia del corazón es la única con la que se puede comprender el mensaje de fe de la Navidad: Dios se ha hecho hombre. El misterio último de la vida es un misterio de bondad, de perdón y salvación que está con nosotros: dentro de todos y cada uno de nosotros. Si lo acogemos en silencio, conoceremos la alegría de la Navidad.

HUYE A EGIPTO

“Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto” (Mt. 2,13); La familia de Jesús ha vivido la experiencia trágica de los refugiados obligados a huir de su hogar para buscar asilo en un país extraño. Todo comienza cuando saben que Herodes busca al niño para acabar con él. De noche, de manera precipitada y angustiosa, comienza su odisea. Muerto Herodes, terminan escondiéndose en un pueblo desconocido de la montaña llamado Nazaret.

¿Podemos imaginar un relato más contrario a las escenas navideñas de hace unos días? ¿Cuál es el mensaje de Mateo al dibujar con trazos sombríos los primeros pasos de Jesús? Lo primero es no soñar. La acción salvadora de Dios se abre camino en medio de amenazas e incertidumbres, lejos del poder y la seguridad. Quienes trabajen por un mundo mejor con el espíritu de este Mesías, lo harán desde la debilidad de los amenazados, no desde la seguridad de los poderosos. El drama sigue, crece el número de niños que huyen para tener esperanza de vida. El Papa Francisco los recuerda en esta Navidad y nos invita a estar abiertos a los necesitados, a las necesidades de otras familias: hogares

rotos que viven situaciones conflictivas y dolorosas y necesitan apoyo y comprensión; familias sin trabajo ni ingresos que necesitan ayuda material, inmigrantes que piden acogida y amistad.

En la familia se aprende a vivir las cosas importantes. Es el mejor lugar para aprender a creer en ese Dios bueno, padre de todos, allí conocemos el estilo de vida de Jesús, descubrimos su buena noticia, rezamos juntos en torno a la mesa, nos hacemos seguidores de Jesús. Las familias cristianas contribuyen a construir un mundo más digno y dichoso, querido por Dios, son una bendición para la sociedad. Según el evangelio de Mateo, Dios se ha hecho hijo de migrantes. Desde niño ha vivido amenazado, como otros tantos, amenazados por el hambre, la miseria, guerras y abusos. El Dios de Belén es de ellos, antes que de nadie.

El nacimiento del Señor nos invita a renacer y trabajar por el nacimiento de un hombre nuevo, una familia nueva, una sociedad diferente. El niño migrante, niño viajero, está en nuestras calles y parques porque ha huido de su tierra, hagamos que sienta la acogida de una comunidad cristiana que celebra la Navidad como familia.

CONSERVAR

“Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”.

(Lc. 2,19) Acabamos de concluir un año y el comienzo de uno nuevo es propicio para el balance y la reflexión. Por eso, es bueno detenernos y ponernos en contacto con nuestro verdadero yo, sin miedo alguno, con paz, ante ese Dios que sólo quiere nuestro bien. Lucas dice que María conservaba y meditaba los acontecimientos de su vida. En nuestra práctica de consumo hemos aprendido a descartar, no conservar y esperar siempre algo nuevo. Estamos perdiendo la capacidad de aprender de nosotros mismos. Lo nuevo en nuestras vidas viene más de afuera de nosotros que de la renovación interior. Corremos el riesgo de vivir dejándonos llevar sin ser nosotros mismos, sin haber aprendido de nuestra experiencia.

Al comenzar un año nuevo, tal vez, lo primero es preguntarnos cuál es nuestro estado de ánimo en estos momentos, mirar de frente nuestros sentimientos y ponerles nombre. Nuestra experiencia cristiana crece con la reflexión que vamos haciendo sobre lo vivido y la acción de Dios en nuestras vidas.

Comenzar el nuevo año preguntándonos por lo positivo. ¿Qué he recibido de bueno a lo largo del año? ¿Qué experiencias y encuentros positivos he tenido? ¿Qué es lo que más he de agradecer? Experimentar la vida como don que vamos recibiendo gratuitamente es la manera más espontánea de ir descubriendo la bondad de Dios. Esta es certeza y fuerza para comenzar un año nuevo.

La Iglesia hace coincidir el primer día del nuevo año civil con la fiesta de Santa María Madre de Dios, invitándonos a que comencemos bajo su protección maternal, madre del salvador y nuestra. Los cristianos de hoy tenemos que aprender de ella a descubrir las maravillas que Dios ha hecho, a encontrar nuestra vivencia religiosa en los acontecimientos de la vida antes que en costumbres religiosas superficiales.

María es la madre de Jesús que nació de su seno y es madre nuestra para hacernos hermanos, para aprender unos de otros a reconocer a Jesús siendo hombres y mujeres que miramos el porvenir con las certezas y esperanzas sembradas en nuestro corazón.

Es bueno que al comenzar un año nuevo lo hagamos elevando nuestros ojos hacia María. Ella nos acompañará a lo largo de los días con ternura, cuidará nuestra fe y nos dará esperanza. No la olvidemos a lo largo del año.

AMOR GRATUITO

“Vino a su casa, y los suyos no le recibieron”. (Jn 1,11) El prólogo del evangelio de Juan nos obligan a revisar de manera radical nuestra manera de entender y vivir la fe cristiana. Dios no ha permanecido callado, nos ha hablado. Su palabra se ha encarnado en la vida entrañable de Jesús para que la puedan entender y acoger hasta los más sencillos. Sin embargo, no fue recibido.

El Papa Francisco nos propone renovar la casa común y para ello es suficiente acoger a Jesús. Piensa en una Iglesia en la que el evangelio recupere su fuerza de atracción sin quedar oscurecida por otras formas de entender y vivir la fe cristiana. Nos invita a recuperar la frescura original del evangelio como lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y, al mismo tiempo, lo más necesario, sin encerrar a Jesús en nuestros esquemas aburridos”.

Este mundo es la casa de Jesús y lo encontramos, no en apariciones y milagros, sino en nuestras debilidades, fragilidades y vulnerabilidades. Los cristianos no encontramos a Dios en lo inaccesible y el misterio sino en la carne; no hemos de buscarlo fuera de este mundo, pues esta es su casa.

Juan dice que Jesús es el amor gratuito y desbordante de Dios. En estos tiempos en que crece la desconfianza, nada más importante que poner el centro de la vida en Jesús que se nos comunica con las certezas de este mundo. Esta es la certeza de Dios hecho carne, respirando nuestro aire y sufriendo nuestros problemas. Está aquí, en la tierra, no lo sigamos buscando arriba.

Una de nuestras contradicciones como comunidad cristiana es celebrar con entusiasmo la encarnación de Dios, su nacimiento y olvidarlo el día lunes cuando vamos al trabajo. Dios ha bajado a nuestra casa, participa de nuestra existencia, ha venido a habitar en el corazón humano y no lo encontramos, ha venido a reinar entre nosotros y parece estar totalmente ausente en nuestras relaciones, ha asumido nuestra carne y seguimos sin saber vivir debidamente lo carnal. Dios se ha encarnado en un cuerpo humano, su templo es nuestro espíritu.

“Este mundo es la casa de Jesús y lo encontramos,
no en apariciones y milagros, sino en nuestras
debilidades, fragilidades y vulnerabilidades ”





“Construyamos una Iglesia con las puertas abiertas, pues la alegría del evangelio es para todos y no se debe excluir a nadie”



CUMPLIR

“Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere.” (Mt.3,15). El evangelio de Mateo desarrolla el tercer elemento que identifica el verdadero bautismo: la obediencia a la voluntad del padre, hacer la voluntad de Dios.

El bautismo, en consecuencia, provoca y muestra la actitud de toda persona abierta a la divinidad y voluntad de Dios y hace asumir, como modo normal de vida, el llamado a ser hijos de Dios, identificándonos en todo con el padre y procurando con nuestro actuar hacer presente su justicia y amor.

Por desgracia, en la actualidad, este sacramento se ha limitado al mero rito religioso, desligándolo de la vida y la experiencia de fe de la persona creyente.

Se ha olvidado que es un hecho fundamental del ser cristiano pues tendría que ser la expresión de la opción fundamental de la persona que toma a la luz del ejemplo de Jesús y por la que se compromete a ser cristiano.

El Papa Francisco está pensando en una renovación radical que no puede dejar las cosas como están; ya no sirve una simple administración. Por eso, nos pide abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así” e invito a a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, estructuras, estilo y métodos evangelizadores de las propias comunidades.

Francisco busca una Iglesia en la que nos preocupe comunicar la buena noticia de Jesús al mundo actual. “Más que el temor a no equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos”. Quiere que construyamos una Iglesia con las puertas abiertas, pues la alegría del evangelio es para todos y no se debe excluir a nadie.

¡Qué alegría poder escuchar de sus labios una visión de Iglesia que recupera el Espíritu más genuino de Jesús rompiendo actitudes muy arraigadas durante

siglos! A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. “La Iglesia no es una aduana, es la casa del Padre donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas”, nos dice.

TESTIMONIO

“Y Juan dio testimonio” (Jn.1,32). El término mártir, en su sentido etimológico, significa testigo. Ser testigo de Dios es encontrar e identificar su amor en los lugares donde su presencia es más necesaria, junto a los desheredados, desnutridos, refugiados o leprosos. Juan identifica a Jesús, dice quién es, dónde está, qué hace. Esto implica no pocos riesgos, incluso la propia vida. Los misioneros lo saben y asumen el testimonio con las consecuencias del martirio.

La razón de una comunidad cristiana es dar testimonio de Jesucristo, actualizar en la sociedad el misterio del amor salvador de Dios manifestado en Cristo. Si los cristianos no dan testimonio de Jesús, no se justifican como creyentes, no tiene sentido su identidad. Por el contrario, cuando los cristianos son testigos incómodos de injusticias y abusos, salen en defensa de inocentes, señalan con su testimonio que han encontrado el amor de Dios.

Lo que ha de cambiar no es tanto el mensaje verbal de la Iglesia cuanto la vida de las comunidades cristianas. El testimonio del cristiano va más allá de rezar e ir a misa los domingos, no se limita a no hacer mal a nadie, es en cambio, quien sacude el egoísmo del ciudadano vividor y del individualismo que no arriesga nada para frenar la corrupción. El testimonio del cristiano no es tal por vivir decentemente sino por entrometerse en los problemas sociales para mejorar la vida de la comunidad.

La figura del Bautista, verdadero testigo de Jesucristo, nos obliga a hacernos una pregunta: ¿Mi vida ayuda a alguien a creer en Dios? Juan da testimonio de aquel que ha de bautizar con Espíritu Santo. Los cristianos que reciben el

bautismo de Jesús tienen delante la misión de dar testimonio de que el amor de Dios está en medio de la comunidad; son hombres y mujeres que aceptan el martirio en su vida diaria para defender la verdad y justicia. El Papa Francisco nos invita a ser actores de una evangelización del testimonio: más ardiente, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa.

SEGUIDME

“Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres” (Mt. 4,19) Su primera intervención no tiene nada de espectacular, no realiza un milagro. Sencillamente, llama a unos pescadores que responden inmediatamente a su voz: “Seguidme”.

Así comienza el movimiento de seguidores de Jesús. Aquí está el germen humilde de lo que un día será su Iglesia. En este lugar se nos manifiesta, por vez primera, la relación que ha de mantenerse siempre viva entre Jesús y quienes creen en Él. El cristianismo es, antes que nada, seguirlo. Jesús anunciaba una buena noticia en la cual los pescadores del Cafarnaúm encontraron algo nuevo y bueno. Más tarde, se refirieron a lo anunciado con el término griego de evangelion. Jesús hablaba de un Dios que trasmite vida y es amor. No estaban solos ni perdidos, alguien estaba a su lado dándoles fuerza para trabajar y disfrutar.

Mateo recuerda que, en la Galilea de los gentiles, el profeta Isaías dice que el pueblo habita en tinieblas y las cosas no son como quieren aquellos pescadores. Jesús les dice que el cambio está en marcha, que el Padre despierta la responsabilidad para hacer grandes cosas y vivir más digna y dichosamente.

El evangelio de Jesús hoy suena entre nosotros como lo proclamó entre los pescadores de Galilea. La escena del lago se repite en oficinas, talleres, plazas, bares y casas: Seguidme. ¿Cómo es posible vivir de las respuestas que recibieron aquellos pescadores? Quizás, después de veintiún siglos, los cristianos necesitan recordar que el elemento esencial y primero de la fe cristiana es seguir a Jesucristo.

Esto implica cambiar las preguntas de la vida. Pasar de pensar ¿cómo puedo ganar más dinero a cómo ser más humano?, de calcular ¿cómo puedo llegar a conseguir algo a cómo puedo llegar a ser yo mismo?

Crear en Jesús es seguirle más allá de la doctrina y prácticas religiosas. Hacerlo lleva a construir una vida a su estilo, a no quedarnos sentados en lo ordinario de ser cristianos. Considerada así, la fe cristiana adquiere otro dinamismo y vitalidad.

PRESENTAR

“Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor” (Luc, 2,22) El relato de Lucas busca provocar a la comunidad para que reconozca públicamente a Jesús. Los nombres de los dos ancianos sugieren que son personajes simbólicos que representan a la gente de fe sencilla que, en todos los pueblos de todos los tiempos, viven con la confianza puesta en Dios.

A Simeón lo imaginamos como un sacerdote anciano del templo, pero nada de esto dice en el texto. Es un hombre bueno, del pueblo, que tiene la esperanza de sentir consuelo. Sus palabras no presagian nada tranquilizador: el niño que tiene en sus brazos será una bandera discutida, fuente de conflictos y enfrentamientos, unos lo acogerán para adquirir una dignidad nueva, otros lo rechazarán y será su ruina.

Cuando uno toma postura ante Jesús queda al descubierto lo que hay en lo más profundo de las personas. No viene a traer tranquilidad, sino a generar un proceso doloroso y conflictivo de conversión radical. No es posible la relación sin dar paso hacia mayores niveles de verdad. La crisis de fe que se observa en la sociedad ha cambiado costumbres cristianas, son pocas las familias que se reúnen para rezar. En general, lo que se transmite a los hijos no es la fe, sino indiferencia religiosa y silencio.

La fe es un factor importante al definir el estilo de vida. Cuanto más nos acerquemos a Jesús, mejor vemos nuestras incoherencias y desviaciones, la verdad de nuestro cristianismo o el pecado en nuestros corazones.

La fe sencilla que espera la salvación definitiva de Dios es la que profesa la mayoría, es poco cultivada, se concreta en oraciones torpes y distraídas, en expresiones poco ortodoxas y que despierta en momentos difíciles. Una fe que Dios no tiene ningún problema en entender y acoger. En estos tiempos, son los abuelos, personajes como los de Lucas, los desempeñan el trabajo de presentación de Jesús en la familia. Calladamente y de forma natural, a su estilo, van explicando a los niños las cosas fundamentales sobre Jesús y lo hacen conocido en la familia.

SAL DEL MUNDO

“Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?” (Mt. 5,14) Jesús da a conocer, con dos imágenes audaces y sorprendentes, lo que espera de sus seguidores. No han de vivir pensando en sus propios intereses, prestigio o poder. Aunque son un grupo pequeño en medio del vasto Imperio de Roma han de ser la sal que necesita la tierra y la luz que le hace falta al mundo.

Los seguidores de Jesús deben darle sabor a la vida, su misión es que no se corrompa y las personas saboreen sus dones. La misión es ser esa sal para evitar la corrupción pública y privada. Suenan con fuerza sus palabras para salvar la vida de las personas sencillas, abrir caminos de esperanza a la sociedad.

¿No será una pretensión denunciar la corrupción? ¿Se mezcla la sal de la vida con la política pública para dar gloria al Padre que está en el cielo? El evangelio invita naturalmente a combatir la corrupción.

Jesús pide a sus discípulos ser la sal que evita la corrupción de costumbres. No está pensando en comunidades cristianas centradas en rezos o devociones, sino en cristianos que dan la cara para cambiar lo que se está pudriendo en las relaciones comerciales, sociales y políticas.

El Papa Francisco ha visto que las comunidades cristianas tradicionales están encerradas, paralizadas por el miedo al martirio de ser sal de la sociedad; viven encerradas en sus iglesias y parroquias lejos de los problemas sociales y sin fuerza para dar sabor a la vida moderna y para ofrecerle la luz genuina del evangelio.

El Papa insiste una y otra vez: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, que una enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termina clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos”.

Nos podemos preguntar: ¿puede tener futuro un mundo sin sal de vida?, ¿puede vivir tranquila la Iglesia de Jesús en medio de la corrupción de todo tipo? ¿Cómo tiene que reaccionar el cristiano?, ¿qué tiene que hacer?, ¿qué está haciendo?

Hay muchas personas, grupos e instituciones que viven entregados a luchar por la vida y dignidad de los pobres. En la Iglesia hay un magisterio social valiente y progresista que defiende los derechos y la dignidad de los pobres, reclama reformas profundas y audaces, hay mucha gente que ponen sal en la vida, seamos una de ellas.

PLENITUD

“No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud” (Mt.5,17) Los judíos hablaban con orgullo de la Ley de Moisés, era todo lo que necesitaban para ser fieles a Dios. Para Jesús, la ley es importante, pero no ocupa el centro de la vida, más bien propone la plenitud y la define como una vida más justa y fraterna.

No basta cumplir la ley o ser practicante de la religión; Jesús abre un nuevo camino de experiencia del reino de Dios desde su construcción en la comunidad y creatividad que hace visible el amor del Padre en el amor a los hermanos.

¿Es difícil su propuesta? ¿El mundo es más humano por la ley o por el comportamiento de las personas? ¿Cómo vivir de manera más humana en una sociedad donde el individualismo, la búsqueda de eficacia o el éxito fácil parecen serlo todo?

Según algunos observadores, se extiende la agresividad. En la convivencia diaria son frecuentes los insultos ofensivos proferidos solo para humillar, despreciar y herir. Las conversaciones están a menudo tejidas de palabras que reparten condenas y siembran sospechas, que están dichas sin amor y respeto, que envenenan la convivencia y hacen daño.

Dice el Papa Francisco: “Me duele comprobar cómo en algunas comunidades cristianas y, aún entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odios, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, inclusive hay persecuciones que parecen una implacable cacería de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?” “En busca de las virtudes perdidas” es un libro de Alessandro Pronzato que invita a mejorar las relaciones humanas con actitudes de paciencia, respeto, discreción, delicadeza y sentido del deber. Jesús invita a poner de moda la perfección.

Actualmente, en donde más se requiere abrir caminos que mejoren los niveles de convivencia y humanización es en el campo de la comunicación. En un mundo interconectado, la calidad de la comunicación debe superar con creces normas técnicas y lo comúnmente aceptado. Tenemos herramientas para poner en práctica una comunicación que globalice un nuevo humanismo con un lenguaje que invite a la plenitud de la vida.

NO VIOLENCIA

“Yo, en cambio, os digo: No hagáis frente al que os agravia” (Mt.5,38) La llamada al amor es siempre seductora, lo que no pudieron imaginar los discípulos es que un día les hablara de amar a los enemigos. Se enfrentó al clima general de odio que se respiraba en su entorno y proclamó con claridad absoluta: “Yo, en cambio, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os calumnian”.

Jesús nos llama a hacer violencia a la violencia. El verdadero enemigo del hombre hacia el que tenemos que dirigir nuestra agresividad no es el otro, sino nuestro propio yo egoísta, capaz de destruir a quien se nos oponga. El respeto total a cada hombre y mujer, tal como lo entiende Jesús, pide un esfuerzo constante por promover el diálogo y la búsqueda común de una convivencia siempre más justa y fraterna.

No siempre damos la debida importancia a ese mundo complejo y generamos comportamientos que llevan signos de violencia en medio de una atmósfera envolvente pública y privadamente; hemos casi llegado a considerar a la violencia como parte de la vida y factor que orienta la opinión, el lenguaje de nuestras respuestas ante preguntas incómodas que se expresa hasta con movimientos físicos. No es suficiente rechazar la violencia que atenta contra la vida y está fuera de nuestra esfera social, es necesario construir un clima social que no busca rechazar a nadie, sino que es coherente con las palabras de Jesús: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen.

Cuando Jesús habla del amor al enemigo, no está pidiendo que tengamos simpatía o cariño hacia quien nos hace mal, sino que desterremos de nuestro corazón el odio y sed de venganza. No hemos de olvidar que somos más humanos cuando perdonamos que cuando nos vengamos alegrándonos de la desgracia ajena.

La vida entera de Jesús ha sido, desde el principio hasta el fin, una llamada a resolver los problemas de la humanidad por caminos no violentos. La violencia tiende siempre a destruir, arrastra al que considera contrario, pone en marcha una reacción en cadena que no tiene fin. Es necesario un nuevo estilo de relacionarnos, con lenguajes incluyentes, esperanzadores, sin sectarismos. Necesitamos una palabra diferente, que desmonte prejuicios, acerque posiciones y que nos ayude a descubrir lo que es bueno para todos.

TENTADO

“En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo” (Mt.4,1) La escena de las tentaciones advierte que podemos arruinar nuestra vida si nos desviamos del camino de Jesús. La búsqueda de la voluntad del Padre, superando pruebas y tentaciones, no es fácil. Jesús reacciona de manera rápida, sorprendente y tajante: se deberá buscar siempre, en primer lugar, el reino de Dios y su justicia. En todo momento hay que escuchar su Palabra.

Buscamos intereses propios y olvidamos el proyecto de Dios sobre cada uno, anteponeamos nuestro bienestar a las necesidades de los más pobres; nos interesa un Dios, una religión a nuestro servicio. El poder entusiasmo y creemos que para servir hay que tenerlo; sin embargo, el servicio es resultado del amor. No es posible organizar la religión como un sistema de creencias y prácticas que dan seguridad o refugio para afrontar problemas de violencia de género, drogas, inclusive temas como el cambio climático.

No quedamos satisfechos con lo necesario y reducimos cada vez más el horizonte de nuestra vida a la mera satisfacción de nuestros deseos. El ser humano necesita y anhela mucho más.

Para rescatar del hambre y la miseria a quienes no tienen pan, hemos de escuchar a Dios y despertar en nuestra conciencia el hambre de justicia, compasión y solidaridad. La seguridad es el pretexto para evitar responsabilidades que impliquen asumir un riesgo. Una carrera de servicio no asegura las satisfacciones del sistema, pero nos lleva al encuentro con Jesús, que dijo “no” a las comodidades. Es necesario arriesgarse, confiar en Dios, así como Jesús.

El fetiche del poder está presente en la política, la familia y hasta en el grupo de amigos. No es posible imponerlo sobre los demás sin ser esclavos del mismo. Quienes siguen a Jesús buscando gloria y esplendor viven arrodillados ante el diablo, no adoran al verdadero Dios.

Jesús nos indica cómo identificar las tentaciones de los cristianos y sus comunidades y nos ayuda a afrontarlas como lo hizo Él. Necesitamos más lucidez y vigilancia para no caer en las tentaciones del bienestar, la comodidad y la auto-referencialidad.

ESCUCHADLO

“Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo” (Mt.17,5) Los discípulos no han de confundir a Jesús con nadie, ni siquiera con Moisés o Elías. Solo Jesús es el Hijo querido de Dios, el que tiene su rostro resplandeciente como el sol. La voz añade algo más: “Escuchadlo”. En otros tiempos, Dios había revelado su voluntad por medio de los diez mandamientos de la Ley. Ahora su voluntad se resume y concreta en un solo mandato: Escuchad a Jesús. La escucha establece la verdadera relación con sus seguidores.

Jesús llama a la puerta de cristianos y no cristianos. Podemos abrirle la puerta o rechazarlo. Pero no es lo mismo vivir con Jesús que sin Él. Muchas personas solo lo conocen de oídas. Su nombre les resulta familiar, pero lo que saben de Él no va más allá de recuerdos e impresiones de la infancia. Incluso, aunque se llamen cristianos, viven sin escucharlo. Y sin esa experiencia no es posible conocer su paz inconfundible, ni su fuerza para alentar y sostener nuestra vida.

Cuando un creyente se detiene a escucharle en silencio, en su conciencia escucha algo como esto: “No tengas miedo. Abandónate con toda sencillez en el misterio de Dios. Tu poca fe basta. No te inquietes. Y, si crees esto, tu vida cambiará. Conocerás la paz del corazón”.

Los hechos más importantes de nuestra vida acontecen dentro de nosotros. Ahí se recompone nuestro ser, tal vez roto y maltratado por la vida. Ahí se decide la orientación que queremos dar a nuestra existencia en un momento determinado. Ahí se despierta de nuevo la luz y el aliento para seguir caminando.

Esta comunicación viva y personal con Jesús es capaz de transformar a la persona y reorientar de manera nueva su vida. Cuando uno escucha con paz a Dios en el fondo de su corazón, se le iluminan zonas oscuras que antes escapaban a su mirada; aprende a diferenciar lo real de lo meramente aparente y engañoso; descubre en su interior fuerzas que parecían haber desaparecido para siempre.

La vida se transforma. Uno cuenta con una luz nueva, una fuerza que conforta, un espíritu que libera del desaliento. Y, sobre todo, se siente amado y con fuerzas para amar.

Ya las personas no son simplemente atractivas o desagradables, interesantes o sin interés. Los problemas no son asunto de cada cual. El mundo no es un campo de batalla donde cada uno se defiende como puede. Nos empieza a doler el sufrimiento de los más indefensos. Podemos vivir cada día haciendo un mundo un poco más humano. Nos podemos parecer a Jesús.

AGUA VIVA

“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.” (Jn.4,10) La escena parece normal, los protagonistas la hacen especial. Junto al pozo de Jacob, Jesús conversa con una mujer e inicia el diálogo diciendo: “Mujer, dame de beber”.

Jesús, que mira siempre el corazón de las personas, le dice estas palabras inolvidables: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías y Él te daría agua viva.

Sus palabras encierran una extraña invitación para el hombre contemporáneo: Si conocieras el don de Dios... El hombre de hoy no acierta a descubrirlo como amigo. Cuando las personas esperan de ellos mismos lo que sólo pueden recibir de Dios, la vida se hace pesada.

Necesitamos experimentar la gratuidad, el don. Conocerlo es sentirse a gusto con Él, su amor incondicional y gratuito, recibir el agua que hace vivir de manera digna y dichosa. Cuando una persona sabe lo que es sentirse a gusto con Dios, a pesar de su mediocridad y pecado, difícilmente lo abandona.

Son muchos los cristianos que saben disfrutar de su fe, sentirse a gusto con Dios y vivir saboreando su adhesión a Jesucristo; oyen hablar a Jesús, de un agua que calma la sed para siempre, de un manantial interior que salta con fuerza dando fecundidad y vida eterna y que despierta el anhelo de vida plena para decir: Señor dame de beber.

CAMINO A TIENTAS

“Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.” (Jn.9, 5) Los fariseos creen saberlo todo, no dudan de nada, imponen su verdad. Llegan incluso a expulsar de la sinagoga al pobre ciego. El relato concluye con la advertencia final de Jesús: Yo he venido para que los que no ven, vean y los que ven, se queden ciegos.

El hombre se ha ido abriendo camino en la historia tratando de iluminar la existencia con su razón. Y, ciertamente, ha dado pasos gigantescos. La humanidad ha ido acumulando datos, ha organizado sistemas y ciencias cada vez más complejos y ha transformado la técnica para dominar el mundo y la vida.

Pero, en circunstancias como esta pandemia, la vida se presenta como un camino que debemos recorrer a tientas. El hombre moderno no se resigna a aceptar el misterio que está presente en lo más profundo de nuestra vida como una experiencia constante. La razón es una luz que nos deja todavía en las tinieblas, puede explicarlo todo menos a sí misma. Se diría que el hombre puede conocer y dominar todo, mas no su origen ni su destino último.

¿Nos espera algo o alguien más allá de la muerte? Jesús dice: Yo soy la luz del mundo. Es así. Enfrentemos el misterio de la vida dejándonos iluminar por Él. Veamos la verdad de la pandemia desde su luz, atentos a la vida y sensibles a los problemas de los demás. Demos respuesta a la pandemia desde la vida que invita a escuchar y acompañar con respeto a hombres y mujeres que sufren.

La razón y el conocimiento encuentran la esperanza ante lo desconocido y el estímulo para el esfuerzo ante la certeza de quien dice de sí mismo YO SOY LA VERDAD Y LA VIDA. Con la luz de Jesús, la razón reconoce sus errores y admite equivocaciones. Lo que dice es fácil de entender, se hace creíble, quiere una vida digna, especialmente para los desgraciados e indefensos. Con Él recorreremos una vida sin miedos y afrontamos la pandemia con solidaridad.

RESURRECCIÓN

El relato de la resurrección de Lázaro es sorprendente. Nunca antes se presenta a Jesús tan humano, frágil y entrañable como en este momento en que se muere uno de sus mejores amigos y se nos invita tan directamente a creer en su poder salvador: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25).

Hay en nosotros un deseo insaciable de vida, nos pasamos días y años luchando por ello. Descubrimos nuestra fragilidad y deseo enorme de vivir, pero nunca nos hemos sentido tan impotentes ante la amenaza a la vida.

Jesús llora, se le rompe el alma sentir la impotencia ante la muerte. ¿Por qué hemos de morir? El hombre descubre su debilidad y mira a la pandemia con incertidumbre. ¿Por qué la vida no es más segura?

Los cristianos no sabemos de la otra vida más que los demás. Nos hemos de acercar con humildad al hecho oscuro de la muerte, pero lo hacemos con una confianza radical en la bondad del misterio de Dios que vislumbramos en Jesús, al que, sin haberlo visto, amamos y al que sin verlo le damos nuestra confianza. Ante la muerte, Jesús hizo dos cosas: llorar y confiar en Dios.

Jesús tiene fe en el Padre: esta enfermedad no acabará en muerte. Dios, amigo de la vida, es más fuerte. Podemos confiar en Él. Es la resurrección, sólo quiere para nosotros vida y que sea eterna. La pandemia por Covid-19 necesita un horizonte más amplio que la cuarentena y el hecho de quedarse en casa, requiere respuestas para encauzar las fuerzas hacia una vida más digna que acepta sus enigmas, pero deja abierta la puerta del más allá.

El creyente que enfrenta con realismo y modestia el hecho ineludible de la incertidumbre, lo hace desde una confianza radical en Cristo, que difícilmente puede ser entendida desde fuera y que sólo puede ser vivida por quien ha escuchado, alguna vez, en el fondo de su ser las palabras de Jesús: Yo soy la resurrección y la

vida. Cuando los cristianos hablamos de resurrección no pretendemos saberlo ni comprenderlo todo. Entendemos que el más allá escapa a los esfuerzos de la razón, pero que no es independiente del acá. Hacer de la pandemia un acto de solidaridad y cuidado del otro es asegurar una mejor vida en el más allá.

ORACIÓN

“Sentaos aquí, mientras voy allá a orar” (Mt. 26, 16) Jesús nunca quiso el sufrimiento ni para Él ni para nadie. Dedicó su vida a combatirlo en la enfermedad, injusticia, marginación o desesperanza. Vivió entregado a buscar el reino de Dios y su justicia, acepta el martirio por fidelidad al proyecto de Dios que no quiere ver sufrir a sus hijos. Le habría sido fácil evitar la ejecución. No lo hizo. Siguió su camino. Prefirió ser crucificado antes que traicionar su conciencia y ser infiel al proyecto de su Padre.

Jesús tiene miedo y rompe su silencio con un grito desgarrador: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? No le pide que lo salve, sí que no lo abandone. Dios, su Padre, permanece en silencio. Sus seguidores nos encontramos ante aquel grito y el silencio. Sólo escuchando hasta el fondo, descubrimos algo de su misterio y nos animamos a decir:

Señor, hoy quiero hablar contigo. Sé que Tú eres mi amigo y me amas, pero no te entiendo; sé que estás a mi lado, donde siempre has estado, pero parece que el virus ha ocupado tu puesto, me da miedo. Quiero vivir este tiempo con fe y esperanza, haciendo lo que me toca como ser humano. Señor, Tú quieres hacer cosas nuevas en mi vida, en la vida de tu Iglesia. Al vaivén de un virus hemos descubierto lo que significa SER LIMITADO.

Quiero celebrar esta Semana Santa conectado con tu amor en la Cruz de la Salvación, chateando contigo, pero conectado al silencio del Padre.

El Covid-19 no será un acontecimiento que se pierda en el pasado como otras pandemias. Nuestra cuarentena se hace rito de pasión capaz de conmover corazones, trazar el camino para humanizar y salvar al ser humano, ser conscientes de nuestro pecado de desarrollo incontrolable y prepotente, abrir las puertas a la ética social y compartir, cargar las cruces de la vida hasta donde haga falta.

El amor es simplemente ser humano, es saber convivir en armonía en 100 metros cuadrados; es descubrir que la verdad del otro vale más que la noticia de la pantalla y que es necesario limpiar la vida de la pandemia de la mentira.

VIO Y CREYÓ

“Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó”. (Jn. 20) Los evangelistas hablan de su desorientación, búsqueda en torno al sepulcro, sus interrogantes e incertidumbres.

¿Quién se lo ha llevado? ¿Dónde lo han puesto? Tal vez hemos de preguntarnos algo semejante. ¿Por qué nuestra fe es a veces negociadora? ¿Qué buscamos los cristianos de hoy, antes del coronavirus y metidos en casa por su culpa?

Hoy es Domingo de Resurrección, buscamos al Cristo resucitado porque llena nuestra vida. Como a María, el Resucitado nos llama por nuestro nombre y escuchamos su invitación a buscarlo donde está: dentro de cada uno, en la vida, en lo que el coronavirus nos ha enseñado a apreciar. Al Resucitado no se le encuentra donde reina la muerte y donde el desánimo y pesimismo se enfrentan a la vida. Al Resucitado no se le puede ver sin hacer el propio recorrido. Para experimentarlo lleno de vida en medio de nosotros hay que volver al punto de partida, al proyecto de nuestra vida, a lo que queremos ser y hacer. Al Resucitado lo vemos en la lucha colectiva para vencer al Covid-19 y organizar mejor la vida sobre la madre tierra. Nos encontramos con Él en el contacto con otras personas, lo descubrimos en hombres y mujeres que aman al prójimo, viven

la entrega sin desaliento, que desde el dolor gritan la certeza de que somos capaces de vencer al coronavirus y salir de esta situación.

Es posible que estemos descubriendo una nueva forma de ser creyentes, no porque estaba mal nuestra relación con Dios, sino porque nos propone un paso más para hacer realidad el ama a tu prójimo como a ti mismo. El Covid-19 ha roto la rutina y nos ha lanzado a la aventura de amar, nos ha convertido en portadores de la epidemia del amor que originó Jesús con su resurrección.

Hemos descubierto que a Dios lo encontramos en las personas sin salud, en los discapacitados, en los amigos hundidos en la depresión, en el emprendedor cansado de luchar. Estamos seguros de que no nos abandona, sino que con ternura fortalece nuestra capacidad de amar y encontrar soluciones en la lógica del amor. Creer en el Resucitado es confiar en que nuestros esfuerzos para superar la pandemia y crear la condiciones para un mundo más humano y dichoso, no se perderán. Es esperar que las horas alegres y experiencias amargas, las huellas que hemos dejado en las personas y cosas, lo que hemos construido o hemos disfrutado generosamente, quedará transfigurado. Ya no conoceremos la amistad que termina, la fiesta que se acaba ni la despedida que entristece. Dios será todo en todos.

PUERTAS CERRADAS

“Estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio” (Jn. 20,19) Los discípulos se refugian en una casa. Están con las puertas cerradas, es una comunidad sin misión ni horizonte, encerrada en sí misma, sin capacidad de acogida. Nadie piensa en salir por los caminos a anunciar el reino de Dios y curar la vida. Con las puertas cerradas no es posible acercarse al sufrimiento de la gente.

Con miedo tampoco es posible amar el mundo como lo hacía Jesús, ni infundir aliento y esperanza. Jesús toma la iniciativa y rescata a sus seguidores. “Entra en la casa y se pone en medio de ellos”. La pequeña comunidad comienza a transformarse.

“Quédate en casa” es la nueva marca producida por la pandemia del Covid – 19. Es disciplina, obediencia ciudadana, pero también es el miedo que paraliza. La familia tiene la oportunidad de abrir sus puertas a la vida, pasar de la rutina a la creatividad, del hecho de hacer mi vida a la necesidad del otro para vivirla.

¿Cómo leer nuestra realidad, desde lo que nos dice Juan de los discípulos, con “las puertas cerradas? Las circunstancias son distintas, pero quien toma la iniciativa para el cambio es el mismo Jesús. Estamos reunidos en familia y está como un miembro más que nos alienta y da esperanza. “Quédate en casa” tiene un motivo más porque en familia hemos podido encontrar el amor inicial que la formó y que ha crecido y se ha multiplicado.

Con Jesús seremos capaces de superar los miedos del coronavirus, recuperaremos la alegría de nuestras plazas, aulas y mercados. Así como hicieron los apóstoles, abriremos nuestras puertas para acercarnos al que nos necesita.

En esta pandemia encontrémonos con el Resucitado para romper esquemas aburridos y abrir las puertas que hemos de manera egoísta. Reconstruyamos y fortalezcamos el amor de la familia.

El Rector Mayor de los Salesianos pregunta: ¿Volveremos al vértigo en el vivir o conseguiremos tener ritmos y espacios más humanos? ¿Querremos recuperar el tiempo perdido en el consumo y en el tener y en nuestras vacaciones o aprenderemos que se puede vivir felices con lo necesario y con más sobriedad? ¿Seguiremos desenfrenadamente en la carrera de contaminación en el mundo o daremos respiro al planeta como nos ha obligado a hacer el coronavirus?

Aprendamos algo de lo que estamos viviendo.

CAMINAR

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos.” (Luc. 24, 15) Dos discípulos de Jesús se van alejando de Jerusalén. Caminan tristes y desolados, en su corazón se ha apagado la esperanza. Continúan pensando en él, no lo pueden olvidar.

Mientras conversan y discuten de todo lo vivido, Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos, les parece ahora un caminante extraño. Jesús se une a su conversación. Los caminantes se sienten atraídos por las palabras de Jesús. No quieren dejarle marchar: *Quédate con nosotros* es el pedido de hombres y mujeres que miran su entorno sin ilusión y con proyectos rotos como espejo que se cae. En este tiempo marcado por los estragos del Covid-19 necesitamos a Jesús y sus palabras para despertar en nosotros la esperanza perdida. Ha llegado el momento de escucharle para que nos abra los ojos y entender lo que pasa.

Jesús nos pregunta como a los apóstoles ¿Qué conversación es la que tenéis sobre el coronavirus? Se nos abrirán los ojos cuando, guiados por su palabra, recuperemos la mirada de esperanza y las ganas de hacer un mundo mejor. Los cristianos hemos de recordar más a Jesús: citar sus palabras, comentar su estilo de vida, ahondar en su proyecto del Reino; entonces entenderemos lo que pasa y encontraremos razones para reconstruir lo perdido y empezar nuevas aventuras de la creatividad humana.

Es el momento de dar al evangelio la oportunidad para dar respuestas a los problemas, crisis, miedos y expectativas de la gente, su fuerza transformadora hará posible otros modelos de desarrollo no acumulativo y respetuoso de la naturaleza. Si Jesús desaparece de nuestro corazón, todo lo demás es inútil. No esperemos grandes prodigios. Si alguna vez, al escuchar el evangelio y recordar sus palabras, hemos sentido arder nuestro corazón, no olvidemos que camina junto a nosotros. Vivamos la alegría pascual para irradiarla y difundirla en la sociedad.

LA PUERTA

“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir y encontrará pastos”. (Jn. 10,7) El evangelio de Juan presenta a Jesús con imágenes originales y bellas que encierran un contenido profundo, es especial aquella que dice: Yo soy la puerta». Así es Jesús. Una puerta abierta. Quien le sigue, cruza un umbral que conduce a un mundo nuevo, una manera inédita de entender y vivir la vida.

Quien entra por Jesús, podrá salir y entrar, tiene libertad de movimiento pues ingresa en un espacio donde puede ser libre, pues sólo se deja guiar por su espíritu. La vida tiene muchas salidas. No todas llevan al éxito ni garantizan una vida plena. Quien, de alguna manera, entiende a Jesús y trata de seguirle, entra por la puerta acertada, se salvará.

Cristo es la puerta por la que hemos de entrar también hoy los cristianos si queremos reavivar nuestra identidad. En estos momentos de grave crisis global, no parece fácil encontrar líderes convincentes capaces de señalarnos caminos de salvación y contagiar esperanza.

Hemos construido una sociedad en la que los ciudadanos se sienten a la intemperie, sin razones convincentes para cambiar normas de conducta o ganas de soñar otros modelos que den sentido último a los sacrificios que hay que hacer. Es duro reconocer que el Covid-19 plantea solo medidas sanitarias.

Los cristianos tenemos algo que aportar, es la promesa de Jesús: Yo soy la puerta. Quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. Responder a su llamada, orientar la vida en la dirección que señala su mensaje, comprometerse en construir el reino de Dios, es lo que puede ayudarnos a conocer la verdadera vida, motivarnos y alimentar la sociedad solidaria que necesitamos y que ya está diseñada en su evangelio, Él es la puerta.

No es raro encontrarse con personas que valoran sinceramente la religión y están convencidas de que la fe en Dios no es una ilusión, pero su fe está blo-

quedada, no aciertan a comunicarse con Dios. Jesús facilita la situación: Yo soy la puerta. No requiere nada, solo entrar.

El Covid-19 no invita a volver a la fe del pasado sino a descubrirla nuevamente, más convincente y positiva, a comprender mejor las cosas y creer de una forma más inteligente y personal. Es necesario estar dispuestos a buscar la solución que sirva para todos que también es la solución para cada uno.

YO SOY

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.» (Jn. 14,6-7) Jesús habla de que aquella forma de vivir se acaba, todos quedan desconcertados y abatidos. ¿Qué va ser de ellos? Intuyen que ya no será lo mismo, pero les dice: No os turbéis. Creed en Dios. Creed también en mí. Han aprendido a vivir con confianza y esa fuerza está grabada en el corazón. Más tarde, en el curso de la conversación, les confiesa: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”. No lo han de olvidar nunca.

A tantos que han sido sacudidos por vivir sin rumbo, Jesús les dice “Yo soy el camino”. Así también expresa “Yo soy la verdad” y escandaliza a los oídos modernos porque no todo es razón económica, ni toda verdad producto de la ciencia. Del mismo modo, enuncia “Yo soy la vida”, no la que se vende como el bien estar y desarrollo, sino la de alguien vivo en el mismo fondo de nuestro ser.

Es momento de reafirmar nuestra fe de manera diferente: Que no tiemble vuestro corazón. Creed en Dios y también en mí. En adelante, la confianza en Dios no es resultado de milagros sino del descubrimiento de un nuevo horizonte. No todo es un bello sueño, Jesús no engaña a sus discípulos, no garantiza un camino sin problemas, sino uno que conduce al misterio de Dios.

Responde a unos discípulos que le escuchan sin entender. Tienen miedo, sus ilusiones y proyectos les son arrebatados de manera cruel. Esa misma situación la viven familias que, de la noche a la mañana, enfrentan otra realidad. ¿Cómo no van a tener miedo?, ¿en quién ponen la esperanza? Buscan en el mundo religioso el porqué del coronavirus; no encuentran el Dios de la vida, no saben cómo explicar a sus hijos qué hace Dios por ellos. Jesús sale al paso, no da respuestas ni explicaciones, dice YO SOY.

Los demás no son caminos, son evasiones que nos alejan de la verdad y la vida. Lo fundamental es seguir los pasos de Jesús hasta llegar al Padre. Hoy, muchos se han quedado sin caminos hacia Dios. Los noticieros indican los acontecimientos del día, hasta que un virus derrumbó sus esquemas.

En este clima, se entienden las palabras de Jesús para organizar la vida desde el amor, esa identidad del ser humano que no es producto social ni de laboratorio sino del misterio de la vida misma, que es DIOS.

HUÉRFANOS

“No os dejaré huérfanos, volveré.” (Jn, 14,18) Los cristianos que apenas recuerdan a Jesús de manera rutinaria, corren el riesgo de perderlo y quedarse huérfanos. Juan recrea en su evangelio la despedida de Jesús en la última cena. Intuyen que dentro de muy poco les será arrebatado. ¿Qué será de ellos sin Jesús? ¿A quién le seguirán? ¿Dónde alimentarán su esperanza? Tienen miedo de quedarse solos. Jesús les habla con ternura: No os dejaré huérfanos, volveré. No los olvidará. Vendrá y estará con ellos.

Hoy, tenemos el mismo sentimiento que los apóstoles porque se nos ha quitado nuestro modo de vida, nos sentimos huérfanos y ese miedo parece haber paralizado la ilusión y confianza en la capacidad de resiliencia, de la fuerza en las desgracias. Jesús no espera, actúa, sale al encuentro, dice: estoy con vosotros. El miedo va perdiendo terreno, la vida surge con nuevas esperanzas, el amor hace hijos no huérfanos. Las familias no se sienten solas, Jesús habla de una experiencia que envuelve porque está en lo más íntimo del hogar. “Sabréis que yo estoy con mi Padre y vosotros conmigo” dice.

Esta es la experiencia básica que hoy sostiene al creyente para trabajar por los que necesitan calor humano de hambre y corazón. Sentir a Jesús junto al problema es descubrir el camino de la solución. Hoy no es necesario hablar de Dios sino descubrirlo, encontrarlo como amigo en el fondo de cada uno. Dios no se oculta a quien lo busca, lo llama, lo interroga, lo desea. Más aún, está presente en esa búsqueda.

El evangelio de Juan nos recuerda que dentro de nosotros está el Espíritu de Verdad, el defensor que no conoce el mundo, pero si conocen y lo tienen a su lado tantos profesionales de la salud que asisten al enfermo no sólo con profesionalidad, sino con dedicación y cuidado. Reconocemos, valoramos y agradecemos ese trabajo honesto y sufrido de médicos, auxiliares, religiosas y personal sanitario que sabe acercarse al enfermo, al contagiado, con respeto, comprensión y paciencia ilimitada; aunque, muchas veces, no se sientan debi-

damente valorados, reconocidos o estimulados en su quehacer. Nunca hemos estado huérfanos. El Espíritu de Verdad llena nuestra vida, está en nosotros y nos enseña el arte de vivir en la verdad.

MARÍA AUXILIADORA

Los primeros cristianos la llamaron boeteia “la que trae el auxilio del cielo”. Es la defensora en los momentos difíciles. Para Don Bosco, María Auxiliadora es la que hace todo, la que cambia lo dañado en alegría, es madre y madre es auxilio. Todos tenemos una que nos da vida y nos educa.

El Oratorio no se entiende sin La Auxiliadora, no son huérfanos, no están en un orfanato, tienen una madre. Ella trae a Jesús a convivir con nosotros para que sea un oratoriano entre oratorianos. María Auxiliadora es la madre, lo demás (estudio, juego, trabajo o desarrollo) viene después. Es la que intercede por sus hijos cuando están en dificultades. Don Bosco experimenta su poderosa ayuda y nos educa para que acudamos a ella en cada necesidad y problema.

Hoy, 24 de mayo, volvemos los ojos a María Auxiliadora. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Nuestras plazas y calles se fueron llenando de un silencio y un vacío desolador que paraliza todo a su paso. Estamos asustados y perdidos. Nos dimos cuenta de que estamos en la misma barca, el mundo; todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, llamados a remar juntos, necesitados de reconfortarnos mutuamente. Los angustiados dicen, como los discípulos en el lago, “pereceremos”.

En estos momentos de turbulencia nos queda la madre, la Auxiliadora. Nos acogemos bajo su manto, “salud de su pueblo y estrella del mar tempestuoso”; le pedimos que nos enseñe a decir sí a cada día y a ser generosos. Ser santos en tiempos de cólera es lo que Don Bosco propuso a sus muchachos durante la peste de Turín, ser santos en tiempos de coronavirus es nuestro pedido a

María Auxiliadora para defender ideales, practicar la caridad, alegrar la vida y aprender de Jesús, que lleva la cruz y acompaña a los hombres y mujeres que sufren por la pandemia.

Desde casa vivamos el Sí como María. Como Familia Salesiana, contemplemos juntos el rostro de nuestra madre en su santuario y pidámosle que nos ayude a superar esta prueba. Como a Don Bosco, María Auxiliadora nos llama a ser humildes, fuertes y robustos en tiempos de pandemia. Es la madre que indica el camino para hacer un mundo con ciudadanos que trabajen por la dignidad de los más vulnerables. En este su día, renovemos nuestra confianza en la bondad y poder de María, nuestra Auxiliadora, ella nos conseguirá gracias extraordinarias. ¡Nos dará certezas en medio de un mar de incertidumbres!

PAZ A VOSOTROS

“Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn, 20,21) Jesús confía a los discípulos su misión. Quiere dejar claro que los envía con su paz. La tarea que deben cumplir es la misma que la suya: acercarse a los desvalidos, trabajar por humanizar la vida, sembrar gestos de liberación y perdón, curar heridas y llevar alegría.

Sin el espíritu de Jesús, los cristianos somos barro sin vida, una comunidad incapaz de transmitir esperanza, consuelo y vida en el mundo. Con el espíritu de Jesús pronunciamos palabras sublimes y comunicamos algo de Dios a los corazones. Como los apóstoles, hablamos con seguridad y firmeza para afianzar la fe.

¿De dónde vamos a sacar esperanza si no es del aliento de Jesús? ¿Cómo vamos a superar la muerte sin el espíritu del resucitado? Gritemos con fuerza ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Ven a tu Iglesia! ¡Ven a liberarnos del miedo, la mediocridad y la falta de fe en tu fuerza creadora! No hemos de mirar a otros para encontrarte, hemos de abrir nuestro propio corazón.

Es en el interior de cada creyente donde se produce el milagro. Allí, en el silencio del corazón se vive la fe. Rezamos oraciones que no necesitan pronunciarse, escuchamos a la vida sin necesidad de sonidos, no hay preguntas, el Espíritu enseña el camino; no hay agitación o tensión del qué hacer, es el reino de la paz de Jesús.

En este tiempo de iglesias cerradas, sin misas, sacramentos, prédicas o consejos, hemos aprendido a hablar con Dios y escucharlo en el silencio del corazón. Hemos vivido la comunión del Espíritu Santo desde dentro. Los llantos y dolores, que la pandemia y las ollas vacías han traído a nuestros barrios, encuentran la fuerza para afrontarlos en la experiencia real y concreta de la paz interior.

Invocamos a Dios desde el fondo de nuestro ser ¡Ven, Espíritu Santo!

- Enséñanos a llamar a Dios con el nombre entrañable de Padre.
- Haznos caminar en la verdad de Jesús.
- Concédenos acoger y comprender los problemas de los demás.
- Infúndenos la fuerza que alimenta la vida.
- Auméntanos la audacia y creación para llenarnos con la experiencia de Jesús.
- Conviértenos para ser capaces de escuchar tu voz en nuestro interior.

VIDA ETERNA

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna”. (Jn. 3,16) Adorar a Dios como Trinidad es confesar que Dios, en su intimidad más profunda, es solo amor, acogida y ternura. Esta es quizá la conversión que necesitamos: pasar de un Dios que ejerce poder a uno adorado gozosamente como amor y que quiere para todos LA VIDA ETERNA.

Solo cuando uno intuye desde la fe que Dios es solo amor y descubre fascinado que no puede ser otra cosa sino un amor presente y palpitante, comienza a crecer libremente en nuestro corazón la confianza en un Dios Trinidad, que no puede hacer otra cosa sino amarnos.

¿Qué podemos sentir, al escuchar que existe la “vida eterna”, si vivimos atraídos por el bienestar inmediato y tan escépticos ante promesas lejanas de ella? ¿Qué nos puede decir el amor de Dios en una sociedad llena de intereses, objetivos y luchas tan contrarias al amor?

Para saber algo de ese misterio que sostiene el mundo, el mejor camino es el mismo Jesús. Acercándonos al Hijo, podemos ver, palpar e intuir cómo es el Padre. Viéndolo actuar, podemos captar cómo es el Espíritu que anima a Dios. En estos tiempos de pandemia, el miedo y las necesidades nos han llevado a relacionarnos con Dios, a utilizar su omnipotencia para nuestro provecho. Cuando no hemos descubierto todavía que Dios es sólo amor, fácilmente nos relacionamos con Él desde el interés o el miedo amenazante. Una religión hecha de interés y miedos está más cerca de la magia que de la verdadera fe cristiana.

- El Dios Trinidad es un Padre bueno que nos quiere sin fin. Nada le importa más que nuestro bien. Podemos confiar sin miedos, celos, cálculos o estrategias.
- Es el Hijo que se llama Jesús, a quien conocemos, sintonizamos con Él y aprendemos a vivir siguiendo sus pasos. Mirar la vida como la miraba Él, tratar a las personas como Él las trataba, sembrando signos de bondad.
- Es el Espíritu Santo que está en nosotros y entre nosotros, alentando siempre nuestra vida, atrayéndonos siempre hacia el bien.

COMER - BEBER

“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en Él”. (Jn. 6,56). Estas palabras son parte de la memoria de una comunidad que las guarda en lo más profundo de su identidad. Esa comida es evocada a lo largo de los siglos sin dejar de narrar los hechos iniciales. Su celebración ha ido cambiando según la época. Teólogos y liturgistas han destacado algunos aspectos y descuidado otros.

Después de veinte siglos, recordamos los rasgos esenciales de la última cena del Señor, tal como era vivida por las primeras generaciones cristianas. Durante la misa, eucaristía o cena, hay algo que jamás será olvidado: los seguidores de Jesús no quedarán huérfanos. Su muerte no romperá la comunión con Él. Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos y a merced de los avatares de la historia. Es así que, en el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está Cristo vivo y operante, está el secreto de su fuerza.

Por distintas razones, hemos recibido una educación religiosa con una perspectiva negativa del cuerpo humano. La fiesta del “Corpus Christi” puede ser el momento adecuado para que, en cada comunidad parroquial, pastores y creyentes nos preguntemos qué estamos haciendo para que esta celebración sea centro y cumbre de toda la vida y dignidad humana. La corporalidad humana se abre a la espiritualidad, todas las realidades materiales son el lugar del misterio de Dios presente en nosotros como “carne y sangre”.

La solemnidad del cuerpo y la sangre de Cristo es la fiesta de Jesús-Pan-de-Vida. Nuestra celebración del Corpus Cristi trasciende la dimensión del acto religioso de la misa para compartir en el COMER Y BEBER la presencia real de Cristo que se mete en nuestras vidas y nos trae la salvación. Percibimos en nosotros al Jesús que se entregó como pan y vino a sus apóstoles, somos continuidad de su memoria que se narra de generación en generación.

Celebramos al Cristo que ofrece su cuerpo andando por los polvorientos caminos de Galilea y por las asfaltadas autopistas del siglo XXI. Nuestra comunidad

cristiana es la continuidad de aquel primer ofrecimiento de Jesús para que lo encuentren quienes lo buscan. Pablo, el apóstol de los gentiles, para confirmar que ese es el camino, dice: el pan es uno, nosotros somos muchos; comiendo, formamos un solo cuerpo.

Mi Cuerpo es Comida (Pedro Casaldáliga)

Mis manos, esas manos y tus manos
 hacemos este gesto, compartida
 la mesa y el destino, como hermanos.
 Las vidas en tu muerte y en tu vida.
 Unidos en el pan los muchos granos,
 iremos aprendiendo a ser la unida
 Ciudad de Dios, ciudad de los humanos.
 Comiéndote sabremos ser comida,
 El vino de sus venas nos provoca.
 El pan que ellos no tienen nos convoca
 a ser contigo el pan de cada día.
 Llamados por la luz de tu memoria,
 marchamos hacia el Reino haciendo historia,
 fraterna y subversiva Eucaristía.

MIEDO

“No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No, temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo”. (Mt. 10,28)
 Constatamos que crece entre nosotros el miedo, la sospecha, la inseguridad y la necesidad de defenderse y buscar cada uno su salida en la vida. La vida está cada vez más difícil o, al menos, así lo percibe mucha gente que se siente amenazada y no ve claro el futuro.

En nuestra sociedad hay miedo. Hay el convencimiento de que las instituciones sociales, políticas y económicas no son capaces de resolver los problemas actuales. El Covid-19 ha manifestado ese miedo y lo ha aumentado. El miedo busca en la religión la seguridad que no encuentran en otra parte, pero la superación del miedo no es cuestión de religión. Jesús dice: “no tengáis miedo”. El amor del Padre es la fuerza contra todo miedo, la confianza en el futuro del hombre. El hombre necesita descubrir una esperanza definitiva y una fuerza que dé sentido a su luchar diario, un principio perenne de nuevas posibilidades, una razón para vivir, una confianza para morir.

Cuando nuestro corazón no está habitado por un amor fuerte fácilmente queda a merced de nuestros miedos. A Jesús le apenaba ver a personas aterrorizadas por el poder de Roma, intimidadas por las amenazas de los maestros de la ley, distanciadas de Dios por el miedo a su ira y castigo, culpabilizadas por su poca fidelidad a la ley. De su corazón, lleno de Dios, sólo podía brotar un deseo: «No tengáis miedo». Son palabras de Jesús que se repiten una y otra vez en los evangelios, las que más se deberían repetir en su Iglesia.

Es cierto que la vida está llena de experiencias negativas y la fe no ofrece recetas mágicas para resolver los problemas. Pero la existencia del ser humano está en manos de Dios. Sólo en Él está nuestra salvación de la muerte y del fracaso final. Así lo veía Jesús, por eso, se dedicó, antes que nada, a despertar la confianza en el corazón de las personas. Si Dios cuida con tanta ternura a los gorriones del campo, ¿cómo no os va a cuidar a vosotros?

La fe no conduce al creyente a eludir su propia responsabilidad ante los problemas, por el contrario, llena su corazón de fuerza para vivir con más generosidad y de manera más arriesgada. La confianza viva en el Padre le ayuda a superar cobardías y miedos para defender con más audacia y libertad el reino de Dios y su justicia.

SUFRIMIENTO

“El que no coge su cruz y me sigue no es digno de mí”. (Mt. 10,38) Jesús no quería ver sufrir a nadie. Los evangelios lo presentan combatiendo el sufrimiento que se esconde en la enfermedad, injusticia, soledad, desesperanza o culpabilidad. Así fue Jesús, un hombre dedicado contagiarnos de la fuerza necesaria para vivir.

Pero buscar el bien y la felicidad para todos trae muchos problemas. Jesús lo sabía por experiencia. No se puede estar con los que sufren sin sufrir. Es imposible estar con los crucificados y no verse un día crucificado.

Uno de los mayores riesgos del cristianismo actual es ir pasando poco a poco de la religión de la cruz a una del bienestar. Ser cristiano no es buscar el Dios que me conviene y me dice sí a todo, sino el que, precisamente por ser amigo, despierta mi responsabilidad por la que sufro, grito y callo. En la fe como en el amor todo suele andar muy mezclado: felicidad y sufrimiento. Por eso, no hemos de borrar del evangelio esas palabras de Jesús que, por duras que parezcan, nos ponen ante la verdad de nuestra fe: “El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí”.

La responsabilidad cristiana nos pone siempre mirando al que sufre. El evangelio no mira el sufrimiento propio sino el de los otros. Sólo así se vive la fe como experiencia de salvación. No debe sorprendernos que Mateo nos diga con dureza las exigencias del seguimiento de Jesús. Amar a Jesús es amar a las personas que Él amó: pobres, marginados, excluidos, enfermos, abatidos, endemoniados, extranjeros.

El amor de Jesús era tan grande que llegó a amar incluso a aquellos que se declararon sus enemigos. Un amor que hoy nos puede parecer desorbitado, desnaturalizado, extremo, pero que para nuestra dicha y quebranto es el amor con el que Dios nos ama. Un amor sin el cual no podemos llamarnos discípulos de Jesús.

A veces, no es fácil responder a la invitación de dar, privarse o renunciar a algo, sacrificarse y desprenderse. Estamos tan condicionados por nuestra sociedad e inclinados a poseer, acumular y ganar, que dar nos parece algo improductivo, un empobrecimiento doloroso que no estamos dispuestos a hacer. Hoy parece que este es el signo cristiano de “compartir sufrimiento” de “tomar la cruz de las necesidades por falta de trabajo, de medios económicos, de servicios sociales”.

Uno de los hechos más positivos y esperanzadores en nuestros días de pandemia es el crecimiento del voluntariado social, personas que dedican su tiempo libre a ayudar a las familias que tienen enfermos. En su corazón se despierta el deseo de hacer algo por aliviar su sufrimiento. Sufrir, al estilo de Jesús, es tomar la cruz del otro como propia.

VENID

“Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.” (Mat. 11,28). Hoy el evangelio de Mateo suena como hace dos mil años. Nuestro clima social está marcado por el desaliento y cansancio. Jesús llama, libera de miedos y presiones; despierta en nosotros la confianza, nunca la tristeza; nos atrae hacia el amor, no hacia las leyes y preceptos.

Hemos de aprender de Jesús, a vivir como Él. Jesús no complica nuestra vida. La hace más clara y más sencilla, más humilde y más sana. Ofrece descanso. Nos invita a seguirlo por el mismo camino que ha recorrido. Por eso puede entender nuestras dificultades y nuestros esfuerzos, perdonar nuestras torpezas y errores, animándonos a levantarnos.

Los ideales de Jesús estaban cerca de las aspiraciones del pueblo para organizarse como modelo alternativo de sociedad. Por esta razón, valores como la convivencia pacífica y la humildad son urgentes y necesarios. Una ciudadanía pacífica obliga a asumir actitudes dinámicas de transformación social, pero, al

mismo tiempo, no se rinde a la imparable lógica de la violencia y la corrupción. La humildad exige reconocer los propios límites y las carencias de la colectividad. Jesús puso el Reino de Dios al alcance de los ciudadanos como comunidad de hermanos y hermanas.

Por esto, Jesús insiste en la necesidad de asumir el ‘suave yugo’ de la vida comunitaria y la ‘ligera carga’ de las opciones evangélicas. Nuestros cansancios y dolores necesitan la paz del corazón y la tranquilidad de espíritu para apostar por la propuesta de Jesús; nuestra vida acelerada, saturada de actividades, relaciones y conectada al celular, está saturada y cansada; Jesús nos dice: Venid.

¿Cómo nos van a curar unas vacaciones? ¿Es suficiente recuperar nuestras fuerzas físicas? ¿Basta con olvidar nuestros problemas y conflictos sumergiéndonos en el ruido de las fiestas?

Necesitamos, antes que nada, encontramos con nosotros mismos y buscar el silencio, la calma y serenidad, que tantas veces nos faltan durante el año, para escuchar lo mejor que hay a nuestro alrededor.

Necesitamos recordar que la vida brota cerca de nosotros, en las cosas de todos los días y en las gentes sencillas y buenas. Necesitamos experimentar que la felicidad tiene poco que ver con la riqueza, los éxitos y lo placentero. Necesitamos escuchar a Jesús: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os haré descansar”.

Descansar es reconciliarse con la vida. Disfrutar de manera sencilla, cordial y entrañable el regalo de la existencia. Hacer la paz en nuestro corazón. Limpiar nuestra alma.

TERRENO

“El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. El que tenga oídos que oiga.» (Mat. 13,8-9). Al terminar el relato de la parábola del sembrador, Jesús hace esta llamada.

El Papa Francisco dice que cuando un cristiano no vive una adhesión fuerte a Jesús pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie. ¿Cómo se siembra el evangelio en nuestras comunidades cristianas? ¿Cómo despertamos entre nosotros la acogida al Sembrador?

La parábola es una invitación a pasar de un mundo viejo, convencional y poco humano a uno nuevo, lleno de vida, tal como lo quiere Dios para sus hijos e hijas. Jesús lo llamaba Reino de Dios. Siguiendo a Jesús seremos tierra buena para un mundo más humano.

El evangelio tiene fuerza para engendrar en cada época la fe en Cristo. También en nuestros días hemos de aprender a sembrar con fe, realismo y verdad; escuchando preguntas, sufrimientos, gozos y esperanzas. Las energías espirituales que hay en nuestras comunidades necesitan salir al vivir diario para desterrar el desaliento y desencanto de la crisis que vivimos.

Lo que nos hace falta son sembradores: seguidores y seguidoras de Jesús que siembren por donde pasan palabras de esperanza y gestos de compasión. Es así que la sed de justicia y amor seguirá creciendo y la siembra de Jesús no terminará en fracaso. Se nos pide acoger la semilla, dar la vuelta a nuestra vida como una dura y difícil tierra que es preciso remover para que reciba y haga fructificar la que viene de Dios. Nuestra comunidad está formada por personas con diferentes actitudes y proyectos. Nuestra respuesta a la semilla es diversa, pero en esa diversidad aparecen los valores de la vida y la respuesta positiva para construir el Reino de Dios entre nosotros, como una experiencia humana donde es posible el amor solidario, la libertad para hacer el bien y la justicia responsable.

Dios actúa en la historia, en las personas que cultivan el terreno sorprendente del amor solidario, en la escucha atenta del hermano y el servicio generoso y desinteresado a los excluidos. La palabra de Dios se hace fecunda en las comunidades que asumen una actitud responsable y no se dejan llevar por consignas baratas ni propagandas alienadoras y superfluas.

CIZAÑA

“El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, su enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó”. (Mat. 13,24). Como en los tiempos de Jesús, solemos dividir a la gente en buenos y malos. Jesús habla de la semilla buena y de la cizaña; mas el campo es uno, allí donde se siembra, el corazón.

La parábola de la cizaña reconoce la presencia del mal en la historia, pero no divide en dos a la humanidad. Jesús llama la atención sobre la semilla: es buena o es cizaña. Muchas veces creemos que son las personas la causa del mal, atribuyéndoles identidades que dividen y enfrentan.

¿Qué decir? Es necesario hacer una relectura de la vida social que lleva a identificar la semilla y la cizaña. Pasemos de la inactividad que constata a la confianza constructiva en la capacidad de cada cristiano. Pasemos de clasificar a las personas en buenas o malas, de izquierda o derecha, de socialistas o liberales, a una búsqueda conjunta de lo que consideramos una sociedad mejor. De esta manera, enriqueceremos nuestra capacidad de diálogo y colaboración por la causa del reino, como dice Jesús. Las diferentes profesiones deben recuperar su buen nombre y ser atractivas como proyecto personal.

No se trata de acallar nuestra conciencia crítica, sino de asumir nuestra propia responsabilidad con lucidez, sin ver siempre en los demás cizaña que hay que arrancar y en nosotros el trigo limpio que hay que respetar. No es suficiente

lamentarse de las estructuras existentes considerando siempre las injusticias de los demás, en cada uno de nosotros también hay cizaña que debe desaparecer,

Tomemos conciencia de la urgencia de una revisión a fondo de la posición del cristiano respecto a la siembra de la cizaña a través de las redes sociales. Recuperar el buen nombre de cada ciudadano y visualizar la dignidad de una determinada profesión es una tarea pendiente para la comunidad cristiana. El mal existe en la vida de las personas, pero esto no da derecho a destrozarla para pretender eliminar el mal que hay en ella.

TESORO ESCONDIDO

“El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido” (Mt. 13,44) Lindas parábolas, sus oyentes las entienden sin necesidad de más explicación. Está claro que en la vida deben jugarse por algo que merezca la pena. El maestro de Nazaret les dice que el Reino de los Cielos es por lo único que merece jugarse entero. Logra inquietar a sus oyentes ¿No habrá algún secreto que no hayamos descubierto?

En algún momento de nuestra vida hemos tenido la alegría de haber encontrado un bien ante el cual todo lo demás pierde categoría y valor; esfuerzos y renuncias no nos parecen excesivos, el motivo de nuestro regocijo lo merece, nos hace sentir mejores y felices. Pero, cuando lo perdemos, por estar distraídos u ocupados, volvemos a la mediocridad de la vida y ya no vibramos con nada.

En las cosas bellas de la vida encontramos el tesoro del que habla Jesús. La satisfacción y felicidad por darnos en totalidad por lo encontrado (la persona que amas, una vida solidaria, la familia, saberte honrado y digno, la vocación de tu vida...) nos lleva inesperada y sorprendentemente a sentir que construimos el reino al saber por qué vivir y para qué. El reino de Dios que construimos cambia nuestra forma de ver las cosas. Jesús nos dice lo mismo que a los campesinos de Judea: sólo desde la alegría de jugarse por el tesoro encontrado se puede tomar

la decisión de vivir sus exigencias con sinceridad. Sólo el que lo encuentra es capaz de venderlo todo por mantenerlo. En su búsqueda, lo primero que hacemos es sincerarnos con nosotros mismos y descender hasta el corazón, ese lugar simbólico y secreto donde se toman las decisiones fundamentales. Lo determinante es encontrar el tesoro escondido, ese que llevamos dentro.

Las palabras de Jesús son seductoras, nos ayudan a descubrir el reino en nuestro quehacer diario y al descubrirlo la vida ya no es la misma, la alegría que la inunda es inconfundible. Buscar a Dios no produce tristeza ni amargura, sino que genera alegría y paz, porque comenzamos a descubrir dónde está la verdadera felicidad.

COMER

“Jesús les replicó: No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer”. (Mt. 14,16). La reacción de Jesús es sorprendente; de hecho, no se dedica a predicarles, está pendiente de sus necesidades, lo único que hace en aquel lugar es curar a los enfermos y dar de comer a la gente.

Como los apóstoles, constatamos que el hambre crece en nuestro entorno. No es fácil entender desde nuestras necesidades a hombres y mujeres que no tienen un horario fijo de comidas, sino que viven buscando algo para alimentar su organismo a la hora que sea. Lo que sí constatamos es que hoy son más que ayer y que algunos pueden ser nuestros vecinos y hasta familiares.

La crisis económica pospandemia genera sus propios pobres, no sólo los de siempre. Entre nosotros surgen nuevas formas de pobreza y marginación que tienen su raíz en este paro de larga duración. Familias enteras se han visto condenadas a sobrevivir sin poder desarrollar sus actividades anteriores.

El hambre en nuestros barrios es un problema grave para desentendernos unos de otros y dejar que cada cual resuelva en su propia casa como pueda. No es el momento de separarse, sino de unirse para compartir lo que haya, sin excluir a nadie. Hay algo que no hemos de olvidar: “Me podría haber tocado a mí”. Esto no es cuestión de planificación social, Jesús pide que le traigan lo poco que tienen.

En nuestras comunidades cristianas se escucha hoy el grito de Jesús: “Dadles de comer”. Constatamos la respuesta de parroquias que distribuyen raciones semanales de alimentos, vecinos que comparten su plato de arroz, universitarios que contribuyen para alimentar a compañeros sin capacidad para pagar la comida diaria, programas que invitan a ser parte de la solución.

Nuestras misas dominicales no son eucaristías sacramentales sino mesas contra el hambre. El mandato de este domingo nos dice que lo poco basta cuando se comparte con generosidad. En nuestros barrios y calles descubrimos gestos cristianos de gran eficacia pues, además de dar de comer, lo hacen con amor y respeto que irradian dignidad al necesitado. No es cuestión financiera sino de acogida. Jesús no busca benefactores que den de comer, sino discípulos.

Él pide a sus seguidores que sean ellos mismos quienes se ofrezcan a ser agentes de la solidaridad, ofreciendo lo que son y todo (lo poco) que tienen. Jesús demuestra de este modo que el problema no es la carencia de recursos sino la falta de solidaridad. “Cuando el pobre crea en el pobre podremos cantar ¡Libertad!” dice la misa salvadoreña.

ÁNIMO

«¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!». (Mt. 14,27). No es difícil vernos en la barca de los discípulos de Jesús, amenazada por toda clase de fuerzas y tentada por el miedo. ¿Cómo leer este relato evangélico desde la crisis que padecemos? Jesús dice tres cosas: “Ánimo. Soy yo. No temáis”. Solo Jesús puede hablar así.

Nosotros, como los apóstoles, confundimos su presencia al lado de nuestra barca, no escuchamos su invitación de poner en Él nuestra confianza.

Vivimos la crisis contagiándonos unos a otros de desaliento, miedo y falta de fe. No somos capaces de ver que sus consecuencias son, como tantas otras veces en la historia humana, oportunidades de crecimiento no sin muerte y dolor. Nos cuesta encontrar a Jesús a nuestro lado cuando los momentos son como el presente, es más no entendemos cómo actúa el amor de Jesús cuando las cosas van en dirección contraria a lo que queremos.

Pedro siente un impulso interior y sostenido por la llamada de Jesús, salta de la barca y “se dirige hacia Jesús andando sobre las aguas”. Así hemos de aprender hoy a caminar hacia Jesús en medio de la crisis. No es fácil. También podemos vacilar y hundirnos como Pedro. Pero, al igual que él, podemos experimentar que Jesús extiende su mano y nos salva mientras nos dice: “Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis?”.

Esta crisis es dolorosa pero también purificadora, nos está enseñando qué es lo más importante en los proyectos de vida, en las aspiraciones profesionales o en la economía familiar y pública. En esta crisis nuestra vida religiosa exige dar respuestas de fe sin necesidad del rito, a vivir la comunidad cristiana con iglesias cerradas, a descubrir la alegría creadora en situaciones de fracaso, a volver a comenzar con destrucción y desempleo.

Jesús está actuando en esta crisis como en la tormenta del lago de Galilea, reaviva nuestra confianza en lo que somos capaces de hacer, nos acerca a hombres y mujeres que agradecen nuestra ayuda, caminar con fe renovada en los valores familiares y ciudadanos. Conociendo a Jesús, como Pedro, desaparecen las dudas para caminar, aunque fallemos y necesitemos su mano. Si sabemos gritar como Pedro: «Señor, sálvame», podremos vivir una experiencia difícil de explicar porque percibiremos a Jesús como una mano tendida que sostiene nuestra fe. Donde está la confianza en Jesús termina el miedo a la muerte.

TEN COMPASIÓN

“Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: «Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.»” (Mat 15,21-22) Ante el dolor ¿qué han de hacer los seguidores de Jesús? Los discípulos recuerdan la compasión de Jesús por todos, seguidores y no seguidores.

La escena es conmovedora. Una mujer sale al encuentro de Jesús. No pertenece al pueblo elegido. Es pagana. Es una mujer sola y sin nombre. Tal vez, es madre soltera, viuda, o ha sido abandonada por los suyos. Toda su vida se resume en un grito que expresa lo profundo de su desgracia. Viene detrás de los discípulos «gritando». La desgracia de su hija, poseída por «un demonio muy malo», se ha convertido en su propio dolor: «Señor ten compasión de mí».

Jesús vivía muy atento a la vida. Abría su corazón al sufrimiento de la gente y escuchaba el grito del que sufre, no importa su condición religiosa, étnica ni social. Para él lo primero es aliviar el sufrimiento, de nada sirven otras explicaciones. Hoy como ayer mujeres y hombres desesperados solo hacen una cosa: gritar y pedir compasión. Los cristianos de hoy cuando nos encontramos con una persona que sufre descubrimos la voluntad de Dios con toda claridad para aliviar su sufrimiento. Es lo primero. Todo lo demás viene después, ese fue el camino que siguió Jesús.

Ante el dolor nos resulta duro aceptar que el amor de Jesús al hombre no se expresa como nosotros queremos. Los acontecimientos del mundo y nuestra propia vida responden a las leyes del mundo creado tal como es, pero no son algo cerrado, ahí está la libertad humana que hace de la imperfección del mundo una frontera abierta a la súplica y el grito de dolor que se transforman en oración de petición por la salvación definitiva; descubrimos la vida desde el horizonte de Dios y nos abrimos a su voluntad salvadora.

Nos hemos acostumbrado a dirigir nuestras peticiones a Dios de manera interesada. Suplicar es invocar a Dios como gracia, liberación, alegría de vivir. La humilde mujer cananea, arrodillada con fe a los pies de Jesús, puede ser una llamada y una invitación a recuperar el sentido de la súplica confiada al Señor.

No es éste el tiempo del cumplimiento definitivo. El dolor, hoy llamado Covid-19 es expresión de un mundo limitado donde el mal no está vencido de manera total. El orante experimenta la contradicción entre la desgracia que padece y la salvación definitiva prometida por Dios. Por eso, toda súplica y petición concreta a Dios queda siempre envuelta en esa gran súplica que nos enseñó el mismo Jesús: «Venga a nosotros tu Reino», el Reino de la salvación y de la vida definitiva.

QUIÉN SOY

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mat 16,15) Jesús nos hace la misma pregunta que hizo un día a sus discípulos: No nos pregunta solo para que nos pronunciemos sobre su identidad misteriosa aprendida en la catequesis sino para que revisemos qué significa en nuestra vida. ¿Conocemos cada vez mejor a Jesús, o lo tenemos “encerrado en nuestros viejos esquemas aburridos” de siempre? ¿Somos cristianos que ponemos a Jesús en el centro de nuestras actividades? Quienes se acercan a nosotros ¿sienten la fuerza y la pasión que Jesús despierta en nuestro corazón? Cada uno ha de responder. No basta seguir repitiendo fórmulas sobre Jesús. Es necesario un esfuerzo por intuir cada vez mejor cómo cambia la vida a su lado.

El estilo de vida de la sociedad actual arrastra a concentrarnos en los intereses del momento, en las dificultades, en llegar a final del mes con lo que tenemos. ¿Hemos aprendido a encontrar a Jesús en el silencio del corazón, en el complicado torbellino de cada día? Lo verdaderamente decisivo es encontrarse con la persona de Jesucristo y descubrir, por experiencia personal, que es el úni-

co que puede responder de manera plena a nuestras preguntas más decisivas, nuestros anhelos más profundos y nuestras necesidades más últimas.

“¿Quién decís que soy yo?”. La pregunta marca el camino de una renovación radical, necesitamos vivir con pasión, hay más motivos que la economía, responder para afirmar con fuerza de quién nos estamos fiando, a quién seguimos, qué esperamos. Confesamos a Jesús, pero su originalidad va más allá de nuestras prácticas religiosas. Él contagia nuestras ansias de libertad, atrae en la espiral del amor, hace nueva la vida.

No nos hemos de engañar. Cada uno hemos de ponernos ante Jesús, dejarnos mirar directamente por Él y escuchar sus palabras: ¿quién soy yo realmente para vosotros? A esta pregunta se responde con la vida más que con palabras. Jesús trabajó para implantar en el mundo lo que llamaba el reino de Dios. Fue su gran sueño. La pasión que alentó su vida entera. Quería ver realizado entre los hombres el proyecto de Dios: una vida más digna y dichosa para todos, ahora y para siempre. Jesús no se dedicó a organizar una religión, lo que verdaderamente le preocupó fue la felicidad de la gente. Por eso se entregó a eliminar el sufrimiento y a luchar contra todo lo que hace daño o permite la humillación de las personas. ¿Es este nuestro Jesús? Para responderle, nada mejor que seguir sus pasos.

REUNIDOS

“Os aseguro que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.” (Mat. 18, 19-20) Para Jesús, lo primero es la vida y cuando dos personas se ponen de acuerdo para convivir, allí está Él en medio. Su actuación y su mensaje no dejan lugar a dudas. ¿Nos reunimos hoy en el nombre de Jesús para resolver los problemas de la vida?

Son muchos los factores que deterioran nuestras relaciones personales dentro de la familia, entre vecinos y compañeros de trabajo o en la convivencia diaria. La comunicación queda fácilmente bloqueada cuando consideramos que el otro ha actuado de manera injusta o desleal; lo excluimos de nuestra relación amistosa y lo juzgamos negativamente. Así, sin apenas darnos cuenta, los vínculos se empobrecen ahogados por la decepción. Las acusaciones mutuas y condenas ocupan el puesto de Jesús.

Jesús nos anima a adoptar una actitud positiva, orientada a salvar la relación con el hermano sin buscar su desprestigio o su condena, únicamente buscar el bien. Esta postura exige un corazón sencillo y grande pues se trata de acercarnos al que ha actuado mal, sin juicios humillantes ni condenas definitivas, sino movidos por un deseo interior de paz y reconciliación sincera.

Todos cometemos fallos y equivocaciones, tenemos momentos malos y necesitamos poder empezar de nuevo. Hay que seguir creyendo en el amigo, en la esposa, en el compañero, aunque hayamos de ser críticos para ayudarlo a salir de su error. Si hay pecado cuando estamos divididos también hay perdón cuando estamos reunidos en su nombre. La presencia viva y real de Jesús es la que ha de animarnos, guiarnos y sostenernos para hacer un mundo centrado en la vida y en la convivencia.

Los creyentes debemos escuchar hoy más que nunca la llamada de Jesús a corregimos y ayudamos mutuamente a ser mejores. Jesús nos invita a actuar con paciencia y sin precipitación, acercándonos de manera personal y amistosa a quien está procediendo de manera equivocada. Si tu hermano peca, repréndelo a solas, entre los dos. Si te hace caso, habrás salvado a tu hermano.

Cuánto bien hace la crítica amistosa y leal, la observación oportuna, el apoyo sincero en el momento de alguna desorientación. Toda persona es capaz de salir de su pecado y volver a la razón y bondad. Pero, necesita encontrarse con alguien que lo ame de verdad, que le invite a interrogarse y le contagie un deseo nuevo de verdad y generosidad. Lo que más cambia a las personas no son las grandes ideas o los pensamientos hermosos, sino el haberse encontrado con alguien que ha sabido acercarse amistosamente.

PERDÓN

“Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?” (Mat. 18, 21) Los discípulos han oído a Jesús decir cosas increíbles, les parece un mensaje extraordinario, pero poco realista y muy problemático. Pedro se le acerca con un planteamiento más práctico ¿Cuántas veces tengo que perdonar?

La respuesta de Jesús exige ponerse en otro registro. En el perdón no hay límites: “No te digo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete”. No tiene sentido llevar cuentas. El que se pone a contar cuántas veces perdona al hermano se adentra en un camino absurdo que arruina el espíritu que ha de reinar entre los seguidores de Jesús.

No es fácil hablar de perdón en medio de una sociedad movida por intereses que ignoran los derechos de otros. En muy pocos años han crecido conflictos y enfrentamientos que van desde lo político al engaño comercial pasando por la mentira familiar. La falta de respeto mutuo, insultos y calumnias son frecuentes. Las redes sociales siembran agresividad y odio, destruyen el buen nombre de personas e instituciones. El mundo ignora la llamada del evangelio.

Sin embargo, es urgente anunciar el mensaje del perdón para caminar hacia la sociedad de la convivencia. Necesitamos hombres y mujeres que contagien una forma de vivir en la paz fruto del perdón. El derecho de unos y deberes de otros necesitan gestionarse desde una justicia que busca acuerdos y considera el perdón como modo de arreglar conflictos. La obcecación enfermiza del derecho litigante “para ganar” crea nuevas formas de odio y revancha, no reduce los enfrentamientos y aumenta las venganzas.

El perdón es preciso para una convivencia sana. La familia necesita vivir del perdón para convertir en amor los roces de la vida diaria. La amistad crece con el perdón que sabe arreglar situaciones sin crear humillaciones. Quien no sabe perdonar pierde amigos y queda solo e interiormente herido.

El perdón tiene un efecto saludable en la sociedad. Nos humaniza. Favorece el clima y las actitudes que nos llevan a una convivencia más fraterna. Sólo quienes saben perdonar detienen esa espiral de la violencia de la que habla Helder Cámara y curan a la sociedad de la fuerza destructora que se encierra en el rencor, el odio o la venganza. Es además un gesto de lucidez y grandeza. El que perdona va a lo esencial, confía de nuevo en el ser humano, prepara un futuro en armonía, participa en la creación de una convivencia más humana. Si quieres ser feliz, perdona.

COMPRENDER

“Entonces les abrió la inteligencia para que comprendieran la Escritura”. (Lc. 24,45). Jesús no es reconocido fácilmente por los discípulos que no comprendían lo que estaba sucediendo. Al ver a Jesús, no logran confesar que Jesús es el Señor. “Soy yo mismo”, dice y les muestra las señales de sus manos y pies taladrados por los clavos de la crucifixión. Palpan la carne de un ser real, no es un fantasma, es una realidad física pero no comprenden qué pasa.

El deseo de Jesús es claro, poner en marcha un movimiento de testigos capaces de contagiar a todos los pueblos su Buena Noticia. “Ustedes son mis testigos”, anuncia. Los discípulos no lo entienden así, se contentan con ser observadores, ven desconcertados a Jesús y permanecen callados. A pesar de sus miedos y dudas, confía en sus discípulos, abre su inteligencia para que comprendan las Escrituras y logren establecer la relación entre el Jesús con quien ellos convivieron y el Jesús glorioso que tienen ante ellos.

Comprender las Escrituras es interiorizar el proyecto de dios, es aceptar y anunciar a un Mesías crucificado. Para Lucas ahí está la buena nueva. Entienden que no han de enseñar doctrinas sublimes, sino contagiar su experiencia. No han de predicar grandes teorías sobre Cristo sino irradiar su Espíritu y hacerlo creíble con la vida, no solo con palabras. Este es siempre el verdadero

problema, hacer creíble la vida. Los eventos del secuestro y muerte de los hermanos periodistas ¿han sido asimilados suficientemente por los seguidores de Jesús? ¿Hemos comprendido que la vida requiere hombres y mujeres testigos de esperanza y actores de buenas noticias? Dan miedo los hechos.

Hoy, en este momento histórico, Jesús dice “Soy yo mismo”. En el contexto actual hay tantas y tan diversas imágenes de Jesús que no deja de estar latente el riesgo de confundirlo con un fantasma. Los hechos llevan a Jesús, el Señor, y a la comprensión de la Buena Noticia. Los apóstoles cambian el miedo por la acción. ¿Qué estamos dispuestos a hacer para evitar tanta violencia?

El Papa Francisco habla de santos y santas, ciudadanos de una sociedad que protege la vida. En su exhortación apostólica gaudete et exultate lo explica claramente: “El Señor lo pide todo y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada”

OTRO ESTILO

“¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?” (Mt. 20,15) La bondad propone un estilo de vida que revoluciona la sociedad. Los cristianos de hoy no nos atrevemos a tomarlo en serio.

Jesús habla de un dueño de viña al que parece no preocuparle mucho el rendimiento en el trabajo. Lo que quiere es que ningún jornalero se quede un día más sin sustento, aunque haya sido desigual, paga lo mismo a todos, no mira su interés sino la necesidad de cada familia para vivir. Cuando alguien protesta porque lo considera injusto, le indica que le ha retribuido lo acordado y que si él quiere ser bueno con quienes necesitan comer no debe protestar. “¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?”.

¿Qué sugiere Jesús? ¿Es que Dios no actúa con los criterios de justicia e igualdad que nosotros manejamos? ¿Es que se puede trabajar por una sociedad más humana sin bondad? Esta no parece ser una parábola para una sociedad de resultados y productividad.

A Jesús le preocupa la mirada enferma y dañina que nos impide captar la bondad, la de Dios y la que hay en las personas, la que está por encima de nuestros cálculos interesados. No es fácil creer en la bondad insondable de la que habla Jesús. Dios es bueno con todas sus criaturas, lo merezcan o no. Lo mejor es dejar que Jesús nos lo explique.

Nuestra sociedad necesita descubrir la bondad para encontrar el camino hacia un mundo diferente. ¿Pero, cómo puede hoy un hombre honesto que busca la verdad encontrarse ella? Aunque nos sorprenda, Dios no mira nuestros méritos sino nuestras necesidades. Por eso es increíblemente bueno, nos regala incluso lo que no nos merecemos.

Al ciudadano actual se le hace cada día más difícil encontrarse con la bondad para descubrir cómo ser bueno. Son muchos y complejos los factores sociológicos y culturales que explican tal dificultad pues nuestros valores no se construyen con el comportamiento del dueño de la viña. Sin embargo, el coronavirus ha sido capaz de encontrar generosidad en quienes antes no pasaban de ser cumplidores de normas. Hemos buscado a Dios como auxilio y lo hemos encontrado en hombres y mujeres que se arriesgan a contagiarse por ayudar al infectado.

SI, PERO NO

«¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo, ve hoy a trabajar en la viña” Él le contestó: “No quiero.” Pero después recapacitó y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: “Voy, señor” Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?» (Mat. 21,29-30).

Jesús denuncia la falsa conciencia de una sociedad religiosa dividida entre justos y pecadores. La lección es clara: lo decisivo no son las palabras sino los hechos, sólo quien realiza plenamente el deseo del Padre cumple su voluntad. No es difícil entender lo que se debe hacer, no es cuestión de prometer que sí se hará cuando la realidad es otra. La promesa de amor se evidencia con acciones de amor ¿Hemos reducido nuestra fe a palabras, ritos o sentimientos?

Hay un modo de entender lo religioso que no contribuye a una vida más plena y digna. En esa forma todo parece estar en orden, es perfecto, se ajusta a la ley; pero al mismo tiempo, es frío y rígido, nada invita a la vida.

Esta parábola pone al descubierto la práctica religiosa de muchas personas que se consideran buenas porque hacen ejercicios piadosos y llenan con mensajes piadosos de WhatsApp a sus conocidos. ¿Es esta la Iglesia que Jesús quiere? La parábola alaba los hechos, no los sentimientos religiosos.

¿Cuántas veces nos portamos como uno de estos dos hijos! ¿Cuál de ellos? ¿Decimos no y hacemos sí, o al revés? Nos podemos sentir seguros en la religión, pero lejos de hacer lo que los demás esperan de nosotros; creemos hacer lo que quiere Dios, no le preguntamos, pero estamos seguros de no hacer lo que debemos.

El mensaje de la parábola es claro, para cumplir la voluntad del Padre lo importante no es hacer promesas sino actuar. La tradición judía dice lo mismo que la parábola: «Los justos dicen poco y hacen mucho. Los impíos dicen mucho y no hacen nada».

¿Qué importan las peticiones que dirigimos a Dios para que traiga al mundo paz y justicia si luego no hacemos nada por construir una vida más digna como Él quiere para todos?

La parábola, dirigida por Jesús a los sacerdotes y dirigentes religiosos de Israel, es una fuerte crítica a los profesionales de la religión que tienen continuamente en sus labios el nombre de Dios, pero, acostumbrados a la religión, terminan por olvidar o ser insensibles a la verdadera voluntad del Padre del cielo. Si al-

guien ayuda a las personas a vivir, si trata a todos con respeto y comprensión, si contagia confianza y contribuye con sus acciones a una vida más humana, está haciendo lo que desea el Padre, aunque haya dicho que no.

TRISTE HISTORIA

“Envió de nuevo a otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, mandó a su hijo, diciéndoles: Tendrán respeto a mi hijo. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: “Éste es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. (Mat. 21, 36-39).

Es una historia triste. Dios lo había cuidado desde el comienzo con todo cariño. Era su “viña preferida”. Esperaba hacer un pueblo ejemplar por su justicia y su fidelidad. Serían una gran luz para todos los pueblos. Jesús termina diciendo: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular (Mat.21,42)”. La parábola habla también de nosotros.

Una lectura honesta del texto nos obliga a hacernos delicadas preguntas ¿Estamos produciendo en nuestros tiempos los frutos que Dios espera de su pueblo: justicia para los excluidos, solidaridad, compasión hacia el que sufre, perdón? ¿Somos ese pueblo nuevo que Jesús quiere, dedicado a producir los frutos del reino? ¿Cómo respondemos desde el proyecto de Dios a las víctimas de la crisis económica y sanitaria de la pandemia y a los que mueren de hambre y desnutrición en muchos lugares del mundo? ¿Acogemos la tarea que Jesús nos ha confiado de humanizar la vida o vivimos distraídos por otros intereses?

Los arquitectos de la sociedad moderna desechan la fe y la consideran algo perfectamente inútil. ¿No será, sin embargo, ésa la piedra angular que podría fundamentar y rematar la construcción del hombre contemporáneo? Muchos pierden la espiritualidad y la alegría de la vida digna. Algo se ha convertido

en el centro motivador de la vida que no nos satisface plenamente. Los días se llenan de cosas que queremos conseguir y nos sentimos perdidos cuando buscamos nuestro mundo interior que encontramos vacío. ¿Dónde está la piedra angular de la vida?

Son complejos y de todo orden los factores que generan este clima inhóspito y difícil para el crecimiento del ser humano. Hemos destruido creencias donde se enraizaba el ser de muchas personas. La familia ha dejado de constituirse hogar para no pocos. El contacto personal y la relación cálida y amistosa se ha hecho difícil. La vida interior de muchos está sofocada y reprimida. No es fácil así creer y construirse. Existe la sensación de estar desguarnecidos y sin defensa ante ataques de fuera y desde dentro.

No parece, por ello, ninguna necesidad escuchar el mensaje de Jesucristo que se ofrece como piedra angular para todo hombre y mujer que quiera construirse de manera bondadosa y digna.

CONVIDADOS

«El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados a la boda, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados, encargándoles que les dijeran: “Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda”. (Mat. 22, 1-4).

Dios prepara un banquete final para sus hijos pues los quiere ver sentados junto a Él, disfrutando para siempre de una vida plenamente dichosa. Jesús no impone nada a la fuerza, no presiona a nadie, a todos les manda la invitación de Dios, aun sabiendo que puede ser rechazada.

En la parábola “los invitados a la boda” se habla de diversas reacciones de rechazo: unos lo hacen de manera consciente y rotunda: “no quisieron ir; otros responden con absoluta indiferencia: no hicieron caso”. Pero, según la parábola, Dios no se desalienta. Por eso va a los cruces de camino, por donde anda gente errante que vive sin esperanza y sin futuro.

¿Qué ha sido hoy de esta invitación de Dios? ¿Se habla de esta fiesta final como de “ir al cielo”? Satisfechos con nuestro bienestar, sordos a lo que no sea nuestros intereses inmediatos, parece que ya no necesitamos de Dios ¿Nos acostumbraremos a vivir sin la necesidad de alimentar una esperanza última? ¿Necesitamos el banquete, el cielo, la casa del Padre?

Son muchos los hombres y mujeres que no escuchan llamada alguna de Dios. Les basta con responder de sí mismos y ante sí mismos. El riesgo es vivir cada día más sordos a toda llamada que pueda transformar de raíz la vida. Sin embargo, el creyente nunca ha de olvidar que Dios no está en crisis y se sigue ofreciendo a cada persona en el fondo de su conciencia.

La parábola de los invitados a la boda nos lo recuerda: Dios no excluye a nadie. Su único anhelo es que la historia humana termine en una fiesta gozosa. Desea que la sala espaciosa del banquete se llene de invitados. Todo está preparado. Nadie puede impedirle que invite a todos. Sin embargo, esa propuesta insistente es rechazada cuando uno anda ocupado sólo en sus cosas. “Los invitados no hicieron caso: uno se marchó a sus tierras; otro a sus negocios”.

El mensaje es claro: hay que decidirse, escuchar la llamada que nos llega de Dios a cambiar nuestras vidas. No hay que temerla, pues aun siendo exigente, es la que nos conducirá a la fiesta final.

EL PRINCIPAL

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser.” Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Mt. 22, 37-39) ¿No necesitamos los cristianos concentrar mucho más nuestra atención en cuidar antes que nada lo esencial de la experiencia cristiana? Mateo nos resume el pensamiento de Jesús en los versículos compartidos.

La afirmación de Jesús es clara: el amor es todo. Lo decisivo de la vida se fundamenta en ese sentimiento. Lo primero es vivir ante Dios y los demás en una actitud de amor. No hemos de perdernos en cosas accidentales y secundarias olvidando lo esencial. El amor es el inicio de lo demás, sin él todo queda pervertido.

Todo este lenguaje parece antiguo, gastado y poco eficaz. Sin embargo, hoy, el primer problema en el mundo es la falta de amor que deshumaniza uno tras otro los esfuerzos y luchas por construir una mejor convivencia. El mundo necesita testigos vivos que ayuden a las generaciones venideras a creer en el amor, pues no hay un futuro esperanzador para el ser humano si termina por perder la fe en él. Por eso el amor a Dios es inseparable del amor a los hermanos.

El individualismo plantea que el amor es sentirse bien y que para lograrlo cada uno debe organizar la vida a su gusto sin pensar en los problemas de los demás; lo que haga cada uno es cosa suya; no es bueno meterse en la vida de otros; bastante tiene uno con sacar adelante su propia vida. El individualismo cambia la manera de vivir la fe: Lo importante es que la religión te ayude a sentirte bien.

Escuchando a Jesús comprendemos que ser cristiano no es sentirse bien o mal, sino sentir a los que viven mal, pensar en los que sufren y reaccionar ante su impotencia sin refugiarnos en nuestro propio bienestar. Hemos de preguntarnos si amamos como hermanos a quienes sufren. Somos prójimo cuando compartimos las necesidades del otro: un familiar, un vecino o un desconocido.

El mensaje evangélico del amor resuena de múltiples formas en estos días de pandemia. El mundo necesita testigos vivos que ayuden a las futuras generaciones a creer en el amor pues no hay un futuro esperanzador si se pierde la fe en él.

VIDA FELIZ

Responder a la pregunta ¿cómo te va?, suele tener respuestas que apuntan a problemas, dificultades y sinsabores que dejan lejos la vida feliz. Hoy celebramos la Fiesta de Todos los Santos y en ellos encontramos otro discurso; la palabra felicidad es más común que las cruces, es más, para muchos de ellos felicidad y cruces significan lo mismo.

¿Acaso no estamos hechos con las mismas limitaciones? ¿Nuestros conocimientos no responden a los mismos principios que la de los santos? ¿Dónde está la diferencia? La respuesta está en los hechos de vida y en los motivos que impulsan a hacerlos. En la sociedad actual lograr la felicidad es el objetivo. El camino que se sigue hace la diferencia entre los santos y quienes llegan al final de la vida sin sentirse felices.

Para saber si se anda en la dirección correcta en la vida hay que sentir la «felicidad interior», que se va construyendo poco a poco con hechos que siempre llevan signos de amor, componente esencial de la felicidad. A los hombres y mujeres que ha seguido ese camino los llamamos santos, sean reconocidos por la comunidad o solamente por los miembros del ámbito familiar y local.

La sociedad actual ofrece caminos para conseguir felicidad sin necesidad de amor. En esa felicidad es fácil descubrir el interés individual expresado de múltiples formas. El éxito trae felicidad y satisfacción, pero la felicidad desaparece cuando se acaba el éxito. El bienestar ofrece la vida feliz, pero la realidad enseña que en condiciones de vida en bienestar no está asegurada la felicidad. Ciertamente no es fácil acertar a ser feliz. No se logra la felicidad de

cualquier manera. No basta conseguir lo que uno andaba buscando. No es suficiente satisfacer los deseos. Cuando uno ha conseguido lo que quería, descubre que está de nuevo buscando ser feliz.

Jesús ha puesto nuestra felicidad cabeza abajo. Ha dado un vuelco total a nuestra manera de entender la vida y nos ha descubierto que estamos corriendo en dirección contraria. Miramos a los santos y encontramos que su felicidad está identificada con el amor al otro. Ese otro coincide con la propuesta de Jesús: Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

¿Qué sucedería en mi vida si yo acertara a vivir con un corazón más sencillo, sin tanto afán de posesión, con más limpieza interior, más atento a los que sufren, con una confianza grande en un Dios que me ama de manera incondicional? Necesitamos encontrar el camino de la felicidad y para ello debemos contar, como hicieron los santos, con la ayuda de Jesús.

ÁBRENOS

“Señor, señor, ábrenos. Pero Él respondió: Os lo aseguro: no os conozco. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora.” (Mt. 25, 13) La parábola que presenta Mateo es una escena de la vida real. El mensaje central no es el atraso del novio sino la necesidad de estar preparados con buenas obras, representadas en el aceite que tienen las muchachas.

Vigilar es la advertencia de la parábola para permanecer constantemente fieles y entregados, poniendo en práctica las enseñanzas de Jesús. Mateo llama a la responsabilidad para cuidar la fe, hacerla funcionar y no contentarse con conservar la tradición. Hay que arriesgar para que surja el Reino de Dios.

No es difícil imaginar las preguntas sobre la fe recibida cuando éramos pequeños: ¿Cómo mantener vivo el espíritu de la primera comunión? ¿Cómo vivir

con fe en un mundo que parece no necesitarla? ¿Cómo alimentar la fe sin dejar que la vida se llene de prácticas religiosas? Un relato de Jesús sobre lo sucedido en una boda nos ayuda a pensar la respuesta.

Mateo se preocupa de recordar a la comunidad que debe actuar de manera responsable e inteligente, que debe tomar en serio el evangelio, no de manera frívola y descuidada. Es tiempo de cuidar la luz de la fe para construir la propia vida y la de la Iglesia sobre la autenticidad y la verdad de Jesús.

Hoy la fe del cristiano mantiene despierta la esperanza y no se contenta con cualquier cosa que ofrece la sociedad; tampoco acepta explicaciones fatalistas. En tiempos de pandemia, la fe despierta toda la bondad del ser humano, aumenta el anhelo de vida para todos y no deja de buscar, creer y confiar.

El evangelio nos invita a la vigilancia. La esperanza cristiana mira más allá de los supuestos, es inquieta, no se conforma con explicaciones tranquilizantes. Al contrario, crea un dinamismo mayor, anima nuestra responsabilidad y creatividad; no nos deja descansar. El creyente mantiene encendida la lámpara de la fe y la esperanza, expresa su insatisfacción, nunca está del todo contento, ni de sí mismo ni del mundo en el que vive.

Por eso, precisamente, se compromete y lucha por una vida mejor, más liberada. Vigilar y estar preparado para lo imprevisible de la vida genera una espera propositiva. Las esperanzas que marcan la vida diaria son diversas y variadas, no se diluyen, están en el horizonte, construyen un estilo que prepara al cristiano para cuando Él llegue y llame.

AJUSTAR CUENTAS

“Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos”. (Mt. 25,19) La parábola de los talentos castiga el no hacer nada, más bien premia al que arriesga su talento y hace fructificar lo poco o mucho que tiene.

El mensaje de Jesús es claro: sí a la creatividad, a la respuesta activa a Dios; al esfuerzo arriesgado por transformar el mundo. La gran deuda de los seguidores de Jesús con el mundo es ser cristianos, buenos religiosos cumplidores de doctrinas y costumbres.

Los que se arriesgan de manera creativa son vistos como exagerados, de izquierda. Pero resulta que Jesús presenta la parábola a tranquilos e inconformes, a gente de derecha, de izquierda y del montón. Es la parábola del emprendedor.

El Papa Francisco en su Encíclica “Fratelli Tutti” dice que en la vida o eres samaritano (es decir tomas iniciativas por el otro) o estás del lado de los salteadores o eres uno de los que pasa de largo. El samaritano del siglo XXI no tiene el camino trazado, no le sirve lo hecho en el pasado, no funciona el repetir de manera monótona los caminos conocidos, sino que con novedad debe transmitir luz y esperanza a los problemas y sufrimientos que sacuden a los hombres y mujeres de nuestros días.

Pone al servicio de la comunidad los talentos recibidos, arriesga y en sus acciones también cuenta con el fracaso.

El Espíritu todo lo hace nuevo, da impulso a la búsqueda creativa, a la capacidad de riesgo para salir de la comodidad religiosa. Puesta la vida en sus manos se multiplican los talentos recibidos y las cuentas se ajustan hacia arriba pues el mundo tendrá más oportunidades para que haya más personas felices. Es tentador vivir evitando problemas y buscando tranquilidad.

No comprometerse en nada que pueda complicar la vida y defender el pequeño bienestar es como enterrar lo que somos. No hay una forma mejor de vivir una vida productiva que “negociando” los dones recibidos para hacer feliz a otros.

La responsabilidad no está en conservar lo recibido sino en responder a las expectativas de quienes esperan la Buena Nueva.

La parábola invita a arriesgar, no a guardar. Jesús propone una fidelidad activa y creativa, invita a implicarse en los proyectos de cambios y mejoras para dar oportunidad de encontrar felicidad. El cristiano del siglo XXI busca con coraje y confianza en el Señor caminos nuevos para acoger, vivir y anunciar su proyecto del reino de Dios; así es como practica su verdadera responsabilidad.

COMPASIÓN

“Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo”. (Lc. 6, 36). Jesús vive volcado hacia aquellos que ve necesitados de ayuda. Es incapaz de pasar de largo. Ningún sufrimiento le es ajeno. Se identifica con los más pequeños y desvalidos. Para él la compasión es lo primero, es el único modo de parecernos a Dios.

En este juicio el juez no es imparcial, tiene una opción para juzgar: LA COMPASIÓN. No nos puede extrañar pues ya le conocemos y lo hemos identificado con todos los pobres y desgraciados. Hombres y mujeres de todos los tiempos solo se diferencian por la compasión; no importan culturas, religiones, riqueza o pobreza, pasado o futuro.

No funcionan las defensas de quienes solo han pensado en sus derechos, los que son vistos desde lo hecho en la vida por aquellos que han vivido sin derechos. Hay dos mundos diferentes: el que cuenta, que es el nuestro y el que sobra, que son esas gentes que malviven en la pobreza.

El resultado del progreso humano no va por el camino de las leyes del mercado intocable. El bienestar sin límite destruye el tejido social; la pandemia es la demostración de un mundo dividido en privilegiados y desfavorecidos.

El modelo del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o los Siete Grandes y sus socios chicos, profundiza las diferencias entre los dos mundos. En su proyecto social no hay compasión.

El evangelista no se detiene a describir los detalles del juicio, destaca un doble diálogo que arroja una luz inmensa sobre nuestro presente y nos abre los ojos para ver que hay dos maneras de vivir, dos formas de reaccionar ante los que sufren: nos compadecemos y les ayudamos o nos desentendemos y los abandonamos. Nuestra vida se está jugando ahora mismo.

No hay que esperar ningún juicio. Ahora acercamos o alejamos de los que sufren. Ahora nos acercamos o alejamos de Jesús.

El juez sentencia: Cada vez que ayudasteis a uno de estos mis pequeños hermanos, lo hicisteis conmigo. Cada vez que no ayudasteis a uno de estos pequeños, lo dejasteis de hacer conmigo».

Jesús pone a la humanidad mirando en una nueva dirección: hacia los últimos, los excluidos, los pobres. El verdadero progreso no consiste en alcanzar un bienestar ilimitado, excluyendo a los más débiles. La mascarilla en estos tiempos de pandemia es defensa propia y del otro, una enseñanza de cómo caminar hacia la solidaridad y vida digna.

VIGILAD

“Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento”. (Mt. 13,33) Jesús ve preocupados a sus amigos: ¿está por llegar el final de los tiempos? Le preocupa cómo vivirán cuando ya no esté entre ellos. Los años irán pasando ¿Se mantendrá vivo el espíritu de Jesús entre los suyos? ¿Seguirán recordando su estilo servicial a los más necesitados y desvalidos?

Vigilad, vivid despiertos. Es un mandato para sus seguidores de todos los tiempos. Jesús pide superar la pasividad. En la casa o la Iglesia hay que vivir con responsabilidad, activos en la construcción de lazos fraternos y solidarios. Nos quiere ver a todos despiertos y con lucidez. Vigilar es vivir atentos a la realidad, escuchar los lamentos de los que sufren, sentir el amor de Dios a la vida, a nuestra sociedad y a la tierra. Sin esta sensibilidad, no es posible caminar tras los pasos de Jesús.

¿Seguimos despiertos? ¿Está viva nuestra fe o se ha ido apagando en la indiferencia y la mediocridad? ¿Vamos a despertar lo mejor que hay en cada cristiano y reavivar esa fe humilde y limpia de tantos creyentes que sienten el dolor de los demás? ¿Cómo podemos seguir hablando y rezando a Cristo sin que su persona nos enamore y nos transforme?

La falta de esperanza genera cambios profundos que no siempre sabemos captar. Casi sin darnos cuenta desaparecen del horizonte políticas orientadas hacia una vida más humana. Cada vez se habla menos de programas de liberación, de políticas que busquen nuevas fronteras sociales entre los pueblos. Cuando el futuro se vuelve sombrío, todos optamos por la seguridad.

Los expertos consideran que los graves problemas ambientales, la violencia callejera, la agresión de género, el acoso creciente a menores, el hambre o la marginalidad no provocan reacciones de cambio sino un acomodo noticioso y la defensa del propio bienestar.

Sentimos una extraña sensación de culpa, vergüenza y tristeza, una especie de complicidad por nuestra apatía. En el fondo, suena la voz de Jesús: VIGILAD, DESPERTAD que busca movernos a la acción.

La llamada a la vigilancia es la confianza en la vida que Dios nos regala y pone en nuestras manos para que la cuidemos en nosotros y en todos. Vivamos el Adviento atentos, vigilantes, sin dar la espalda a los que sufren.

FINADOS

Los hombres de hoy no sabemos qué hacer con la muerte. A veces, lo único que se nos ocurre es ignorarla y no hablar de ella. Olvidar cuanto antes ese triste suceso, cumplir los trámites religiosos o civiles necesarios y volver de nuevo a nuestra vida cotidiana. Pero los seguidores de Jesús no nos limitamos a asistir pasivamente al hecho de la muerte, por el contrario, hacemos de la muerte una fiesta, de negro, pero fiesta porque celebramos la certeza del encuentro.

La liturgia de la Iglesia celebra primero la fiesta de Todos los Santos y después la fiesta de los Fieles Difuntos. Y es la misma, pero en dos versiones: la gloria de los que pasaron a la casa del Padre y lo que queda en nuestra memoria de ellos entre nosotros.

Desde los comienzos del cristianismo y aún antes - en la tradición judía- la oración por los difuntos ha sido una costumbre que no se ha interrumpido nunca.

Es el reencuentro de la familia más allá de los límites físicos del aquí y ahora. No es fácil el reencuentro: tenemos sentimientos de ausencia, pero también de lo que pasó. Es la oportunidad del perdón que trae serenidad y fuerza para superar dificultades de la vida, es afirmación y acto de gratitud por los ejemplos de valor y bien. Es momento de toma de conciencia de todo lo que queda por hacer para que esté presente, aquí y ahora.

Puede ser el 2 de noviembre o todos los días del año, o solo el aniversario de la muerte de los seres queridos, pero no podemos ignorar la muerte. Con ella se hacen presentes las grandes preguntas de la vida. Jesús dice a sus amigos que no tengan miedo, que Él se encarga de preparar la morada para recibirles a su lado.

Finados marca el camino de la vida, no como final sino como objetivo por lograr. Jesús lo dejó claro, él da la vuelta a la muerte, no es un fin de algo sino el inicio de todo, es la magia del amor. Por eso nuestra misa, no es un rito, un acto religioso que recuerda la memoria de los que murieron sino una celebración de triunfo, de meta conseguida. Con su memoria podemos comparar nuestro caminar; en ocasiones para animarnos a imitarlo, en otras para fortalecernos en el quehacer a su estilo y lograr mejorarlo.

Y esa historia es HISTORIA DE SALVACIÓN para los que descubren a su lado al que siempre es, a Jesús, a Dios muerto y resucitado por nosotros. Dios ha dicho no a la muerte. Es amigo de la vida y en Jesucristo resucitado nos descubre su voluntad de liberarnos definitivamente de ella.

JUAN

«Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos». (Mc. 1, 3) En el desierto aparece un profeta, viene a preparar el camino. Éste es su gran servicio a Jesús. Juan busca más allá de la conversión moral de cada persona. Se trata de un cambio en la sociedad. El pueblo toma conciencia de la situación en la que viven; experimentan la necesidad de cambiar; reconocen sus pecados; buscan salvarse.

Con Jesús comienza algo nuevo. Todo lo anterior pertenece al pasado. Jesús es el inicio de una nueva sociedad.

El mundo, toda la creación, empieza algo que nunca había experimentado.

¿No necesitamos los cristianos de hoy experimentar ese algo nuevo? ¿Es posible hacer real la comunidad global de la que habló Jesús? Juan antes, hoy el Papa Francisco, nos invitan a dejar nuestros miedos y a llenarnos de coraje para «preparar el camino». Nuestra sociedad es el espacio de salvación, el lugar de los desafíos, donde crece la esperanza. Nosotros somos los juanes que trabajamos el camino hacia la solidaridad global, la convivencia fraternal y la construcción del hombre nuevo.

Nuestra sociedad necesita juanes que allanen senderos, que nos enseñen a simplificar la vida, a vivir con austeridad comunal y a renunciar al atractivo papel de consumidor del mercado. Juan humaniza la vida, encauza la historia hacia el cambio que salva sin destruir. Es una sorpresa que invita a acercarse, expresarse, mirarse, conocerse, comprenderse, buscar puntos de contacto, dialogar. Nos insiste «preparad el camino del Señor, allanad sus senderos»

¿Cómo preparar nuevos caminos a la vida en nuestras comunidades? ¿En qué nos reconocería hoy Jesús como sus discípulos y seguidores? ¿Nos rebelamos frente a la indiferencia social que nos impide mirar la vida desde los que sufren? ¿Resistimos a formas de vida que nos encierran dentro de nuestro egoísmo?

Juan nos propone pensar globalmente, pero actuar localmente, abrir caminos de compasión en el pequeño mundo en el que nos movemos cada día. Actuar como juanes que usan las redes sociales para entablar relaciones de amistad y amabilidad y señalar testimonialmente caminos hacia un mundo más justo: todo eso y mucho más es escuchar a Juan.

Cuando nos detenemos a mirar con cierta lucidez este mundo, descubrimos que, al lado de la inseguridad, incertidumbre o angustia, crece el número de hombres y mujeres que como Juan proclaman con seguridad y certidumbre que el camino del Señor está entre nosotros.

ALÉGRATE

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. (Lc. 1,28) La devoción a la Inmaculada en la pedagogía salesiana se convierte en motor que alienta el esfuerzo; en la piedad, la bondad, la pureza, la alegría, el compañerismo, la vida de familia y el discernimiento de la vocación, elementos básicos de toda educación y que Don Bosco siempre alentó. Con la Inmaculada celebramos el comienzo de la OBRA SALESIANA.

En la Casa Salesiana el ambiente educativo está marcado por la alegría de la vida. Don Bosco hace de la alegría una pregunta: ¿sabes silbar?

Lucas nos refiere el episodio evangélico: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo. Con frecuencia nos dejamos contagiar por la tristeza que envejece y desgasta. Cuando falta la alegría, la fe pierde frescura, la cordialidad desaparece, la amistad entre los creyentes se enfría, todo se hace más difícil.

Es urgente despertar la alegría en nuestro entorno. La Inmaculada es la mujer sencilla que provoca alegría, destierra miedos, descubre a Dios en las cosas lindas y transforma la vida.

Son muchos los miedos que nos paralizan: a un futuro incierto, a la enfermedad, a la pobreza. El miedo nos está haciendo mucho daño: nos impide caminar hacia el futuro con esperanza, aumenta nuestros fantasmas, desaparece el realismo sano y la sensatez cristiana.

¿Cómo pensar, sentir y actuar de manera positiva y esperanzadora?, ¿Cómo olvidar nuestra impotencia y nuestra cobardía para enfrentarnos al mal? ¿Es posible esperar, como María el “Alégrate” de Lucas?

Hoy no sabemos esperar. Somos como niños impacientes que lo quieren todo enseguida. Vivimos llenos de cosas. No sabemos estar atentos para conocer nuestros deseos más profundos. Sencillamente, se nos ha olvidado esperar a

Dios y ya no sabemos cómo encontrar la alegría. Nos estamos perdiendo lo mejor de la vida cuando nos contentamos con la satisfacción, el placer y la diversión que nos proporciona un momento de bienestar.

La Inmaculada está a nuestro lado para hacer de nosotros levadura de un mundo más sano y fraterno. Estamos en las manos de María Inmaculada que nos ha puesto en la Casa de Don Bosco. Ser buenos cristianos y honrados ciudadanos no está en crisis. Queremos seguir a Jesús con alegría y confianza.

TESTIGO

“Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por Él todos vinieran a la fe. No era Él la luz, sino testigo de la luz”. (Jn. 1.6-8) La fe nace en el encuentro con Jesús. Todo comienza cuando los discípulos se ponen en contacto y experimentan su amor. Esa experiencia liberadora, transformadora y humanizadora es la que hemos recibido los cristianos al ser testigos del amor de Jesús.

Somos hombres y mujeres que vivimos en medio de dudas, incertidumbres y heridos por la cobardía y la negación. ¿Pero, qué es ser testigo de Jesús? Alguien podría pensar que ya no es posible ser testigo del amor de Dios, que esa experiencia es literatura, palabras vacías, algo no real.

Sin embargo, en medio de la complejidad de la vida moderna, encontramos a personas que irradian “ese algo” que no sabemos explicar, gente entrañablemente humana en cuya vida descubrimos hechos que hablan del amor de Dios. Ellos son los testigos que nos invitan, como el Bautista, a descubrir y agradecer una vida diferente con la experiencia de amar a Jesús. El testigo es como Juan, no se da importancia, no busca ser original ni llamar la atención. No trata de impactar a nadie. Sencillamente, vive su vida de manera convencida. Se aprecia que Dios ilumina su vida, lo irradia en sus acciones.

Comunica lo que le hace vivir. No dice cosas sobre Dios, pero contagia su espíritu. No enseña doctrina religiosa, pero invita a creer. La vida está llena de testigos. Son creyentes conocidos sólo en su entorno, son personas entrañablemente buenas. Viven desde la verdad y el amor. Ellos nos allanan el camino hacia Dios.

A lo largo de los años se ha transmitido esta experiencia de unas generaciones a otras. Hemos recibido la fe como doctrina y la experiencia de nuestros padres y abuelos como cultura cristiana. Nuestras comunidades y barrios necesitan testigos de Jesús.

La figura del Bautista nos motiva a vivir en su amor y abrir caminos de esperanza y perdón. Juan nos invita a ser cristianos de hoy, sostenidos y animados por Jesús, para transmitir su presencia inconfundible en medio de nosotros.

La fe de nuestras comunidades se sostiene en la experiencia de esos testigos que, en medio de tanto desaliento y desconcierto, ponen luz y con su vida nos ayudan a descubrir y sentir la cercanía de Jesús.

CONFIAR

En medio de estos tiempos que parecen inciertos y oscuros, con problemas y dificultades, lo primero que sorprende es lo que pide el evangelio: no perder la alegría, sin la cual la vida se hace más difícil y dura. Necesitamos darle más sitio a Dios en nuestra vida. Nos irá mejor.

La alegría nace de la fe, no es un optimismo forzado ni un autoengaño fácil. Es la confianza que nace en quienes se enfrentan a la vida con la convicción de que no están solos. Dentro de cada uno, en lo más hondo de nuestro ser, está Dios nuestro Salvador. Cierto es que eso no cambia la vida, pues ésta sigue llena de problemas y preocupaciones.

La fe en Dios no es una receta para resolver problemas diarios, pero todo es diferente cuando uno busca en Dios luz y fuerza para enfrentarse a las dificultades.

Llega la Navidad y parece como si, de pronto, se despertara en nosotros una necesidad incontenible de desearnos mutuamente paz, felicidad y toda clase de venturas. ¿Qué sentido tiene desear dicha y felicidad? ¿Son acaso una alegría pasajera?

La primera palabra de parte de Dios a los hombres, cuando se acerca el Salvador, es una invitación a la alegría y la fiesta. Es lo primero que escucha María de boca del ángel es: “Alégrate”. La alegría más honda del creyente en estas fiestas arranca de esta fe: Dios no es un ser lejano, inquietante o amenazador sino alguien que se nos ofrece cercano y entrañable desde la ternura y fragilidad de un niño. Esta es la primera razón para felicitarnos y hacer fiesta y lo primero que hemos de recordar para despertar la alegría.

Que el mundo está mal, ya lo sabemos; lo que no recordamos es que por los cuatro costados está en las manos buenas de Dios.

Desde esta convicción adquiere la felicitación navideña una hondura nueva pues nace del deseo de construir ese mundo más humano y feliz que Dios busca para todos.

Las palabras del ángel a María: Alégrate, llena eres de gracia, el Señor está contigo, son una invitación a despertar nuestra confianza en ella y a susurrar en lo secreto de nuestro corazón la conocida plegaria a la Madre: Ave María.

FAMILIA

“Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.” (Luc. 22, 33) Se habla de la crisis de la familia. Ciertamente, es grave. Sin embargo, nadie anuncia su desaparición; al contrario, la historia parece enseñarnos que, cualquiera sea su conformación, en tiempos difíciles se estrechan más sus vínculos.

El deseo sincero de los cristianos es imitar a la Familia de Nazaret cuyo modelo se ha ido diversificando, favorecido a respuestas según la coyuntura del momento histórico. La familia que se construye hoy responde a nuevas exigencias laborales, de estudio, económicas, de salud y para ello entran en juego valores y acciones tales como el diálogo, la renuncia, la generosidad, el perdón.

Al estilo de la de María y José, es una escuela de servicio y solidaridad. La convivencia cerrada no produce familia. En su construcción entran los que necesitan de ella: padres, hijos, amigos y contrarios. La fraternidad no es el resultado de comportamientos individuales sino de hombres y mujeres que producen resultados del amor: eso es familia. Como la de Nazaret se forma en la misión y no en la normalidad pasiva de intereses propios.

El evangelio de Lucas nos invita a ser actores del proyecto familiar entendido y vivido desde la fe. El modelo de la Familia de Nazaret es un centro abierto al servicio de la sociedad, de talante dialogal y productora de amor. La fiesta de la Sagrada Familia nos recuerda el compromiso de hacer que nuestros hogares sean centros de acogida y práctica de renuncia al individualismo e intereses personales. Es allí donde se aprende que todos tenemos un Padre común y que el mundo no se acaba en las paredes de la propia casa.

El Papa Francisco nos habla de la fuerza humanizadora de la familia y nos invita a aceptar su diversidad, que no necesariamente se identifica con la cristiana como sacramento signo del amor de Dios.

Como quiera que esté formada, cualquiera sea su historia, más allá de la paternidad y maternidad física y sin estar condicionada por el tiempo de su duración, la familia es humanizante en todas las culturas y un lugar cálido para crecer y madurar. ¿Qué sería de una sociedad sin ella?

Aun cuando nuestro ideal de familia cristiana no se cumpla, recordemos a la de Nazaret, que parece normal pero no lo es, lo que sí es constante es su amor. Más allá de cómo se constituyan, siempre se forman en ese sentimiento y sus puertas están abiertas a su creador.



“El modelo de la Familia de Nazaret es un centro abierto al servicio de la sociedad, de talante dialogal y productora de amor”

“ Durante el año 2020 hemos aprendido a descartar, a no conservar y hemos recuperado la capacidad de esperar siempre algo nuevo de la vida ”



NUEVO

“Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.” (Lc. 2,21) Acabamos de concluir un año difícil y el comienzo de uno nuevo es propicio para el balance y la reflexión. Queremos llenarlo de esperanza y que la mascarilla no apague nuestra sonrisa. Por eso, es bueno en esta fecha detenernos para ponernos en contacto con nuestro verdadero yo. Sin miedo alguno, con paz, ante ese Dios que sólo quiere nuestro bien.

La Madre que lo ha hecho posible, lo conserva como nuevo pues es iniciativa del Dios que nunca abandona la obra de sus manos. Sí, es NUEVO molde de barro que sale de sus manos, igual pero distinto, nuevo. Lucas nos dice que María conservaba y meditaba los acontecimientos de su vida.

Durante el año 2020 hemos aprendido a descartar, a no conservar y hemos recuperado la capacidad de esperar siempre algo nuevo de la vida. Durante las dificultades del 2020 hemos aprendido de nosotros mismos. Lo nuevo en nuestras vidas ha encontrado puertas abiertas para responder al molde que Dios hizo de nosotros y sacar al que nos hemos formado con el barro del consumo y el dinero. Hemos aprendido de la dura experiencia a ser nosotros mismos, a descubrir la felicidad en las cosas pequeñas y entre los nuestros, a encontrarla dentro de nosotros y a meditarla en nuestro corazón.

Lo nuevo no sólo inquieta, también tiene su atractivo. Lo nuevo es algo intacto, inédito, lleno de posibilidades. Al comenzar un año nuevo, tal vez, lo primero es preguntarnos cuál es nuestro estado de ánimo en estos momentos. ¿Qué siento dentro de mí? Es bueno mirar de frente nuestros sentimientos y ponerles nombre. Nuestra experiencia cristiana crece con la reflexión que vamos haciendo sobre lo vivido y la acción de Dios en nuestras vidas.

Comencemos este nuevo año agradeciendo por lo positivo que hay en nuestra vida, y lo que he recibido de bueno a lo largo del año que ha terminado. ¿Qué experiencias y encuentros positivos he vivido? ¿Qué es lo que más he de agra-

decer? Experimentar la vida como don que vamos recibiendo gratuitamente es la manera más espontánea de ir descubriendo la bondad de Dios. Esta es certeza y fuerza para comenzar un año nuevo.

La Iglesia hace coincidir el primer día del nuevo año civil con la fiesta de Santa María Madre de Dios, invitándonos a que comencemos el año nuevo bajo la protección maternal de María, Madre del Salvador y Madre nuestra. Los cristianos de hoy tenemos que aprender de María a descubrir las maravillas que Dios ha hecho en nosotros, a encontrar nuestra vivencia religiosa en los acontecimientos de la vida.

Es bueno que, al comenzar un año nuevo, lo hagamos elevando nuestros ojos hacia María. Ella nos acompañará a lo largo de los días con cuidado y ternura de madre. Ella cuidará nuestra fe y nuestra esperanza. No la olvidemos a lo largo del año.

LUZ

“La luz brilla en la tiniebla” (Jn. 1, 5) Estas palabras del evangelio de Juan tienen una resonancia especial para quien está atento a lo que sucede hoy entre nosotros. Vivimos la cultura del consumo que incita al disfrute irresponsable, al gasto superficial y a la satisfacción de los caprichos “porque usted se lo merece”; no importa si hay recursos o no, el deseo se presenta como posible y como meta. El acto de comprar es la luz que convoca e ilumina el camino del mundo, como lo llama Juan.

Para Juan, la luz verdadera que ilumina el mundo, es aquella que nos habla de amor, solidaridad o cercanía, pero ésta no es percibida y menos escuchada porque ya tienen otra. Dice que no es posible que dos luces iluminen el camino de la vida e identifica la situación como de luz y tiniebla.

El nuevo año, como la vida entera, es un camino a recorrer ¿Qué luz elijo para alumbrarme: la luz de la Palabra o la luz del mundo?

En el año que ha terminado hemos constatado múltiples situaciones que dan razón a Juan. Sin embargo, nos asaltan dudas: ¿Dónde encontraré fuerza interior para enfrentarme con ánimo y buen humor a los problemas de cada día que nacen del modelo del mundo? ¿El 2021 será un año nuevo porque aprenderé a ser más humano o seguiré estropeando mi vida con los mismos intereses y la superficialidad de siempre?

Crece el deseo de una nueva normalidad, entendida como un ecosistema más humano y menos explotador de la naturaleza, menos consumista y más solidario para cubrir necesidades básicas, menos estresado para acumular y gastar y con más tiempo para disfrutar la amistad. Para este nuevo camino necesitamos la LUZ DE LA PALABRA. Podemos cambiar y atrevernos a ser diferentes.

Disfrutemos cada día del 2021, en donde seguramente trabajaremos, nos divertiremos, descansaremos o viajaremos; les invito también a dedicar tiempo a mirarnos por dentro, reflexionar, contemplar la vida en silencio y extender una mano al necesitado.

El 2021 es un camino a recorrer con temores y deseos, con fuerza interior y presión externa, pero igualmente con ánimo y buen humor porque la Luz vive en nosotros y se comparte en sociedad, entre las risas de la familia, en las muestras de solidaridad, en el esfuerzo cotidiano, en la ayuda al otro. Entre nosotros crece el anhelo de paz y progreso, lograremos un balance positivo si estamos iluminados por la Luz de Jesús.

PREDILECTO

“Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto” (Mc. 1,11) El bautismo de Jesús encierra un mensaje nuevo: el cielo se abre para mostrar su secreto y regalar el amor de Dios. Jesús aparece cuando el pueblo judío vivía una profunda crisis. Hablaban de sus dolores sin comunicarse con el Dios que les amaba y los sacó de Egipto.

El Bautista representa, como pocos, el esfuerzo de hombres y mujeres de todos los tiempos por purificarse, reorientar su existencia y comenzar una vida más digna; reconoce al Predilecto y en Él la acción de los cielos abiertos que trae un mensaje de vida, de esperanza, una invitación a algo nuevo. Escuchando al Bautista, muchos recordaban la ardiente oración de un antiguo profeta que rezaba así a Dios: “Ojalá rasgaras el cielo y bajases”.

Los cielos están abiertos, pero una especie de muro nos limita a las realidades de cada día. El Bautista nos invita a evaluar los resultados de su anuncio: ¿Qué espíritu anima hoy a los seguidores de Jesús? ¿Cuál es la pasión que nos mueve? ¿Qué estamos poniendo en el mundo? Si el Espíritu de Jesús está en nosotros, viviremos curando a tantos oprimidos, deprimidos, reprimidos y hasta suprimidos por el mal.

El mensaje es claro: con Cristo, el cielo está abierto; de Dios sólo brota amor y paz; podemos vivir con confianza. A pesar de nuestros errores y mediocridad, logramos escuchar: Tú eres para mí un hijo amado, una hija amada. Afrontamos la vida, no como una historia que hemos de purificar constantemente, sino como el regalo de la dignidad de hijos de Dios que hemos de cuidar con gozo y agradecimiento. Es cierto que la pandemia cansa y que los cielos parecen cerrados, esforcémonos por corregir errores, hacer mejor las cosas, a practicar la solidaridad en nuestras familias pues ha nacido algo nuevo y apasionante. Descubramos que somos capaces de hacer cosas buenas a través de los medios virtuales. Tenemos motivos para ver el cielo abierto, encontrarnos con el Predilecto y sentirnos vivos.

Lo que tal vez habíamos soñado secretamente se nos regala ahora de forma inesperada: un inicio nuevo, una purificación diferente, un bautismo de Espíritu y fuego. Detrás de esas experiencias está Dios amándonos como a hijos e hijas. Ese Espíritu que desciende es aliento de Dios que crea vida, es una fuerza que renueva y cura, un amor que lo transforma todo. El evangelio resuena de una manera nueva, más humilde, menos de pertenencia religiosa y más de condición humana. Nos enseña a hablar en términos de crisis y dolor, pero con la puerta de la esperanza abierta.

¿QUÉ BUSCÁIS?

“Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscáis?” (Jn. 1,38) Las primeras palabras que pronuncia en el evangelio de Juan nos desconciertan porque van al fondo y tocan las raíces mismas de nuestra vida: ¿Qué buscáis? Pregunta sencilla y directa. ¿Qué buscamos exactamente? La mayoría dirá que cubrir necesidades diarias y seguir luchando por ver cumplidos pequeños deseos. ¿Pero, aunque todos ellos se cumplieran quedaríamos satisfechos ¿No andamos en busca de algo más que mejorar nuestra situación?

En el camino de la vida hemos ido aprendiendo a indagar, a no cerrar ninguna puerta o desechar alguna llamada. Esperamos algo más que respuestas y satisfacción, buscamos sentido y razón para vivir como buenos seres humanos, buenos cristianos. Los apóstoles no encontraron respuestas sino la invitación de “Venid y lo veréis”. Para seguir a Jesús es necesario ver, tener una experiencia personal. Lo importante no es buscar algo, sino a alguien.

Si un día sentimos que la persona de Jesús nos toca, es el momento de dejarnos alcanzar por Él, sin defensas ni reservas. Hay que olvidar convicciones y dudas, doctrinas y esquemas. No se nos pide que seamos más religiosos ni más piadosos, sólo que lo conozcamos mejor.

Quien se pone en camino tras Él comienza a recuperar la alegría y sensibilidad hacia los que sufren, empieza a vivir con más verdad y generosidad, con más sentido y esperanza, tiene la sensación de que empieza por fin a sentir la vida desde su raíz, desde un Dios Bueno, más humano, más amigo y salvador que todas nuestras teorías. Todo empieza a ser diferente.

Cuando uno no busca nada y se conforma con ir tirando hacia adelante o ser un vividor, no es posible encontrarse con Jesús. Para hacerlo no bastan rezos y palabras, son necesarios hechos, no sólo teorías y doctrina. No es suficiente hablar de la Buena Noticia, sino mostrar cómo la vive uno mismo, en su propia carne.

Seguir a Jesús, caminar con Él, requiere haber tenido una conexión especial. Nuestro corazón y el de los demás sólo se conmueve ante una experiencia de vida o el testimonio personal. Así como les pasó a los discípulos: un encuentro abre las puertas a otro, la experiencia se amplía y se descubre que la felicidad llega cuando a otros llena.

PLAZO

“Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el evangelio” (Mc. 1,15) Jesús anuncia un acontecimiento, no enseña una doctrina: “Ya está aquí Dios, con la fuerza creadora de su justicia, tratando de reinar entre nosotros”. Dicho de otra manera: quiere construir un mundo más humano y cambia las reglas: “No podéis seguir como si nada estuviera ocurriendo” Su proyecto de un mundo casa de todos es la mejor noticia que nos da.

Se ha cumplido el plazo. El tiempo de espera sin hacer nada se ha acabado. Dios nos regala su Reino, no quiere dejarnos solos ante los problemas, nos pide que participemos en el proyecto y para ello Jesús nos invita a cambiar la manera de pensar y actuar: “Convertíos”.

Hay alternativa. No es verdad que el mundo tenga que seguir siendo como el que conocemos. En estos meses de pandemia hemos descubierto que somos capaces de hacer, con satisfacción, cosas que antes nos parecían muy difíciles. Hemos aprendido que el dinero no asegura todo en la vida. No es verdad que la historia tenga que discurrir por los caminos de injusticia que le trazan los poderosos de la tierra. Un mundo más justo y fraterno es posible. Podemos modificar la trayectoria de la historia. Es el Reino de Dios, el anuncio de Jesús, el mundo que queremos para vivir.

El Covid-19 nos ha despertado del sueño de la indiferencia. Buscamos alternativas antes de ser ciudadanos planificados y seguidores de la última novedad del mercado o de los centros comerciales de los fines de semana. Hemos movilizado nuestras energías para vivir en casa sin aburrirnos, con creatividad; introducimos en nuestra vida diaria nuevas formas de trabajar y estudiar creadas por nosotros mismos. Nos hemos tomado en serio cada día y cada obligación en familia.

Hay que aceptar los fallos en muchas cosas, nos cuesta corregir y ser humildes porque nos equivocamos. Pero el “Convertíos” no es perfección sino el camino de mantener el deseo, de no ceder al desaliento. Sin orgullo ni tristeza, sin alimentar la insatisfacción del miedo a la pandemia, pero sí con la certeza de que el Reino de Dios está entre nosotros y se construye con nuestra participación. De esta forma, iremos viendo el crecimiento de un mundo nuevo, con hombres y mujeres que aprenden cada día a disfrutar de la vida.

VALENTÍA

El 31 de enero de 1888 moría en Turín el sacerdote Juan Bosco, el don Bosco de los jóvenes aprendices y el hombre del oratorio, quien actualiza la misión de Jesús entre los jóvenes migrantes hacia el desarrollo de las grandes ciudades, atrapados en un estilo de vida desconocido en sus pueblos, viven la pobreza urbana (sin familia, sin casa, con hambre, dispuestos a todo para sobrevivir).

Jesús no habla de organizar una religión más perfecta o de implantar un culto más digno, sino de comunicar liberación, esperanza, luz y gracia a los más pobres. Eso entendió Juan Bosco para dejarse llevar por el Espíritu de Dios orientando toda su vida hacia los jóvenes más necesitados que encontraba en las calles de Turín.

Esta es la dirección que Dios quiere imprimir a la historia humana: “la opción por los pobres”, que se expresa de múltiples formas y se concreta en la defensa de los últimos y la solidaridad con los excluidos. Juan Bosco concretó su opción en un grupo humano definido y eligió una forma de expresarla: la educación.

A lo largo de su vida, Don Bosco fue un educador innato que innovó la relación entre educador /alumno con el Sistema Preventivo donde “la educación es cuestión de corazón”. Su legado está al alcance de todos pues sus herramientas pedagógicas se aprenden en la vida: razonar, buscar a Dios y ser amable.

Don Ángel Fernández nos pone delante la belleza de la esperanza vivida en el camino con los pobres. El carisma de Don Bosco está marcado por su opción preferencial por los jóvenes más pobres, abandonados y excluidos. Como Familia Salesiana nos reconocemos en el dolor del otro, desde nuestras limitaciones y situaciones económicas golpeadas, abrimos nuestro corazón a acciones posibles para atender situaciones negativas conocidas; y como escribe el Rector Mayor, «esto pide de nosotros un algo más de valentía, de confianza y de empeño. No es tiempo de retirar los remos de la barca».

Como comunidad educativa nacida del corazón pastoral de Don Bosco, somos la esperanza de aquellos que no la tienen, de los jóvenes más necesitados y vulnerables que están en el centro de la atención de Dios: ellos deben ser nuestros preferidos. El entorno educativo que Don Bosco diseñó para anunciar el evangelio invita a la alegría. Don Bosco hace consistir la santidad en ESTAR ALEGRES, hacer de la vida un canto de acción de gracias y de trabajo para crear ambientes juveniles sanos y dignos: teatro, música, danza, redes sociales, belleza, deporte, entre otros.

En los tiempos del cólera en la ciudad de Turín, Don Bosco despertó en sus muchachos la capacidad de servicio y solidaridad. La seguridad de contar con la protección de Dios no le exoneró de mantener entre sus muchachos las normas de bioseguridad. Sin actos espectaculares de intervenciones milagrosas, hizo del cuidado de la vida ordinaria y de la ayuda la forma de transmitir confianza y esperanza.

El Papa Francisco, que disfrutó en su adolescencia de la alegría de la educación salesiana, nos propone una Iglesia abierta, libre de la dependencia y de una cultura machista; una Iglesia sentida y amada por los pobres y los sufrientes. Con Don Bosco y su sistema educativo salgamos a las calles para evangelizar y servir, alcanzando las periferias geográficas, culturales y existenciales. Construyamos una Iglesia que privilegie a los pobres, convirtiéndolos en una fuerza que nos ayude a superar la indiferencia egoísta en la que nos educa el sistema.

CURADOR

“Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea” (Mc. 1,28) Marcos nos dice que Jesús está en la sinagoga de Cafarnaún. La gente queda sorprendida al escucharle. Habla con autoridad, no repite la doctrina oficial, es algo nuevo que se conecta con la vida del pueblo, no está interesado cumplimientos religiosos. Habla de la libertad y del dolor de la gente, de ser dignamente libres y de las limitaciones de la vida. Rompe miedos, fatalismos, y castigos.

La reacción del poder es violenta, se siente amenazado, su mundo religioso se derrumba con la Buena Noticia de Jesús. El enfrentamiento está declarado. El narrador describe la dramática escena con la certeza de que ese «curador» terminará mal. Jesús no se acobarda. Ve al pobre hombre oprimido y ordena callar. El hombre recupera el silencio que sana lo más profundo del ser humano. La noticia se difunde de boca en boca.

En nuestra sociedad ¿Qué fuerzas de poder contradicen la enseñanza con autoridad de Jesús? ¿Qué experiencias perversas bloquean el camino hacia el Dios Bueno que anuncia Jesús?

En este tiempo de pandemia nos encontramos con no pocas personas que viven en su interior de imágenes falsas de Dios como el responsable del Covid-19 y por lo tanto ante quien hay que presentar sacrificios para que a cambio libre de este castigo. Jesús habla de una presencia amistosa que invita a asumir con dignidad la condición humana y por lo tanto a vencer al Covid-19, con dolor, sí, pero también con esperanza y creatividad. Es cierto que necesitamos un «curador» que nos entienda y esté a nuestro lado, que nos invite a vivir sin miedo y a explicar con conocimiento de causa el funcionamiento de nuestro mundo. Ese es el Dios Bueno que está con nosotros cuando lo llamamos. En pandemia y cuarentena descubrimos en cada uno de nosotros la capacidad para cambiar tantas cosas que hemos creado para responder al poder y la costumbre de vivir con engaño y miedo.

Marcos escribe lo que Jesús hacía, de cómo lo hacía y de sus consecuencias. Hombres y mujeres contagiados por Jesús nos admiran y entusiasman, no por lo que dicen sino por lo hacen. Sus ejemplos avivan la esperanza y abren los corazones a la solidaridad y la acogida. No somos seguidores de “doctrina” sino soñadores de un mundo sano, enseñamos no con palabras sino ayudando al necesitado y enfermo. Los seguidores de Jesús no adoctrinan, son curadores de dolores.

CURÓ

“Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar”. (Mc. 1,34) Marcos sigue a Jesús a la casa de Pedro y lo muestra como el hombre atento al dolor de la gente: vive cotidianidad junto a sus seres queridos, entra en la habitación de la enferma, se acerca a ella, la coge de la mano y la levanta.

El evangelio de Marcos recuerda a Jesús respondiendo a las necesidades y dolencias de las personas: era incapaz de pasar de largo si veía a alguien sufriendo, por eso le buscaban los enfermos y desvalidos. En la casa de Pedro la población se agolpa a la puerta. Los ojos y las esperanzas de los que sufren buscan la puerta de la casa, siguen a Jesús, ellos van gestando su familia.

En la tradición cristiana nada aparece con tanta claridad como la figura de Jesús curando enfermos. Es el signo que presenta como garantía de su misión: «Los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen»

El domingo pasado Marcos nos hablaba del “curador” actuando, no en la sinagoga sino en la casa. Se abre así el camino hacia una forma de creer y experimentar a Dios como fuerza sanadora y auxiliadora, fuera de un lugar oficial.

Es un nuevo horizonte para nuestra sociedad que descubre en la fe la fuerza terapeuta del amor de Jesús, la liberación de la angustia del dolor y del miedo al castigo divino. Experimentar al Dios que hace el bien nos da fuerza y estímulo para vivir con ánimo y esperanza. La Iglesia atrae de verdad cuando la gente que sufre descubre a Jesús curando, alegrando y aliviando el desconsuelo.

Donde está Jesús crece la vida. Esto es lo que descubre con gozo quien recorre las páginas entrañables del evangelista Marcos y se encuentra con ese Jesús que cura a los enfermos, acoge a los desvalidos, sana a los enajenados y perdona a los pecadores. Donde está Él hay amor, interés por el hombre, pasión por la liberación de todo mal y curación.

Los creyentes no debemos olvidar que el amor cristiano es siempre interés por la vida, búsqueda apasionada de felicidad para el hermano; es la actitud que nace en quien ha descubierto que Dios ama tan apasionadamente nuestra vida que ha sido capaz de sufrir nuestra muerte.

LIMPIAR

“Quiero: queda limpio” (Mc. 1,40) Jesús era muy sensible al sufrimiento, es algo que le sale de dentro; sentía gran respeto y una amistad conmovedora hacia los rechazados, los excluidos. Es amigo de pecadores.

Marcos recoge en su relato esa predilección. De pronto se le acerca un leproso: “Si quieres, puedes limpiarme”. Aquel hombre representa la soledad y desesperación de tantos estigmatizados. Jesús extiende su mano buscando el contacto con su piel, lo toca y le dice: “Quiero. Queda limpio”.

Esto es lo que quiere el Dios encarnado en Jesús: limpiar el mundo de exclusiones que van contra su compasión de Padre. No es Dios quien excluye sino nuestras leyes e instituciones. No es Dios quien margina, sino nosotros. En adelante, todos han de tener claro que a nadie se ha de excluir en nombre de Jesús. Seguirle significa acoger a los excluidos de nuestros entornos sociales.

En este tiempo de pandemia, en pocos lugares es más reconocible el Espíritu de Jesús que en esas personas que ofrecen apoyo y asistencia gratuita a los contagiados. El gesto de Jesús cobra especial actualidad en aquellos que defienden los derechos de los que sobreviven sin ser tomados en cuenta; de quienes dedican tiempo y energía ofreciendo servicios a quienes no logran tenerlos. Los que dan la mano nos recuerdan el corazón de Dios.

La felicidad sólo es posible donde nos sentimos acogidos y aceptados. Hagamos de nuestro entorno un lugar de recibimiento, demos oportunidad para crear felicidad. Donde hay acogida hay alegría, la creatividad se multiplica.

Una sociedad cerrada no tiene futuro pues crece en la desconfianza y mata la esperanza de una mejor vida. Jesús no sólo limpia al leproso, extiende la mano y lo toca; rompe prejuicios, tabúes, temores y fronteras de aislamiento y separación. Los creyentes debemos sentirnos llamados a aportar con una amistad abierta a los marginados de nuestra sociedad.

El Papa Francisco añade: el evangelio de la curación del leproso nos dice que, si queremos ser auténticos discípulos de Jesús, estamos llamados a llegar a ser, unidos a Él, instrumentos de su amor misericordioso. He pedido a menudo a las personas que ayudan a los demás que lo hagan mirándolos a los ojos, que no tengan miedo de tocarlos; que el gesto de ayuda sea también un gesto de comunicación: también nosotros tenemos necesidad de ser acogidos por ellos.

PRACTICAR

“Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos.” (Mt. 6, 1) Mateo nos trae este texto como un recuerdo del riesgo permanente de hacer de la religión un cumplimiento de normas sociales, que no son malas, pero tampoco cambian nuestro comportamiento ni nos traen la certeza de saber que Jesús haría lo mismo si estuviera en nuestro lugar.

Mateo llama nuestra atención para que la acción no se centre en el interés del que la hace sino en la necesidad del otro. Un tema de actualidad en tiempos de pandemia y de elecciones, en donde el otro es un objeto para llenar egos o añadir prestigio.

La celebración del Miércoles de Ceniza nos invita a una profunda revisión de nuestra vida, actitudes y criterios de comportamiento. La cuaresma es un tiempo de gracia para encontrar a Dios en el regalo que hacemos a los excluidos de la dignidad humana. No es una penitencia sufriente sino un don transformador del que da y del que recibe. La ceniza no es un signo mágico de conversión, sino un compartir entre Él y los hombres y mujeres que ama.

Hoy es un buen día para preguntarse: Señor, ¿qué ayuno necesito? ¿Cuáles son las obesidades que me hacen pesado y torpe a la luz del Espíritu? ¿De qué me tengo que vaciar para que puedas entrar más en mí? ¿Qué limosna puedo dar? ¿Qué parte de mí no acabo de entregar a los demás? ¿En qué aspectos puedo ser generoso? ¿Qué oración puedo hacer? Responder es una aventura preciosa que merece la pena, es dejarse sorprender por Dios en este tiempo de búsqueda de algo más que el cotidiano vivir.

Jesús exige a sus seguidores no manipular la religión y sus signos, a cambio pide autenticidad en la motivación de su práctica. Este texto evangélico con el que la Iglesia nos invita a comenzar la cuaresma nos pone delante del espejo de los somos y hacemos, de los motivos que nos convocan a una vida de discípulos.

Que la oración ayude a escuchar la Palabra y el ayuno a prescindir de lo innecesario. Que la sobriedad se haga presente en la vida y que la limosna brote del amor. Que nos reconozcamos en la alegría de los demás y conozcamos la grandeza de Dios, que nos ama antes de que seamos conscientes de ello.

ESCUCHADLO

“Éste es mi Hijo amado; escuchadlo” (Mc. 9,7) Cada vez tenemos menos tiempo para escuchar. No sabemos acercarnos con calma y sin prejuicios al corazón del otro. No acertamos a escuchar el mensaje que todo ser humano nos puede comunicar. Encerrados en nuestros propios problemas, pasamos junto a las

personas sin apenas detenernos. Por eso, tampoco resulta tan extraño que a los cristianos se nos haya olvidado, en buena parte, que ser creyente es vivir escuchando a Jesús, más aún, sólo desde acto nace la verdadera fe cristiana.

La experiencia de escuchar a Jesús es apasionante. No es quien nosotros imaginamos desde nuestros esquemas religiosos. Nos damos cuenta que la felicidad se construye escuchándole y siguiéndole. Casi sin damos cuenta, Él cuestiona nuestras seguridades y nos propone una vida confiando en el Padre. Escucharlo es encontrarnos con la verdad última sobre la vida y la muerte.

En la escucha paciente y sincera logramos descubrir la manera más humana de enfrentarnos a los problemas de la vida. Si nos mantenemos siempre cerca de Jesús, nada nos hará verdaderamente daño: ni la ruina económica, la cárcel, la enfermedad grave; mucho menos, las pequeñas contradicciones diarias que tienden a quitarnos la paz si no estamos alerta. San Pedro les recordaba a los primeros cristianos: ¿Quién os hará daño si no pensáis más que en obrar bien?

Si padecéis algo por amor a la justicia, sois bienaventurados. Sólo esta comunión creciente con Jesús transforma nuestra identidad y criterios, cambia nuestra manera de ver la vida, nos libera de imposiciones de la cultura y acrecienta nuestra responsabilidad. Con Jesús el mundo no es un campo de batalla donde cada uno se defiende como puede. Escuchándolo empieza a dolernos el sufrimiento de los más indefensos y empezamos a vivir cada día haciendo al mundo un poco más humano. Nos podemos parecer a Jesús.

En esta cuaresma es preciso salir de nuestras rutinas y esforzarnos por escuchar la su voz en las dificultades de la vida. Como decía San Pablo: Si Dios está con nosotros ¿quién estará contra nosotros? Es tiempo de una fe confiada. Los tres apóstoles no bajan como subieron, algo ha cambiado en ellos. Sus corazones tienen una nueva esperanza. Nos hablan de sed, aspiración, anhelo de plenitud, vida lograda, un querer tocar lo grande. Llenemos el corazón y elevemos el espíritu hacia lo que realmente importa.

TU CASA

“El celo de tu casa me devora” (Jn. 2,17) Al asomarse al recinto que rodea el templo, Jesús encuentra un espectáculo inesperado y se llena de indignación. El narrador describe su reacción de manera gráfica: con un látigo en la mano, grita ¡No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre!

El evangelio emplea un símbolo conocido para indicar la presentación mesiánica de Jesús. Era proverbial la frase “el látigo del Mesías”; su uso no deja la menor duda de su identidad y de lo que encarna: el nuevo proyecto mesiánico-profético en el cual la relación con Dios es familiar. En la casa del Padre no puede haber comercio ni explotación, es un lugar que acoge a quienes necesitan amor, cercanía, confianza y afecto.

¿Qué era aquel templo? ¿Santuario del perdón de Dios o justificación de toda clase de injusticias? Aquello era una cueva de ladrones; allí se acumulaba riqueza mientras en las aldeas crecía la miseria. La religión era un negocio donde se “compraba y vendía” a Dios. Jesús recuerda las palabras del profeta Oseas: “Así dice Dios: Yo quiero amor y no sacrificios”.

Como en tiempo de Jesús, también hoy corremos el riesgo de vivir en un “mercado”. Casi sin darnos cuenta, nos podemos convertir en proveedores y cambistas que no saben vivir sino buscando solo su propio interés, comprando y vendiendo.

Es cierto que nuestra vida sólo es posible desde el intercambio y el servicio. Tal vez, lo primero que necesitamos escuchar es el anuncio de la gratuidad. En un mundo convertido en mercado donde todo es exigido, comprado o ganado, solo lo gratuito puede seguir fascinando y sorprendiendo pues es el signo más auténtico del amor. Incorporar a nuestra vida la satisfacción de dar es sentirnos en la casa de todos.

Los creyentes hemos de estar más atentos a no desfigurar a un Dios que es amor gratuito. La persona que lo ha experimentado se siente invitado a irradiar su gratuidad y probablemente es quien mejor puede introducir algo bueno y nuevo en esta sociedad donde tantas personas mueren de soledad, aburrimiento o falta de amor.

Hemos de hacer de nuestras comunidades cristianas un espacio donde nos sintamos en la casa del Padre, acogedora y cálida, donde a nadie se le cierren las puertas, se le excluya o discrimine. Una casa donde aprendemos a escuchar el sufrimiento de los hijos más desvalidos y no solo nuestro propio interés, donde invoquemos a Dios como Padre porque nos sentimos sus hijos y buscamos vivir como hermanos.

SALVAR AL MUNDO

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él.” (Jn. 3,16-17) La afirmación es atrevida ¿Podemos ver y sentir el amor de Dios en ese hombre torturado en la cruz? Nuestra mirada distraída no es capaz de descubrir en ese rostro la luz que podría iluminar nuestras vidas en momentos duros y difíciles. Sin embargo, ahí está con sus brazos abiertos para acoger, abrazar y sostener nuestras pobres vidas, rotas por tantos sufrimientos.

Si las personas tienen miedo a ser condenadas es que algo no funciona, no están entendiendo el mensaje del evangelio. No hay que esperar a nada, lo que llamamos conversión es vivir con amor. La Iglesia de Jesús la construyen hombres y mujeres que aman, son amigos, ayudan a los que sufren, son justos; también son incumplidos o egoístas, pero Dios no ha enviado a su hijo para juzgar sino para descubrir el amor que salva, nada más necesario en estos momentos de confusión y desaliento.

Dios ama al mundo entero, no sólo a aquellas comunidades cristianas que cumplen las normas de la Iglesia. No es propiedad de los cristianos, no cabe en ninguna catedral, mezquita o sinagoga pues habita en todo ser humano y acompaña a cada persona en sus gozos y desgracias. No deja a nadie abandonado, tiene sus caminos para encontrarse con cada uno sin que tenga que seguir necesariamente prácticas religiosas o normas de vida. Está siempre en nosotros para buscar y salvar lo que estropeamos y tiramos.

Dios es así. Nuestro mayor error sería olvidarlo y tenerlo como un padre exigente que castiga si no se cumple. Él no conoce buenos o malos, sino hombres y mujeres que repiten algo de su amor, unos más otros menos; no juzga o condena el egoísmo, mide el amor y lo premia. No sabe, ni quiere, ni puede, hacer otra cosa sino amar. El Dios castigador no existe, esa es una idea del miedo humano.

En nuestra sociedad crece el número de personas aisladas que no necesitan de nadie, viven congelados afectivamente, defendiendo su pequeña felicidad, intocables y tristes. Este evangelio abre las puertas del corazón a la vida como regalo de amor. Los humanos estamos hechos para vivir intensamente, no todas nuestras experiencias nos enorgullecen, pero sabemos que Dios entrega a su Hijo para salvar la vida que amamos, nos anima y sostiene para hacerla más plena y libre.

QUEREMOS VER

Estos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: “Señor, queremos ver a Jesús” (Jn. 12, 21) No es curiosidad, es un deseo profundo de conocer a ese Maestro que tiene una nueva doctrina. Jesús está preocupado y dice unas palabras desconcertantes que probablemente nadie ha entendido. Pero no ha perdido su atractivo, los griegos se sienten atraídos por ese Maestro que tiene gestos y signos que sí entienden porque transmiten amor.

¿Qué es lo que se encierra en aquel hombre de Dios para que tenga ese poder de atracción? Sólo una cosa: su amor increíble a todos. Jesús insiste en su explicación: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Todos, judíos y griegos, podrán entender muy pronto el misterio que se encierra en su vida y en su muerte.

Hoy todos podemos conocer el amor insondable de Dios, todos somos elegidos por el amor de Dios. Sentirse atraídos por el Crucificado, es el camino para entender la manifestación suprema del Misterio de Dios. Pero, como los griegos, necesitamos ver a Jesús.

«Queremos ver a Jesús», es más que escuchar hablar de Él, o participar en algún acto religioso. Queremos ver a Jesús es el deseo de hombres y mujeres que buscan sentido a sus vidas y anhelan entender la fuerza que encierra su muerte en la cruz. Necesitamos ver que la vida como grano de trigo cae en tierra, muere y da mucho fruto.

¿Cómo podremos esperar una sociedad equitativa si no nos sentimos atraídos por un estilo de vida que necesita ciudadanos como granos de trigo que dan fruto? ¿Cómo vivir en ambientes generosos y respetuosos si no se entrega vida como lo hizo Jesús?

Todo arranca de un deseo de ver a Jesús, para colaborar en su tarea, de vivir con su proyecto, de seguir sus pasos para manifestar cómo Dios nos ama a todos.

Son muchas las oportunidades que, como Felipe, podemos ayudar a más personas a encontrarlo. La tecnología pone a nuestro alcance hechos y experiencias que hablan del amor presente en múltiples circunstancias, noticias de vida con las que podemos hacer que conozcan a Jesús. Como Felipe tenemos amigos que de una u otra forma nos están diciendo lo mismo que decían los griegos: Queremos ver a Jesús, quiere que todos quieran verlo y, para ello, nos invita a compartir su vida y su destino: ocuparnos de lo que se ocupaba Él, tener las metas que Él tenía, ser grano para dar alegría de la cosecha que nuestro entorno quiere ver.

POR LAS VÍCTIMAS

“Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban prender a Jesús a traición y darle muerte. Pero decían: No durante las fiestas; podría amotinarse el pueblo”. (Mc. 14, 1-2) El poder no soporta la manera de vivir de Jesús, siempre de lado de las víctimas y hablando de otro poder al que llama reino de Dios y su justicia. No le importa romper la ley del sábado o las tradiciones religiosas, le preocupa aliviar el sufrimiento de los enfermos y desnutridos. Se identifica con las víctimas del Imperio y los olvidados por la religión del templo. Fue ejecutado sin piedad, con un juicio amañado y opinión pública favorable.

Cuando los cristianos de hoy lo miramos detenidamente, seguimos encontrando en Él a quien es víctima por estar al lado de ellas. Veinte siglos de acomodar doctrinas y practicar ritos sin vida no logran desfigurar al Crucificado, en quien contemplamos el amor hasta la muerte. La crucifixión se convierte en un desafío para los seguidores de Jesús. No podemos adorarlo y vivir de espaldas al sufrimiento de los destruidos por el hambre, las pandemias, las guerras o la miseria.

Como Jesús, contamos con la posibilidad de convertirnos en víctimas por estar al lado de quien nos necesita. Sabemos a qué nos exponemos siguiendo el proyecto del reino de Dios. Encontramos en Jesús la invitación para hacerle presente en la búsqueda de la dignidad para los pobres. No podemos encerrarnos en la sociedad del bienestar ignorando esa otra del malestar.

Dios nos interpela desde los crucificados de nuestros días. No está permitido seguir viviendo como espectadores de ese sufrimiento con una ingenua ilusión de inocencia. Nos hemos de rebelar contra la cultura del olvido donde desaparece todo clamor, gemido o llanto.

En este Domingo de Ramos aclamamos a Jesús porque, como los moradores de Jerusalén, experimentamos su acogida y perdón, nos atrae su luz que inspira fuerzas para afrontar las dificultades de cada día. Agradecemos su amor increíble y su llamada a solidarizarnos para humanizar la vida y hacer realidad su proyecto.

Con Él somos capaces de poner verdad donde hay mentira, de introducir justicia donde hay abusos y crueldad con los más débiles, de reclamar compasión donde hay indiferencia y pasividad ante los que sufren. Este Domingo de Ramos, hagamos una procesión de agradecimiento a la vida sencilla descubriendo su misterio en el amor.

Seguir a Jesús es una tarea apasionante, es difícil imaginar una vida más digna y noble. Pero, tiene un precio. Para seguirlo, es importante «hacer»: hacer un mundo más justo y humano; hacer una Iglesia más fiel y coherente con el evangelio; estar dispuestos a compartir su destino asumiendo ser víctima por las víctimas.

ENTREGA

La vida de Jesús fue una permanente entrega al pueblo pobre. Los evangelios son una crónica de cómo los enfermos, endemoniados y marginados recibieron de Jesús la ayuda que pedían. Hasta el final de su existencia, Jesús entrega todo lo que es, todo lo que sabe, todo lo que tiene. Ahora, se prepara para entregar definitivamente su existencia. Jesús entrega todo, hasta el límite.

El Triduo Pascual es el “memorial” de esos hechos. La Iglesia, nuestra comunidad cristiana, vive ese memorial repitiendo los hechos salvíficos de Jesús. Hoy hacemos “memoria” de aquella primera Eucaristía que Jesús celebró y al mismo tiempo la actualizamos como recuerdo del pasado, como presencia en el hoy de nuestras comunidades, al mismo tiempo nos llena de esperanza y profecía para el futuro. Especial relieve tiene en este día el lavatorio de los pies que centra nuestra atención y nos lleva a dar respuesta a la pregunta que hizo a sus discípulos después del lavatorio de los pies: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Esta pregunta va más allá del jueves y atraviesa toda la economía de la salvación, es como decir: ¿comprendéis el amor que os tengo y de lo que soy capaz de hacer por vosotros?

Hoy resuena en la comunidad el mandamiento nuevo, mandamiento del amor, del amor “como yo los he amado”, “hasta el extremo”, hasta lo inimaginable. Se trata de una proclamación del mandamiento del amor hecha no con palabras sino con el signo práctico del servicio, que entra por los ojos. Amar es servir. Ama quien sirve. Obras son amores. Y concluye Jesús diciendo: “Les he dado ejemplo”. “Ustedes también deben lavarse los pies unos a otros”.

En el contexto de la pandemia por el Covid 19, Jesús nos sigue llamando para que encontremos maneras de ayudar a los demás. Su amor tiene el gran deseo de ver la colaboración de cada uno de nosotros. No lo importa lo poco que cada uno aporte pues Él se encarga de multiplicar lo que damos, como hizo con los panes y los pescados. Estando en comunión con Jesús, tendremos fuerza para ser solidarios servidores de nuestros hermanos.

Todo esto, lo vivimos y celebramos en la Eucaristía del Jueves Santo en que Jesús nos hizo el regalo del sacerdocio ministerial en las personas de aquellos apóstoles, a los que Él había llamado personalmente para que estuvieran muy cerca de Él y para enviarles a predicar. Hoy es un día para reconocer con gratitud el don que el Señor hizo a su Iglesia con el ministerio sacerdotal.

Celebramos a Jesús que ofrece su cuerpo, el mismo que anduvo por los polvorientos caminos de Galilea y ahora por las asfaltadas autopistas del siglo XXI.

DOLOR

Pilato les dijo: «Aquí está el hombre.» (Jn. 19,5) Hoy es el día del dolor. Poetas, escultores, literarios, pintores hacen del dolor centro de su arte; otros, como el personal de los hospitales hacen del dolor su diario campo de trabajo. En el Viernes Santo, hacemos del dolor salvación.

San Juan Pablo II escribe del dolor como sufrimiento salvífico. San Pablo reflexiona sobre el sufrimiento como complemento de la vida. Se puede decir que el dolor es la expresión común de la vida humana, el sufrimiento parece ser, y lo es, inseparable de la existencia terrena del hombre.

El dolor es un tema universal que acompaña al hombre y la mujer a lo largo y ancho del mundo, es la constante de todos los pueblos y común a todas las culturas”. El dolor es hombre, es mujer y se transforma en brillo o llanto en sus ojos, para hacerse sonrisa o dureza en sus labios. El dolor puesto en la cruz se hace Cristo, pero también hombre; por eso decimos a una persona vilipendiada por quienes le rodean que “le han puesto como un cristo”.

Hoy es un Viernes Santo atípico, no tendremos el Dolor-Hombre-Cristo por nuestras calles, el crucifijo no saldrá ni será cargado, el crucifijo no será alegría para quienes ven en él a los dolores y sinsabores de la gente de la calle. Sí, hemos cambiado desde la vez anterior, tenemos nuevas cruces a las que añadimos la cruz colectiva de la pandemia. Este Viernes Santo nos encuentra de mal humor y con mucho miedo a pesar que somos un pueblo amable y emprendedor.

Estamos mirando las cruces de hoy y perdiendo de vista el Crucificado que ha estado siempre presente en nuestra historia. Las cruces de la vida nos dividen, el Crucificado nos une como hermanos. Este Viernes Santo es una oportunidad para esforzarnos en llevar nuestras cruces, propias y colectivas.

Para entender este amasijo de sufrimientos donde se mezclan dolores y alegrías tenemos que volver nuestra mirada al amor, fuente de todo lo que existe, sí también del dolor. No habría dolor ni cruz si no fuese primero el Amor. Cristo nos hace entrar en el misterio del Amor y nos hace descubrir el porqué del sufrimiento, en la medida que comprendemos la sublimidad del amor divino. En la vida humana las limitaciones del amor de cada uno se perfeccionan con el sufrimiento que ama. Así el sufrimiento humano también sube a la cruz y se hace cristo.

Este sufrimiento nos abre las puertas para ser mejores hombres y mujeres y mirar con esperanza la construcción de una sociedad mejor, gracias al Covid-19.

FIELES SEGUIDORES

¡El Señor ha resucitado! ¡Id a anunciarlo! (Mt.28.16-20) Esta es la gran noticia, la infaltable, la imprescindible, sin ella no es posible la alegría y la esperanza. Éste es el día en que actuó el Señor. Como integrantes de esta comunidad cristiana nos saludamos en esta fe y compartimos con alegría las fiestas pascales.

Sabemos que celebrar la resurrección del Señor es buscarlo con ilusión para verlo resucitado entre los vivos y comunicar al mundo este gran hallazgo. Muchos lo vieron morir, nadie lo vio resucitar. Resucitado, sí; pero no como un fenómeno experimentable en el laboratorio o en el ámbito de las experiencias humanas; no se trata de ciencia, sino de fe.

Celebremos jubilosamente la Pascua, celebremos que en medio de la Covid-19, de nuestras más oscuras noches de desesperanza o falta de amor, estalla con fuerza la gran luz del Cristo. Creemos que la resurrección no es un privilegio sólo para Él, sino que Él ha sido el primero en abrirnos las puertas a la vida plena, a la resurrección.

Lo dice San Pablo en la carta a los Romanos: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él”. Nuestra fe no es el seguimiento de ideas, una doctrina o un libro; tampoco es la celebración de un hecho pasado, evocamos a Jesús que está presente en medio de nosotros aquí y ahora. Sabiendo eso, nos sentimos llamados a ser portadores de esta buena noticia a todos los hombres y mujeres de nuestro mundo.

Que la alegría pascual nos anime a ser, cada vez, más fieles seguidores de Cristo y testigos creíbles para que otros, viendo la novedad de nuestras vidas, se animen a seguirlo. La Pascua de Cristo no evita la lucha frente a las dificultades, en cambio, nos da fuerza y nos hace gozar de su gracia, amistad y energía para ser militantes en la defensa de la verdad y la libertad hasta el final en esta lucha inevitable.

La Pascua es novedad, ilusión, crecimiento, progreso, optimismo y alegría, no porque todo está hecho, sino porque Cristo con su triunfo nos da la garantía de nuestra victoria final. Este tiempo está invadido por la energía del Señor resucitado que contagia su fuerza a los que quieran dar con Él el paso de la costumbre a la vida nueva del amor y la solidaridad.

Animados por el Papa Francisco, sentimos la urgencia de construir un mundo mejor. Para nosotros, todo se ilumina al contemplar la sociedad desde la Pascua. Si Cristo inauguró los tiempos nuevos, los cristianos no podemos descansar hasta que triunfen los valores del Señor resucitado: libertad, justicia, amor y solidaridad. ¡Felices Pascuas!

PAZ

“Paz a vosotros” (Jn. 19, 19) El máximo deseo del Resucitado para todos los hombres es la paz. Es el saludo que sale siempre de sus labios: “la paz con vosotros”. Sólo cuando lo ven resucitado, en medio de ellos, el grupo de discípulos se transforma. Recuperan la paz, desaparecen sus miedos, se llenan de una alegría desconocidas, notan el aliento de Jesús sobre ellos y abren las puertas porque se sienten enviados a vivir la misma misión que Él había recibido del Padre.

Hoy suena en nuestros oídos la voz del Resucitado “Paz vosotros” y podemos preguntarnos si tiene el mismo efecto que en María Magdalena o Tomás; una, por amor que nace del perdón, el otro por constatación humilde de la realidad. La vida de los dos experimenta una paz honda y un regocijo incontenible; el miedo continúa, pero no destruye. Necesitamos prestar atención a ese saludo para descubrir sus efectos: la confianza y capacidad de superar el ambiente negativo que crece en la sociedad por miedo al COVID 19.

La paz no es un objetivo final sino una tarea diaria que se construye con encuentros, caminos de diálogo, apertura a la negociación, reconocimiento del otro. Con frecuencia, la idea de la resurrección de Jesús y su presencia en medio de nosotros es más una doctrina pensada y predicada que una experiencia vivida.

Hacer de la «Paz a vosotros» un estilo de vida no es desconocer los problemas ni convertirnos en hombres y mujeres que esperamos soluciones divinas, sino ser capaces de sonreír con la mascarilla puesta y comunicar la alegría con los ojos.

Los discípulos se encuentran con quien los había llamado y al que habían dejado solo. Las mujeres abrazan al que había defendido su dignidad y acogido como amigas. Pedro llora, ya no sabe si lo quiere más que los demás, sólo sabe que lo ama. María de Magdala abre su corazón a quien la había seducido para siempre. Los pobres, las prostitutas y los indeseables lo sienten de nuevo cerca, como en aquellas inolvidables comidas junto a Él.

El alcance de ese ambiente evangélico roza nuestras manos, hagámoslo realidad, no puede quedar solo como un recuerdo histórico. La paz del Resucitado es para antes, ahora y después; hay que vivirla al estilo del momento. El Resucitado nos invita a buscar caminos de paz, de suma de oportunidades, de estímulos creativos. Hemos de creer más en la eficacia del diálogo pacífico que en la confrontación; de confiar más en los procedimientos humanos y racionales que en las acciones de defensa. Para ello Jesús nos dice: “Paz a vosotros”

RECONOCIDO

“En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan”. (Lc. 24,35) Se ha señalado con razón que los relatos pascales nos describen el encuentro del Resucitado con los suyos en el marco de una comida.

El relato más significativo es el de los discípulos de Emaús, aquellos caminantes cansados que acogen al compañero desconocido y se sientan juntos a cenar, lo reconocen “al partir el pan”, término técnico empleado en las primeras comunidades para designar la cena eucarística.

La eucaristía es lugar privilegiado para que los creyentes abramos los ojos de la fe y nos encontremos con el Señor que alimenta y fortalece nuestras vidas con su mismo cuerpo y sangre. Es el Resucitado quien se hace presente en medio de nosotros, ofreciéndose sacramentalmente como pan de vida. Es a partir de aquí que la comunidad comienza a entender el verdadero misterio de la presencia de Cristo en la eucaristía, la comunión no es sino la anticipación sacramental de nuestro encuentro definitivo con el Señor resucitado.

El Resucitado es quien anuncia al Padre que ama a los pobres y perdona a los pecadores y se presenta a la comunidad mostrando sus manos y pies de crucificado. Es allí donde los discípulos encuentran la fuerza salvadora de Dios.

Como los discípulos de Emaús, tenemos días en los que caminamos tristes y desesperanzados; el Covid-19 aumenta la incertidumbre y el miedo. Están las dudas de siempre. Hoy también escuchamos las palabras del Resucitado: ¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen tantas dudas en vuestro corazón? Necesitamos la experiencia de caminar por la vida acompañados por alguien con quien podemos contar y en quien confiar. Sólo Él nos puede hacer vivir, amar y esperar, a pesar de nuestros errores, fracasos y pecados.

Para encontrarnos con Él, tenemos que descubrir las manos que bendecían a los enfermos y acariciaban a los niños, los pies cansados de caminar al encuentro de los más olvidados; descubrir sus heridas y su pasión.

El mundo de hoy no requiere palabras, teorías o discursos. Necesita vida, esperanza, sentido, amor. Hacen falta testigos de Jesús que enseñen a vivir de otra manera, con un compromiso claro para ser acompañar a quienes se sienten maltratados por la vida, testigos que contagian solidaridad y confianza a quienes se sienten solos.

El evangelio de hoy nos invita a preguntarnos si el Resucitado cuenta con nosotros para despertar la confianza que nace de caminar en la vida con la certeza de que tenemos el mejor compañero de camino y contamos con su oferta de “ser comida”.

BUEN PASTOR

“Yo soy el buen pastor.” (Jn. 10,11) La figura de Jesús como buen pastor era común entre los primeros cristianos. En las catacumbas de Roma se lo representa cargando sobre sus hombros a la oveja perdida. Su primer rasgo es que se preocupa por sus ovejas, nunca las abandona o las olvida, es bueno, vive pendiente de ellas, está atento a las más débiles o enfermas.

“El pastor bueno da la vida por sus ovejas”, es el segundo rasgo. El amor de Jesús no tiene límites. Los cristianos aprendieron a dirigirse a Él con palabras tomadas del Salmo 22: “El Señor es mi pastor, nada me faltará; aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo. Tu bondad y misericordia me acompañan todos los días de mi vida”.

Los cristianos necesitamos tener una experiencia más viva y entrañable con Jesús. Con frecuencia se nos olvida que podemos acudir a Él cuando nos sentimos cansados y sin fuerzas o perdidos y desorientados. Al buen pastor no se le reconoce en una sociedad de masas donde las personas no logran crear identidad propia, hay demasiadas voces que no dejan escucharle. La publicidad y la comunicación lo sustituyen. Hábitos, costumbres, ideas, valores, estilos de vida requieren cambios para lograr una sociedad con personas que toman decisiones solidarias y creativas. Los cristianos creemos que sólo Jesús puede ser un guía definitivo pues nos enseña a vivir y descubrir día a día la manera más humana de hacerlo.

Seguir a Jesús, como buen pastor, es vivir siguiendo sus mandatos y esforzarnos para que más personas los sigan. Nos ayuda a crear el clima de acercamiento y escucha mutua que necesitamos en nuestra sociedad para la convivencia ciudadana y seguridad personal; nos enseña el diálogo humilde que tanto necesitamos.

El buen pastor es una bella imagen de Jesús que llama a la comunión fraterna y crea cercanía que comparte vida. En estos momentos, necesitamos aunar fuerzas, buscar juntos criterios evangélicos y líneas maestras de actuación para saber en qué dirección hemos de caminar de manera constructiva. Como buen pastor, Jesús nos enseña a dar vida, curar, perdonar, entregarse, desvivirse, terminar crucificado por las ovejas.

La vida no tiene muchas veces nada de excitante, está hecha de repetición y rutina. Pero es nuestra, somos seres cotidianos y en esa cotidianidad encontramos en el buen pastor la valoración de lo ordinario, los signos pequeños de amor, el detalle del cuidado, el sabernos protegidos.

SIN MÍ

“Porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn. 15,5) En vísperas de su muerte, Jesús revela a los discípulos su deseo más profundo y les dice: “Permaneced en mí, porque sin mí no podéis hacer nada “. Conoce sus limitaciones, sabe que sin Él no podrán cumplir su propósito de seguirle. Sus palabras no pueden ser más claras y expresivas: “Sin mí no podéis hacer nada”. Es necesario mantenerse firme en lo vivido junto a Él, la experiencia de su amor hará que la vida no sea estéril.

Todos tenemos un deseo intenso de vida feliz y cumplimiento de nuestras aspiraciones. Hay dentro de nosotros algo que quiere que todo salga bien. Sin embargo, la vida no cambia fácilmente. Parece que nuestros compromisos

para mejorar el mundo terminan sin lograr los resultados anhelados. ¿Quién no ha tenido la impresión de que el esfuerzo y trabajo no sirven para nada?

Jesús nos recuerda que la misión de mejorar el mundo es su mandato y que, si cuenta con nosotros, tenemos que contar con Él para lograrlo. No solo pide a los apóstoles que permanezcan en Él, les dice también que “sus palabras queden en ellos”, que no las olviden, que vivan su evangelio. Él es la fuente de la que han de beber. Ya les había dicho en otra ocasión: “Las palabras que os he dicho son espíritu y vida”.

Una de nuestras mayores debilidades es practicar una religión de la que sabemos mucho, pero tenemos poca experiencia de vida. Nuestra fe es más una respuesta a las grandes preguntas de la humanidad que a los acontecimientos cotidianos. Jesús nos dice que contemos con Él para enfrentarnos a los problemas. La experiencia de la enfermedad y miedo social en este tiempo de pandemia nos pone delante sus palabras: “Sin mí no podéis hacer nada”.

Empezamos a descubrir a Jesús cuando ponemos en Él fuerza y alegría, cuando no lo vemos como Dios que decide sino como amigo que nos ayuda a enfrentar las limitaciones humanas y a poner nuestra esperanza más allá de la impotencia.

Con frecuencia, el problema no es vivir envueltos en dificultades y conflictos constantes, no es ni siquiera la pandemia, es no tener la fuerza interior para enfrentarnos a la vida, tal como es. Jesús nos dice que para vivir con plenitud contemos con Él, con su fuerza y alegría. La experiencia diaria nos hace pensar en la verdad de sus palabras: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada”. ¿No es esa la raíz más profunda de nuestra debilidad: el creer que no lo necesitamos?

AL ESTILO DE JESÚS

“Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado.” (Jn.15,12) No se trata de una frase más, este mandato, cargado de misterio y promesa, es la clave del cristianismo. Tocamos aquí el corazón mismo de la fe, el criterio último para discernir su verdad.

Jesús tiene un estilo de amar inconfundible, sensible al sufrimiento de la gente; le sale desde dentro su amor por los necesitados, no pasa de largo ante quien le pide algo. Quien ama como Él, vive secando lágrimas y repartiendo sonrisas. Jesús no quiere que su estilo se pierda; si algún día sus seguidores se olvidan de amar así, nadie los podrá reconocer como discípulos suyos.

“Permaneced en mi amor” es lo primero, un estilo que marca a sus discípulos. Hoy, ser cristiano no es un asunto doctrinal; sus discípulos experimentan incertidumbre, conocen conflictos y tienen dificultades de todo orden, lo importante es no desviarse de ese amor.

Muchas veces, hablamos del amor sin saber lo que es. Las personas aman y luego lo dejan o lo cambian. ¿Pero, qué es en realidad? ¿Cómo es y cómo se vive uno verdadero? Cada uno encierra en esta palabra su propia experiencia.

El amor de Jesús es claro, lo define su estilo: donde lo hay, existe una entrega generosa, respeto, cuidado del otro, fidelidad, perdón, ternura. Quien se siente cristiano sabe, además, que su amor puede y debe inspirarse en su estilo de amar. Nos lo recuerdan sus palabras: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

Quizás los cristianos de hoy pensamos poco en la alegría de Jesús cuando enseña el camino del amor. No hemos aprendido a disfrutar la vida siguiendo sus pasos. Sus llamadas a buscar la felicidad en su estilo de amor se han perdido en el vacío, tal vez porque los hombres y mujeres seguimos obstinados en pensar que el camino más seguro de encontrar la felicidad es el que pasa por el poder, el dinero o el placer inmediato.

Amar al estilo de Jesús es la felicidad de quien vive con confianza, aprecia la vida como un don que se disfruta regalándolo y que la existencia entera es gracia que se corresponde con alegría. Es crear condiciones para que los necesitados y aquellos que sufren crezcan y se desarrollen de manera digna y sana. He aquí la clave del evangelio: sólo es feliz quien hace un mundo más feliz; sólo conoce la alegría quien sabe regalarla; sólo vive quien hace vivir.

PROCLAMAD

“Id al mundo entero y proclamad el evangelio a toda la creación”. (Mc. 16;15) Quienes se acercan hoy a una parroquia cristiana, urbana o rural ¿con qué se encuentran? ¿identifican con claridad en sus gentes las prácticas religiosas o la alegría de la buena noticia del evangelio? Es más, ¿encuentran resultados del impacto provocador de Jesús que hace veinte siglos ordenaba: proclamad el evangelio?

Muchos cristianos no conocen directamente el evangelio, lo que saben de Jesús y su mensaje es lo que recuerdan de la catequesis de primera comunión. ¿Qué pueden proclamar? Sabemos que el evangelio es el camino para una mejor sociedad, solo su fuerza puede regenerar el tejido en crisis de nuestras comunidades. Cuando las dificultades nos obligan a centrarnos en lo esencial, vemos con claridad la necesidad de vivir la vida como una buena noticia que irradia y contagia. No es necesario convencer sino invitar.

Tiene razón el papa Francisco cuando dice que el motor de la renovación social lo encontramos en la frescura de seguir el camino de las enseñanzas de Jesús. Esta frescura de una nueva sociedad está llena de buenas noticias que aportan luz, despiertan alegría, dan un sentido nuevo a todo, animan a vivir de manera más abierta y fraterna. Esto y más es lo que Jesús nos pide proclamar porque es bueno para todos. Actuar así trae salud, perdón, verdad, fuerza interior, esperanza. ¡Es una suerte encontrarse con personas frescas y motivadas por el bien para todos!

Para proclamar el evangelio debemos sanear nuestras vidas y eliminar aquello que nos vacía de esperanza. Cuando nos dejamos dominar por el desencanto, pesimismo o la resignación, no somos capaces de ayudar a los demás y crear un entorno social positivo. Proclamamos el evangelio cuando dominamos el derrotismo en estos tiempos de pandemia, confiamos en nuestras posibilidades y superamos el miedo a la enfermedad e incertidumbre.

Esta sociedad agobiada por la pandemia, el desempleo, escepticismo y la desinformación, necesita que los creyentes sean herramientas de racionalidad y generosidad, que gestionen comportamientos personales y colectivos, que hagan posible alternativas reales para la solidaridad, para aliviar y resolver conflictos. Hay que darle espacio a la esperanza y renunciar a la violencia. No es momento de permanecer pasivos mirando lo que pasa en nuestro entorno y ver cómo se sufre sino de comprometerse activamente en la construcción de una nueva forma de vivir con la esperanza puesta en el Señor.

RECIBIR EL ESPÍRITU

“Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn. 20,23) Poco a poco perdemos nuestra privacidad y vivimos mirándonos en las pantallas que nos conectan a las redes sociales. Parecería que ya no necesitamos meditar, sentirnos como personas capaces de ver lo que hay dentro de nosotros. Nos basta con vivir entretenidos disfrutando la magia del internet. Nos contentamos con funcionar estando vacíos interiormente. Sabemos vivir sin raíces y metas.

Queremos sentirnos bien, de lo mejor, pero ¿sentir qué? Buscamos disfrutar intensamente de la vida, sacarle el máximo jugo, no nos satisface solo con pasarlo bien. ¿Quién saciará nuestra sed de felicidad?

Hablar del Espíritu Santo es referirnos a lo que podemos experimentar con Él en nosotros, actuando en nuestra vida con su fuerza, su luz, su aliento, su paz, su consuelo; es la fuente de vida que llena nuestro interior.

Cuántas veces hemos escuchado la frase “Dios me ama” y experimentado la dignidad con la que se dice, la fuerza de quien lo dice, la ayuda que se constata y habla de su presencia en quien lo siente, la facilidad con que se lleva al interior de uno mismo. El Espíritu conduce a la persona a vivir de forma diferente: desde una verdad más honda, una confianza más grande, un amor más desinteresado. Traspasa y despierta los sentidos, reaviva la capacidad de amar.

Nadie vive privado del Espíritu de Dios, lo acogemos cuando amamos la vida. La fiesta de Pentecostés nos enseña a enfrentarnos con ánimo a los problemas y buscar lo bueno para todos, a vivir confiados en el amor del Padre e Hijo.

El Espíritu Santo abre nuestros oídos para escuchar su llamada desde las interrogantes del futuro, los sufrimientos, conflictos y contradicciones de hombres y mujeres de nuestros días. Nos enseña a mirar el mundo al estilo de Jesús. Cambia nuestro corazón para acoger a los que sufren, lloran, caen, viven solos y olvidados. Sí, también cambia nuestra mirada porque actúa desde nuestro interior.

Nos reconocemos como hombres y mujeres frágiles, mediocres y pecadores, llenos de arrogancia y falsa seguridad. Aprendamos, con el Espíritu Santo, a caminar con más verdad y humildad.

SER SANTOS

Los primeros cristianos la llamaron boeteia “la que trae el auxilio del cielo”. Es la defensora en los momentos difíciles. Para Don Bosco, María Auxiliadora es la que hace todo, la que cambia la tristeza en alegría, es madre y auxilio. El Oratorio no se entiende sin la Auxiliadora. Los oratorianos no son lugares para huérfanos, no están en un orfanato, tienen una madre y ella tiene una casa que

es el Oratorio de Don Bosco en Valdocco. Es quien trae a Jesús para que sea un oratoriano entre oratorianos.

María Auxiliadora es la madre, lo demás (estudio, juego, trabajo o desarrollo) viene después. Es la que intercede por sus hijos cuando están en dificultades. Don Bosco experimenta su poderosa ayuda y educa a sus alumnos para que acudan a ella en cada necesidad y problema. Hoy volvemos los ojos a María Auxiliadora para contarle nuestras historias. Algo muy grande sucede en nuestras vidas cuando después de dos mil años seguimos sintiendo que ella es la Madre Auxiliadora más que nunca. En momentos en que no se sabe qué camino seguir, nos indica cuál es el seguro; es la puerta que se abre y guía de nuestros pasos.

Don Bosco fue genio de lo concreto, de hacer de la vida un motivo permanente para la fiesta, para estar alegres y felices. Generaciones de exalumnos y jóvenes, hombres y mujeres, llevan grabado en el corazón el amor a la Auxiliadora y la certeza de que, confiando en ella, se descubre en la vida qué son realmente los milagros, como el mismo Don Bosco ha prometido.

Nos acogemos bajo su manto, “salud de su pueblo y estrella del mar tempestuoso”; le pedimos que nos enseñe a decir sí cada día y a ser generosos. Ser santos en tiempos de cólera es lo que Don Bosco propuso a sus muchachos durante la peste de Turín. Ser santos en tiempos de coronavirus es nuestro pedido a María Auxiliadora para defender ideales, practicar la caridad, alegrar la vida y aprender de Jesús. Le pedimos que nos enseñe a ser generosos y a acompañar a quienes sufren por la pandemia. Ser humildes, fuertes y robustos en tiempos de peste es lo que la Virgen pidió a los oratorianos y a nosotros en tiempos de pandemia.

La Auxiliadora deja un espacio en los recuerdos y un hueco en el corazón de quienes fueron alumnos de Don Bosco y la Madre Mazzarello. Pasados los años, el 24 de mayo evoca experiencias y emociones unidas a la fiesta de María Auxiliadora. En este su día, renovemos nuestra confianza en la bondad y poder de María, nuestra Auxiliadora. ¡Ella nos conseguirá gracias extraordinarias y nos dará certezas en medio de un mar de incertidumbres!

ALGUNOS DUDABAN

“Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaban”. (Mt.28-17) Habían visto milagros, escuchado palabras maravillosas y, sin embargo, dudaban al verlo. Con todo, cumplen su mandato y van saliendo de la indecisión al sentirlo a su lado en el trabajo de anunciar al mundo que Dios ama a todos.

Hoy para muchos la vida se desarrolla con una fe débil y superficial en donde Dios es algo lejano y vago. La vida se llena rápidamente de todo menos de la experiencia de Dios - amor. ¿Cómo aprender a vivir con gozo la experiencia del amor de Dios? Quizás el gesto primero y más espontáneo del hombre y la mujer actual sea comprometerse para construir un mundo de amor. La duda de la que nos habla Mateo no es impedimento para hacerlo.

Probablemente, debemos redescubrir, antes que nada, que Dios en su realidad más profunda es amor, es Trinidad; es decir, no es algo frío e impersonal, un ser solitario e inerte, sino vida compartida, amor comunitario, amistad gozosa, ternura y vida en plenitud. El Dios - Amor es Trinidad.

Sólo aquel que sabe de amor tiene experiencia de Dios, aunque esté lleno de dudas. Quien es capaz de vivir incondicionalmente la amistad, de irradiar amor y bondad en esta sociedad egoísta, de poner un poco de justicia y ternura, puede encontrar a Dios en los caminos de su existencia. Nuestras jornadas están llenas de marcas con la señal del cristiano que ilumina nuestro caminar. La señal de la cruz, que tan frecuentemente hacemos, nos recuerda a un Dios cercano, entregado por nosotros. Esa cruz nos da esperanza, nos enseña el camino, nos asegura la victoria final en Cristo resucitado.

El gesto con el que nos marcamos como cristianos unifica nuestras actividades para vivir desde una confianza total en el Padre, siguiendo fielmente al Hijo encarnado en Jesús, dejándonos impulsar por la acción del Espíritu en nosotros.

Este gesto que se realiza tantas veces en la familia ecuatoriana invita a vivir los valores de nuestra cultura. La bendición a los hijos al salir de casa, a la mesa antes de comer, al iniciar el trabajo y tantos otros momentos, hablan del Dios Trinitario y nos coloca en sus manos. Este gesto tiene un significado profundo de fe y confianza que nos hace conscientes de nuestra limitación y necesidad de ayuda.

En esta fiesta de la Trinidad hemos de recordar que su misterio se expresa desde los signos de amor que se mezclan en nuestra vida con nuestra tradicional bendición. Queremos vivir “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

COMER

“¿Dónde está mi sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos? (Mc. 14,14) Los discípulos son invitados a «comer la Pascua». Jesús creó un clima especial en aquella cena de despedida que compartió con los suyos la víspera de su ejecución. Sabía que era la última. Ya no volvería a sentarse a la mesa con ellos hasta la fiesta final junto al Padre.

Quería dejar grabado en su recuerdo lo que había sido siempre su vida: pasión por Dios y entrega total a todos. Esa noche lo vivía todo con tal intensidad que, al repartirles el pan y distribuirles el vino, dijo estas palabras memorables: “Así soy yo. Os doy mi vida entera. Mirad: este pan es mi cuerpo roto por vosotros; este vino es mi sangre derramada por todos. No me olvidéis nunca. Haced esto en memoria mía. Recordadme así: totalmente entregado a vosotros. Esto alimentará vuestras vidas”.

Los apóstoles se sienten llevados por la memoria a la Pascua de Moisés. El recuerdo de la liberación de Egipto es la experiencia de esclavos que comenzaron a sentirse pueblo “comiendo juntos” y marcándose con la sangre del cordero que comían; ahora Jesús les habla de otra experiencia, de otra comida

para formar el Pueblo de Dios. Desde aquella noche, para sus seguidores, “comer la Pascua” ya no es lo mismo.

Los primeros cristianos tenían muy presente aquella noche y el mandato de “haced esto en memoria mía”; la llamaban «la cena del Señor» o incluso «la mesa del Señor». Actualizaban la cena que Jesús compartió con sus discípulos la víspera de su ejecución. Hoy seguimos haciendo memoria de este Jesús al que seguimos.

Tal vez se nos escape el sentido de “comer” que tenía entre los judíos, pero es una palabra especial que motiva nuestro sentir andino de familia y que está grabada dentro de nosotros: como vida. También para nosotros la comida viene de Dios.

Reafirmamos lo que somos cuando hacemos memoria del “tomad y comed”, nos encontramos con ese yo que se sienta a la mesa en actitud de acción de gracias y de compartir con los hermanos. Celebramos la eucaristía haciendo memoria de Jesús y reafirmarnos nuestra opción por seguir sus pasos.

Recuperar la misa como la invitación de Jesús a “comer” es tarea de nuestra comunidad cristiana para sentirse protagonista de unión y solidaridad con los demás y en comunión con Dios. Tomar en las manos nuestra identidad comunitaria es necesario para construir ámbitos humanos de convivencia y ganar espacio social a la pobreza y al hambre que crecen entre los marginados. Tarea para la que Jesús nos da su fuerza cuando comemos su cuerpo y bebemos su sangre.

¿NO TE IMPORTA?

“¿Maestro, no te importa que nos hundamos?” (Mc. 4, 38) El relato es breve. Todo comienza con una orden de Jesús: “Vamos a la otra orilla”. Los discípulos saben que en la otra orilla del lago Tiberíades está el territorio pagano de la Decápolis, un país diferente y extraño. Una cultura hostil a su religión y creencias.

De pronto se levanta un fuerte huracán y las olas rompen contra la frágil embarcación. Los discípulos luchan impotentes contra la tempestad. Jesús duerme tranquilamente. Aterrorizados, lo despiertan. No entienden su aparente despreocupación, lo único que ven es que no le importa lo que pasa. Están llenos de miedo y nerviosismo: “¿Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?, le dicen”.

El evangelista San Marcos describe el episodio para despertar la fe de las comunidades cristianas que viven momentos difíciles. El relato no es una historia tranquilizante para los cristianos. La pregunta de Jesús es decisiva en tiempos difíciles: “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?” Tenemos miedo a la indiferencia generalizada que ignora a Jesús, aceptamos vivir la fe sin molestar a una sociedad pagana.

La tempestad les lleva a acudir a Jesús, lo hacen por miedo, pero experimentan en Él una fuerza salvadora que no conocían. Algo decisivo se ha producido en ellos, comienzan a intuir que con Jesús todo es posible, también la Decápolis pagana entra en sus planes para anunciar el Reino de Dios.

Jesús sigue llamando a “pasar a la otra orilla” para sembrar humildemente su Buena Noticia en un mundo indiferente a Dios, pero necesitado de esperanza. El ambiente del “reino del hombre” crea tempestades en la fe de la comunidad, pero Jesús no ha abandonado a su Iglesia, su presencia fortalece nuestra fragilidad e impulsa respuestas creativas para responder a la presencia del egoísmo y la corrupción que crecen, compran y venden para conseguir la satisfacción del poder y el dinero.

El Papa Francisco nos pone delante la misión de ser portadores de esperanza en nuestro entorno social de amigos y vecinos, ser el viento que empuja a cuidar nuestra casa común. Nos habla de un quehacer lleno de optimismo, de ser hombres y mujeres que, con Jesús a su lado, son capaces de calmar tempestades y abrirse al mundo que necesita solidaridad y defensa de la vida. Ayudar a superar los miedos e incertidumbres es tarea de los cristianos, es pasar a la orilla de quienes nos necesitan.

Las preguntas de Jesús suenan hoy en nuestros oídos con la misma fuerza con la que San Marcos hizo a las primeras comunidades cristianas para hacer del mundo el Reino de Dios.

VEN

“Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva” (Mc. 5, 23) Jairo viene de vuelta de la sinagoga. A pesar de ser jefe de esa institución, no ha encontrado allí la salvación para su hija. El judaísmo no conduce a la vida, su hija está abocada a una muerte irremediable. Desesperado y desilusionado con aquel viejo sistema, acude a Jesús buscando salvar a su hija y, estando con Él, se entera que ha muerto: ¿Para qué molestar más al maestro?, le dicen. Nos podemos identificar con quienes piensan que se molesta al maestro pidiéndole vida. Como la gente que acompañaba a Jairo, esperamos un milagro. Nos preguntamos ¿qué le hubiera costado curarla? Y comienza la tira de porqués de la vida que resultan duros y vacíos. Necesitamos un milagro. Es algo así como decir “porque me amas, hazme el favor que te pido”.

Dios no se dedica a cambiar el rumbo de las cosas e impedir lo malo que nos pasa. Entonces, nos asalta una duda: ¿Para qué sirven las oraciones pidiendo salud, trabajo, serenidad, entre otras tantas otras cosas?

Jesús invita a Jairo a no caer en la trampa de la oración sin fe. El que reza no ha de caer en el engaño de fabricarse un Dios a su gusto y para su uso particular. En el fondo, rezar es ponerse en sus manos. Marcos describe en su relato dos reacciones diferentes ante la oración de Jairo, preocupado sólo por la salud de su hija. Sus criados le invitan a la resignación: “Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?”, mientras que la de Jesús le invita a la confianza “No temas; basta que tengas fe”. Los creyentes saben que algo les puede salvar, reconstruir y liberar de aquello que les impide vivir.

Este evangelio acentúa lo que dice Jesús: “tu fe te ha curado” y nos invita a no olvidar nunca esta verdad. La fe es el mejor estímulo para vivir de manera digna y esperanzada. La oración verdadera nos lleva a afrontar la dureza de la vida y lo más importante, a empeñarnos en su transformación. Atrévamonos a creer que la fe sigue siendo la fuerza sanadora que encierra el corazón y la oración el camino para ponernos y sostenernos en manos de Dios.

EL CARPINTERO

¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón?” (Mc. 6,3) Jesús no es un sacerdote ocupado en cuidar y promover la religión. Tampoco es un maestro de la ley. Sus vecinos lo conocen como el carpintero y tienen curiosidad por conocer lo que dicen de Él y las curaciones que hace. Parece profeta, ¿pero de dónde saca todo eso?

Sabe que le espera una vida difícil y conflictiva. No sospecha todavía que será rechazado precisamente entre los suyos. Sus vecinos y familiares apenas le escuchan, lo conocen desde niño: es un vecino más. Aquellos campesinos creen que saben todo sobre Él. Se han hecho una idea desde que era pequeño. En lugar de acogerlo tal y como se presenta ante ellos, quedan bloqueados por su imagen, lo cual les impide abrirse al misterio que se encierra en Jesús.

Según los relatos evangélicos, la verdadera dificultad para acogerlo es pensar que sabemos todo de Él. Lo aprendido en la catequesis condiciona nuestra forma de vivir la fe. En realidad, casi no lo conocemos, tenemos la idea de un amigo del que nos han hablado, pero con el que no nos hemos relacionado. A muchos hombres y mujeres de hoy no les ayuda el conocimiento de la doctrina, las explicaciones de los sermones o conferencias.

Necesitamos encontrarnos con el carpintero en las experiencias más normales de nuestra vida cotidiana. Él es el Dios humilde y cercano que, desde el misterio mismo de la vida ordinaria y sencilla, nos invita al diálogo. Necesitamos hablar con Jesús en nuestras tristezas inexplicables, cuando sentimos una felicidad insaciable o el desengaño de un amor frágil; en las añoranzas y anhelos, en las preguntas más hondas, en nuestro pecado más secreto, en nuestras decisiones más responsables, en la búsqueda sincera. Creemos conocerlo, pero no hemos tratado con Él.

El Jesús que conocemos por la catequesis es demasiado infantil y superficial, por ello ¿No es extraña nuestra falta de fe en su fuerza para transformar nuestra vida? Conocer a Jesús es acercarnos cada vez más a su misterio; es encontrarnos con un hombre movido sólo por el amor. Sintonizar con Él teniéndolo como amigo es comenzar a entender nuestra vida de otra manera.

A Jesús no se le puede entender desde fuera. Hay que entrar en contacto, dejar que vaya introduciendo poco a poco en nosotros cosas tan decisivas como la alegría de vivir, la compasión, la bondad o la voluntad de crear un mundo sincero. Hay que dejar que nos muestre el camino para sentir la presencia amistosa y cercana de Dios.

Nuestra vida comienza a cambiar el día en que descubrimos que Jesús es alguien que nos enseña a vivir siendo nuestro vecino, el carpintero, el hijo de María.
Comenta: “En línea con Jesús”

POCAS COSAS

¡“Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto” (Mc. 6. 8-9). Jesús envía a predicar la conversión y dice a sus discípulos que lleven pocas cosas. Para ser testigos de Jesús no necesitan nada, los quiere libres y sin ataduras, siempre disponibles, sin instalarse en el bienestar y confiando en la fuerza del evangelio.

¿Qué ha podido pasar para distanciarnos tanto de aquel proyecto inicial de Jesús? ¿Dónde ha quedado el encargo del Maestro? ¿Quién sigue escuchando hoy su deseo? Queda claro que el evangelio es anunciado por aquellos que viven con sencillez. Hombres y mujeres libres que conocen el gozo de caminar por la vida sin sentirse esclavos de las cosas. Esta sociedad necesita descubrir que hay que volver a lo sencillo de la vida.

No basta con aumentar la producción, alcanzar un mejor nivel de vida, ganar o comprar más y más cosas para lograr mayores comodidades. Quienes viven una vida sencilla y una solidaridad generosa son los que mejor predicán hoy la conversión que más necesita nuestra sociedad.

Somos una generación educada en la seguridad, estudiamos y trabajamos para tener siempre más. Nos resulta difícil entender que lo importante no es el éxito sino la paz y serenidad del amor. Descubrimos que el evangelio penetra en la sociedad, no tanto a través de medios eficaces de propaganda, cuanto por los testigos que viven fielmente el seguimiento a Jesucristo. Esta sociedad necesita, como nunca, el impacto de hombres y mujeres que sepan vivir el evangelio con pocas cosas, creyentes capaces de demostrar que la felicidad no está en acumular bienes.

El estilo de vida que nos propone el evangelio de este domingo es desafiante y provocativo. El mundo nuevo que busca Jesús se construye con sencillez, su proyecto de vida descubre lo esencial: el reino de Dios y su justicia. Necesita-

mos hombres y mujeres que vivan y disfruten con generosidad compartiendo las pocas cosas con las que caminan por la vida. Ahora nos toca proclamar el amor de Dios que vive en nosotros. Somos conscientes que tenemos dificultades, Jesús nos indica lo que es necesario para proclamar la Buena Noticia desde nuestra realidad. Las personas de nuestro entorno y el amor que les tenemos nos llenan de fuerza para comprometernos con su proyecto. Como a los discípulos, Jesús nos advierte cómo son las cosas para que nada nos tome por sorpresa pues la evangelización se hace en libertad.

Descubriremos que somos capaces de llevar su mensaje a las personas que amamos y a aquellas que nos miran y se preguntan quién nos da la fuerza para que nuestra vida sea creíble.

OVEJAS SIN PASTOR

“Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma”. (Mc. 6. 34) Marcos describe con todo detalle la situación. El propósito de Jesús queda frustrado. La gente descubre su intención de descansar con los apóstoles y se les adelanta corriendo por la orilla. Cuando llegan al lugar, se encuentran con una multitud venida de todas las aldeas del entorno.

¿Cómo reaccionará Jesús? Lo primero que destaca el evangelista es la mirada de Jesús. Los mira detenidamente y se conmueve. Su corazón intuye la desorientación y el abandono en que se encuentran los campesinos de aquellas aldeas.

Jesús lo vive todo desde la compasión. Es su manera de mirarnos, no sabe hacerlo con indiferencia. Así lo recuerda el hombre y la mujer que acude a Él. A Jesús le conmueven las personas que encuentra en su camino: los enfermos que le buscan, los indeseables que se le acercan, los niños a los que nadie abraza; siente compasión por la gente que vive desorientada y no tiene quien la guíe y alimente.

Cuántas veces nos sentimos solos, sin que nadie de nuestro entorno tenga tiempo para escucharnos. Conocemos esposas y esposos que sufren sin ayuda alguna el derrumbamiento de su amor; jóvenes que abortan presionadas por el miedo y la inseguridad, sin el apoyo y la comprensión de nadie; personas que sufren secretamente su incapacidad para salir de una vida indigna; amigos que desean reavivar su fe y no saben a quién acudir.

Necesitamos encontrarnos con el rostro compasivo de Jesús; nuestra fe se ha vuelto muy doctrinal y corremos el riesgo de desconocer al Jesús de Nazaret que nos mira con compasión.

Dice el texto de Marcos que a Jesús le dio lástima de la multitud porque andaban como ovejas sin pastor. Hoy se repite la situación. La sociedad se encuentra dividida y atomizada cada vez más tratando de buscar solución a los problemas del momento; las leyes se han desligado de la vida, hace falta la práctica de la justicia, del amor y de la misericordia.

Como entonces, Jesús nos motiva llevar su Reino donde hay desorden, injusticia y sufrimiento, donde el bien público está en función de los intereses personales y de clase y los pueblos añoran el cambio andando como ovejas sin pastor. Aunque los hechos muestren que las situaciones siguen iguales, en la mirada de Jesús encontramos la esperanza e ilusión de que algún día haya oportunidad de vivir con una dignidad que no acaba.

COMPARTIR EL PAN

“Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron” (Jn. 6,11) En este pasaje de Juan, Jesús enseña que la dinámica del Reino es el arte de compartir, nos enseña que el problema no se soluciona comprando, sino compartiendo. Mucha gente acudía a escuchar a Jesús.

A veces llegaban de lejos, era lógico que vinieran preparados para pasar unos días, atraídos por su fama de hacer milagros y dar señales. Jesús aprovecha el momento para enseñar la grandeza del compartir: primero pone a Felipe en problemas de mercado, ¿se podrá comprar lo que necesitamos? Andrés constata lo que hay, pero no es suficiente para tanta gente.

Según los exégetas, la multiplicación de los panes es un relato que permite descubrir el sentido de la Eucaristía. Olvidamos con frecuencia que para los primeros cristianos no era un acto religioso sino social, un momento donde los hermanos compartían lo que poseían. En el famoso texto del siglo II en el que San Justino describe cómo celebraban los cristianos la eucaristía semanal, se dice que “cada uno entrega lo que posee para socorrer a los huérfanos y viudas, a los que por enfermedad u otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles o a los forasteros de paso”. Durante los primeros siglos resultaba inconcebible venir a esta celebración sin traer algo para los indigentes.

Domingo tras domingo nos acercamos a la Eucaristía, la misa y sentimos la angustia de una sociedad que no logra acoger a todos sus miembros. Jesús parte de lo que la gente tiene en ese momento. El milagro no es tanto la multiplicación del alimento, sino lo que ocurre en el interior de sus oyentes: se sienten interpelados por su palabra y dejan a un lado el egoísmo, cada cual coloca lo poco que le queda y se maravillan al ver que el alimento se multiplica y sobra.

Hemos aprendido una dinámica de mercado en la que la palabra “compartir” ha perdido su significado, no resuelve problemas con lo que hay. Necesitamos compartir, no sólo los recursos naturales y económicos, sino también los humanos y los valores: el amor, la amistad, el servicio, la justicia, la fraternidad, la fe. Se nos ha olvidado que la vida acontece por pura gratuidad, es puro don de Dios.

El gesto de compartir marca profundamente la vida de las primeras comunidades que siguieron a Jesús. Es la propuesta cristiana para dar alegría a nuestra vida, abriendo nuestro corazón, rompiendo el egoísmo y descubriendo así la presencia nueva del Resucitado.

PAN DE VIDA

“Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna”. (Jn. 6,27) El evangelio de Juan presenta un diálogo de gran interés que Jesús mantiene con una muchedumbre a orillas del lago Galilea. La gente lo necesita. Hay algo en Él que los atrae, pero todavía no saben exactamente por qué o para qué lo buscan.

Jesús comienza a conversar con ellos. Hay cosas que conviene aclarar desde el principio. El pan material es muy importante. Él mismo les ha enseñado a pedir a Dios «el pan de cada día» para todos. Pero el ser humano necesita algo más. Jesús quiere ofrecerles un alimento que puede saciar su hambre de vida para siempre, los desconcierta con un planteamiento inesperado: “Esforzaos, no por conseguir el alimento transitorio, sino por el permanente, el que da la vida eterna”.

Jesús quiere despertar en ellos un hambre diferente: de justicia, libertad, paz, verdad. Se presenta como ese pan que viene del Padre, no para hartarnos de comida sino para dar vida al mundo. Al escuchar sus palabras, aquellas gentes de Cafarnaún le gritan desde lo más profundo de su corazón: “Señor, danos siempre de ese pan”.

Después de veinte siglos de cristianismo necesitamos descubrir de nuevo toda la fuerza y originalidad de creer en Jesucristo, pasar de simplemente creer a ser sus seguidores y discípulos. Ser cristiano exige tener experiencia de Jesús e identificarnos con su proyecto. Para vivir en medio de la sociedad laica, hay que cuidar más que nunca la adhesión y el contacto vital con Jesús.

Creer en ÉL es vivir y trabajar por algo último y decisivo: esforzarse por un mundo más humano y justo; hacer más real y creíble la paternidad de Dios; no olvidar a quienes corren el riesgo de ser olvidados.

Hacer todo esto sabiendo que nuestro pequeño compromiso, pobre y limitado, es el trabajo más humano que podemos hacer. Debemos escuchar hoy, más que nunca, la queja y las palabras de Jesús junto al Tiberíades: Vosotros me buscáis porque comisteis hasta saciaros. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna.

No basta alimentar nuestra vida de cualquier manera. No es suficiente un bienestar material. El ser humano necesita un alimento capaz de llevarlo hasta su verdadera plenitud: el amor, creamos firmemente en eso.

ATRACCIÓN DEL PADRE

“No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día”. (Jn. 6,27) Según el relato de Juan, Jesús repite de manera abierta que viene de Dios para ofrecer un alimento que da vida eterna. No responde a objeciones, va directamente a la raíz de su incredulidad. Es un error resistirse a la novedad radical de su persona, obstinándose en

pensar que saben todo acerca de su verdadera identidad. Es el Padre quien los llama a una nueva propuesta que rompe lo convencional. Jesús sabe que nadie puede creer en Él si no se siente atraído por su vida.

Jesús advierte algo importante: “Nadie puede aceptarme si el Padre, que me ha enviado, no se lo concede”. Es Dios quien despierta nuestro corazón para que nos acerquemos a Jesús con gozo y confianza, superando dudas y resistencias. Esta afirmación resulta revolucionaria, sus palabras invitan a vivir una experiencia diferente. Nos sentimos atraídos por lo bueno, hermoso, noble y profundo de su mensaje.

El evangelista Juan reitera una y otra vez expresiones e imágenes de gran fuerza para grabar en las comunidades cristianas que han de acercarse a Jesús para descubrir en Él una fuente de vida nueva, un principio vital que no es comparable con nada que hayan podido conocer con anterioridad.

Jesús es “pan bajado del cielo”. En Jesucristo podemos alimentarnos de fuerza, luz, esperanza y aliento vital que vienen del misterio mismo de Dios, el creador de la vida. Jesús es el pan de vida. Como dice Juan: El que cree, el que sabe entrar en contacto con Él y coma de este pan, vivirá para siempre.

Si en la Iglesia no nos sentimos atraídos por Dios encarnado en un hombre tan humano, cercano y cordial, no lograremos cambiar. Nadie nos estimulará para ir más lejos que lo establecido por nuestras costumbres religiosas o nos alentará para ir más adelante de lo que estamos acostumbrados.

Jesús nos alimenta con su espíritu creativo para engendrar y alimentar la fe en el corazón de hombres y mujeres. Démosle acogida.

COMER

“El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.” (Jn.6,56)
Según Juan es necesario nutrirse de Jesús: Os aseguro que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que me come a mí, vivirá por mí”.

Está clara la voluntad de Jesús: Si los discípulos no se alimentan de Él, podrán hacer y decir muchas cosas, pero su vida no servirá. No hay magia, es la donación que hace para asegurar su permanencia en sus discípulos. Es la verdadera comida y bebida lo que produce vida. Jesús habla de alimentarse de Él, para habitar en Él y Él en nosotros. No es un modelo de vida que vemos desde fuera, sino una que se vive desde dentro. Esta experiencia de “habitar” en Jesús y dejar que lo haga en nosotros cambia nuestra manera de entender la fe.

Es difícil expresarlo con palabras, es fácil sentir esta experiencia de amor. Cuando en el evangelio Juan se insiste en algo de importancia decisiva, se pone en labios de Jesús palabras que repiten la misma idea con diversos matices: «Yo soy el pan vivo», uno lleno de vida que no termina en la muerte, alguien lleno de Dios capaz de alimentar nuestro anhelo de vida y vida eterna.

En las sociedades actuales se habla de la calidad de vida; sin embargo, se puede tener acceso a ella y no tener una existencia plena. La soledad de la persona moderna, abatida o humillada, que anhela paz y respiro, el pecador que busca perdón y consuelo o quien tiene el corazón roto, hambreado de amor y amistad, encuentra respuesta en la promesa de Jesús de permanecer en Él a través de la eucaristía y descansar de los problemas, tensiones y malas noticias que presionan por todas partes.

El discípulo, en sintonía con Jesús, abre su corazón y se acerca a los que le necesitan. Quien comulga podrá fallarle, pero Él no falla, permanece, está presente para despertar lo mejor de nosotros y darnos vida.

BENDITA TU

“¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! “ (Lc. 1, 42)
Hoy es fiesta grande para los creyentes. Una fiesta que no es sino el eco del anuncio pascual: Cristo ha resucitado. María ha resucitado y ha subido al cielo. La que supo sufrir junto a la cruz la injusticia y el dolor de perder a su Hijo, comparte hoy su vida gloriosa de resucitado y nos invita a caminar por la vida con esperanza.

Porque, antes que nada, la Asunción de María es una fiesta que confirma nuestra esperanza cristiana: hay salvación para el hombre. Hay resurrección y María es la Madre de nuestra esperanza. En ella se ha realizado ya de manera plena lo que esperamos un día vivir también nosotros.

Si María es grande y bienaventurada para siempre es porque Dios reconoce en ella su humillación y se manifiesta como el Dios de los pobres. María se alegra de que Dios sea así. El Dios de los pobres y los humillados. El que ha sabido mirar la humillación y baja de su esclava.

El que ha fijado su mirada en una pobre campesina sin aureola ni riquezas. Todo esto dice María a su prima Isabel en el canto que conocemos como el Magnificat.

El mundo necesita vida, esperanza, sentido, amor, cantos de magnificat. Hacen falta testigos de Jesús que enseñen a vivir de otra manera, con un compromiso claro para ser «compañero de camino» de quienes se sienten maltratados por la vida, testigos que contagian solidaridad y confianza a quienes se sienten solos.

Hoy volvemos los ojos a María porque el pueblo ha reconocido su humildad y con lágrimas le cuentas sus historias de dolor y de alegría. Algo muy grande sucede en nuestras vidas cuando después de dos mil años seguimos sintiendo a la Madre. Ella es camino seguro, puerta que se abre, guía de nuestros pasos.

Don Bosco fue genio de lo concreto para hacer de la vida un motivo permanente para la fiesta, para estar alegres y felices. Multitudes llevan grabado en el corazón el amor a la Madre para cambiar el mundo como dice el Magnificat. Le pedimos que nos enseñe a decir sí a cada día y a ser generosos, a ser santos en tiempos de coronavirus para defender ideales, practicar la caridad, alegrar la vida y aprender de Jesús, que lleva la cruz y acompaña a los hombres y mujeres que sufren por la pandemia.

María nos llama a ser humildes, fuertes y robustos en tiempos de pandemia, ella es la madre que indica el camino para hacer un mundo con ciudadanos que trabajen por la dignidad de los más vulnerables.

MARCHAROS

“¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn.6,67) El relato de Juan narra cómo muchos seguidores se echan para atrás, no les gusta la propuesta de Jesús. Lo que escuchan no es lo que la gente buscaba y no se esfuerzan en entenderle; prefieren seguir viviendo como de costumbre. Para los discípulos, también son palabras fuera de lo común. La reacción de Pedro marca el camino: “Tus palabras dan vida eterna” pues siente que no son vacías o engañosas. Junto a Jesús descubre la vida de otra manera.

En el mundo que vivimos, los estilos de vida no van por los caminos del evangelio, la fe no es algo evidente y natural. Son bastantes los que se dejan llevar por intereses individuales que se alejan de la generosidad de inspiración cristiana.

Nos sentimos como Pedro: ¿hacia quién iremos? El evangelio de hoy nos invita a una reflexión realista y responsable. Las palabras de Jesús comunican vida y generan un movimiento de dignidad plena, pero al mismo tiempo producen rupturas: ¿le creemos? ¿es posible otra vida como la que Él ofrece?

¿Vale la pena escucharle con atención? Sus palabras nos desconciertan y sacan de la rutina, es fácil abandonar su propuesta.

San Juan nos cuenta cómo en un determinado momento muchos discípulos se retiraron y ya no iban con Él. Las palabras de Jesús parecen duras, pero transmiten vida pues contienen Espíritu de Dios. Jesús acepta el fracaso, no busca seguidores interesados o temerosos, sino a quienes apuesten por la libertad, quiere amigos.

Sus palabras orientan hacia una vida más digna y plena. Pero, no por eso está garantizada la fe en su mensaje. En nuestra sociedad crece el número de los que se resisten a aceptar su espíritu.

Como Pedro, también nosotros, sentimos que nuestra vida tiene sentido si seguimos el estilo de Jesús de trabajar por su proyecto de un mundo mejor. Nuestra fe necesita manifestarse en experiencias de nuestro entorno familiar, social o de amigos.

En la sociedad moderna, vivimos acosados por palabras, informaciones, imágenes y noticias de todo tipo, no es posible optar por el silencio. Anuncios, publicidad, redes sociales, discursos o declaraciones de diversa índole invaden nuestro mundo interior y el ámbito doméstico.

La pregunta es sencilla ¿Qué captan de nosotros las personas que nos rodean?, ¿palabras llenas de espíritu y vida, como las de Jesús o frases vacías? Hombres y mujeres de hoy, escuchemos con sencillez y de manera directa palabras de vida.

CULTO VACÍO

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos”. (Mc.7,6-8) Un grupo de fariseos y escribas considera peligrosa la actitud liberal de Jesús y quieren corregirla. Les responde con las palabras del profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”. El culto que agrada a Dios nace del corazón, del centro íntimo de la persona, de donde nacen los afectos, decisiones y proyectos.

Personas y colectivos sociales generan cultos y actos espirituales que no les comprometen a ser mejores. Las prácticas religiosas se presentan como una necesidad, los colectivos sociales obligan a cambiar estilos de vida, pero no toman en cuenta las enseñanzas de Jesús. Cuando Dios no está presente en la cotidianidad, en el trabajo de cada día, el culto religioso queda sin sentido pues Dios está lejos.

Cuando a las tradiciones religiosas les falta la escucha sincera de la Palabra de Dios o el amor al hermano, la religión se convierte en algo exterior que se practica por costumbre. Nos encontramos en un mundo lleno de ritos que no cambian el alma.

El culto que agrada a Dios nace del corazón, de la adhesión interior, íntimo de la persona, de donde nacen nuestras decisiones y proyectos. Cuando estamos lejos de Él, nuestro culto queda vacío, la religión se convierte en algo exterior que se practica por costumbre, faltan los frutos de una vida fiel a Dios.

Son bastantes los cristianos que tienen la sensación de no saber exactamente qué creer, cumplir o celebrar. La indiferencia es la respuesta ¿Cómo reaccionar ante esa ola que parece agigantarse en nuestras comunidades cristianas? Si se quiere celebrar algo, lo primero es preparar el corazón para el encuentro sincero con Dios, sin ello todo queda reducido a un culto vacío.

La fe no puede ser transmitida sino en la misma vida y la única manera de hacerlo en un contexto cultural nuevo es vivirla de una manera nueva. La actitud liberal de Jesús que molesta a los fariseos de ayer y hoy es su enseñanza de que a Dios se llega por la vía laica de la relación con el prójimo, la vida ética y de servicio, no por las prácticas religiosas, ya sean tradicionales o novedosas.

Este evangelio invita a redescubrir la fe en lo ordinario de todos los días.

EFFETÁ

“Effetá, esto es Ábrete”. Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad. (Mc.7, 34) Marcos narra la curación de un sordomudo y lo hace con una intención claramente pedagógica. Es un enfermo muy especial, no se entera de que Jesús está pasando cerca. Solo un encuentro profundo con Él podrá curarlo de una sordera tan tenaz. “Effetá”, es decir, “Ábrete”, es la única palabra que pronuncia y que no está dirigida a los oídos del sordo sino a su corazón.

San Marcos conoce la sordera de la gente a la Buena Noticia de Jesús. También hoy son muchas las personas “sordomudas” al evangelio, ni lo escuchan, comunican o viven con el corazón abierto para acoger sus palabras. Por eso, no nos damos cuenta, somos impacientes o no tenemos compasión con tantos que sufren sin recibir apenas el cariño o la atención de nadie.

Describimos nuestra jornada de cada día: levantarse, tomar el transporte, ocho horas de trabajo, televisión, comida rápida, cansancio acumulado y espera del fin de semana para hacer algo distinto. Vivimos de manera mecánica, encerrados en ganarnos el pan de cada día. Sordomudos a lo distinto, a la esperanza, al sentido de la vida. Jesús nos dice “Effetá”, “Ábrete”.

Escuchar las exigencias del corazón, responder a las propuestas de Dios es abrirse a las necesidades de quienes nos rodean y confían en nosotros. Abrirse al amor es sentirnos responsables de los que viven con nosotros. Desarrollar la amistad como encuentro cálido, cordial y sincero es sentirnos capaces de entender y amar sinceramente. Vivir con el corazón atento, sentirnos tocados por Jesús con su “Effetá” es abrirnos a la amistad y amor verdadero. El egoísmo, desconfianza o la poca solidaridad son lo que más nos separa y aísla a unos de otros.

La conversión al amor es el camino indispensable para escapar de la soledad. El que se abre al amor al Padre y a los hermanos, no está solo. Ser tocado con el “Effetá” de Jesús es compartir la palabra del evangelio, es mostrarnos sensibles al sufrimiento del otro, es salir en defensa del humillado y ofendido, es estar cerca de quienes necesitan escuchar cómo se vive con dignidad.

El evangelio de este domingo es una invitación a que abramos nuestros ojos y oídos para acoger la Buena Noticia de Jesús y seamos capaces de comunicarla a otros. Son muchos los hombres y mujeres que quieren ser curados de su soledad y sordera al bien, necesitan escuchar a Dios y aprender a hablarle. Seamos quienes les llevemos a Jesús para que les de la alegría de la vida con su “Ábrete”.

Comenta: “En línea con Jesús”

¿QUIÉN SOY YO?

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mc.8,29) El episodio de Cesarea de Filipo ocupa un lugar central en el evangelio de Marcos. Después de un tiempo de convivir con Él, Jesús hace a sus discípulos una pregunta provocadora: ¿Quién decís que soy yo?

Este episodio sorprende a sus seguidores pues marca el todo o nada. En medio de esta crisis, Jesús presiona a sus discípulos para que enderecen su mentalidad torcida por ideas de triunfalismo e interés que les hace incapaces de reconocer su identidad y pone en evidencia su falta de visión; les propone compartir su proyecto y cambiar su destino.

Para encontrarnos con Jesús hemos de atrevemos a salir de la inercia e inmovilismo, estar dispuestos a nacer de nuevo dejando atrás la observancia tranquila de una religión aburrida. Jesús nos enseña a vivir en la presencia de Dios de una manera cercana y amistosa, fuente inagotable de vida y ternura. Dejarse conducir por Él es encontrarse con un Dios diferente, más grande y humano que todas nuestras teorías.

Con Jesús podemos ayudar a amigos que viven atrapados en la indiferencia, paralizados por una religión rutinaria y de creencias, seducidos por el bienestar. Lo verdaderamente determinante es encontrarnos con la persona de Jesucristo y descubrir, por experiencia personal, que es el único que puede responder de manera plena a nuestras preguntas más decisivas, anhelos más profundos y necesidades últimas. Después de veinte siglos, Jesús sigue interpelando a los que nos decimos cristianos. No busca en nosotros una respuesta aprendida en la catequesis sino experiencias construidas en la vida diaria. Seguirlo no es obligatorio, es una decisión libre, personal: implica aceptar los sufrimientos que pueden llegar a identificarnos con su causa. No se trata de aceptar un conjunto de doctrinas, sino de encontrarnos con alguien vivo que da sentido radical a nuestra existencia.

El Jesús con el que nos encontramos nos pregunta: ¿Qué significa Él en nuestras vidas? ¿Qué hacemos para construir un mundo más humano siguiendo sus pasos? ¿Qué tiempo dedicamos a leer el evangelio? ¿Por qué escuchamos tantos mensajes, consignas y doctrinas antes que la palabra sencilla e inconfundible de Jesús?

¿Quién soy Yo para ti? La respuesta es la acción que nace desde la intimidad y el compromiso; nos da seguridad, confianza y certeza, nos llena el corazón. Solamente siguiéndolo de cerca la pregunta tendrá respuesta: es un estilo nuevo de existencia, es lo mejor de la vida.

EL MÁS IMPORTANTE

“Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante”. (Mc.9,34) Ante la pregunta de Jesús, los discípulos quedan avergonzados. Marcos dice que durante la caminata habían discutido sobre quién era el más importante. Jesús les habla de su camino a la cruz y ellos solo entienden sus propias ambiciones.

Su respuesta ratifica lo que les venía diciendo: “Quien quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos”. En el grupo que sigue a Jesús, el que quiera sobresalir y ser más que los demás, ha de ponerse el último, detrás de todos; así podrá ser su servidor, esa es la verdadera grandeza. Para Jesús, el primero no es el que ocupa un cargo de importancia, sino quien vive ayudando a los demás. No hemos de olvidarlo.

Ciertamente nuestros criterios no coinciden con los de Jesús. ¿A quién de nosotros se le hubiera ocurrido pensar que los hombres y mujeres más importantes son aquellos que parecen los últimos porque viven al servicio de los demás?

Hace unas semanas comenzamos el año académico y sus palabras suenan como una propuesta de vida para aprender a servir, a valorar los signos de igualdad y fraternidad. ¡Qué lejos quedan de Jesús tantas ambiciones y vanidades académicas!

Jesús educa a sus discípulos con ejemplos prácticos, “pone a un niño en medio”. Abre sus mentes al misterio, modela sus inteligencias en la humildad, les capacita para el dolor y el fracaso. Es necesario escucharlo para dar sentido y orientación positiva a los trabajos y ocupaciones que docentes y estudiantes han asumido como proyecto educativo. Para ser colaborador de Jesús en la construcción del Reino de Dios debemos entrar en el camino del servicio. Ser hombres y mujeres que no viven para su éxito o egoísmo personal, sino que se preocupan de la felicidad de los otros. Ciertamente, hay una grandeza en las personas que aciertan a ser felices con la felicidad de los demás. Su vida es un misterio de entrega y desinterés. Saben vivir más allá de sus propios intereses, sin hacer cálculos o medir los riesgos.

Al inicio del año escolar, el evangelio de este domingo nos propone estudiar para servir mejor, mirar las cosas desde las necesidades de otros, actuar movidos por la bondad, aprender en el quehacer diario, en las relaciones de convivencia. Les invito a vivir un año de trabajo para actuar, servir, ayudar, estudiar de manera creativa y desinteresada. Oremos humildemente para responder a la fuerza de amor y acción que ha puesto en cada uno de nosotros.

¿DE LOS NUESTROS?

¿Puede haber no personas no creyentes que hacen el bien sin interés personal, que amen a los pobres por puro sentimiento? ¿Puedo aceptar en mi vida a personas que no son creyentes o no practicantes?

La respuesta la da Jesús en el evangelio de hoy. Los discípulos piensan en ellos y sus supuestos derechos y dicen NO, porque no es de los nuestros. La respuesta de Jesús es contundente: no se lo impidáis, rompiendo así toda tentación sectaria de sus discípulos. Su modo de ver las cosas es diferente: “El que no está contra nosotros está a favor nuestro”.

Es maravilloso constatar que hay personas que trabajan por un mundo mejor desde cualquier enfoque. Hombres y mujeres, jóvenes y adultos, que no se juntan para orar ni celebrar actos religiosos, sino para hacer el bien. Sorprende la cantidad de personas que han hecho de su vida un servicio a los demás, a la justicia, a la fraternidad.

El evangelio de hoy nos recuerda algo importante: todo bien hecho es amor y en donde hay amor allí está Jesús y su Buena Noticia: No importa quién lo hace, sino cuán grande y duradero es el amor. Poco a poco, se va tomando conciencia de que uno de los hechos más importantes de la época moderna es, sin duda, el pluralismo, el cual contagia y es una fuerza que va adquiriendo presencia en los diferentes estilos de vida. El mensaje de Jesús es: “el que hace el bien, aunque no crea como yo, está a favor del reino”. Con la acción de todas las personas de buena voluntad crece la fraternidad.

Todos los que, de alguna manera, luchan por la causa del hombre, están con nosotros. Allí donde se trabaja por los humillados, aplastados, débiles, abandonados, se contribuye al reino de Dios, se sepa o no. Los cristianos deberíamos valorar con gozo los logros humanos, grandes o pequeños y los triunfos de la justicia que se alcanzan en el campo político, económico o social, por efímeros o superfluos que nos puedan parecer. Lejos de creernos portadores únicos de salvación, los cristianos debemos acoger con gozo esa corriente de salvación que se abre camino en la historia de los hombres, no sólo en la Iglesia, sino también junto a ella y más allá de sus instituciones.

Cada vez que alguien decide hacer algo bueno, sin tener en cuenta quienes lo acompañan o los motivos de cada uno para hacerlo, es una victoria en el camino de mejorar el mundo y sus problemas.

HOMBRE Y MUJER

“Dios los creó hombre y mujer. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. (...) Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”. (Mc. 10, 4-6) Jesús ahonda en el misterio original del ser humano. Los dos han sido creados en igualdad. Dios no ha creado al varón con poder sobre la mujer.

No ha creado a la mujer sometida al varón. Desde esta estructura original del ser humano, Jesús ofrece una visión que va más allá de todo lo establecido por la Ley. Mujeres y varones se unirán para “ser una sola carne” e iniciar una vida compartida en la mutua entrega sin imposición ni sumisión. Este proyecto matrimonial es para Jesús la suprema expresión del amor humano.

Son cada vez más los creyentes que se hacen hoy la pregunta: ¿Qué actitud adoptar ante tantos hombres y mujeres, muchas veces amigos y familiares nuestros que han roto su unión matrimonial y viven en una nueva situación considerada como irregular? La respuesta está en las palabras de Jesús.

Hemos de recordar que ser fieles a la enseñanza de Jesús sobre el amor conyugal único, fiel e indisoluble, no ha de significar nunca dejar de seguir su actitud de comprensión y misericordia hacia todos y, de manera particular, hacia los que más sufren. Hemos de comprender el desgarramiento interior de quienes se sienten profundamente cristianos y no pueden salir ya de manera razonable de la situación en que se encuentran. Necesitan percibir en nosotros actitudes y gestos que los hagan sentirse acogidos.

Una cosa es segura: Dios sigue escribiendo su propia historia de amor con los separados. No se trata de poner en discusión la visión cristiana del matrimonio, sino de ser fieles a Jesús que, al mismo tiempo que defiende la indisolubilidad del matrimonio, se hace presente a todo hombre o mujer ofreciendo su comprensión y su gracia.

Tal vez uno de los mayores riesgos es el de ir cambiando poco a poco la valoración de las cosas y entender el amor conyugal como un compromiso pasajero que se utiliza mientras sirve o interesa. Lo ideal será siempre que nada ni nadie destruya el amor y la fidelidad de la pareja. Lo verdaderamente importante y decisivo es que los esposos aspiren a quererse con plenitud y autenticidad.

La vida compartida lleva a la donación amorosa e incondicional en la que es posible amarse más allá de las diferencias, de los conflictos de pareja, en la entrega sincera. Amor en el que no falten las palabras: permiso, gracias, por favor, perdón, te quiero, como recordó el Papa Francisco.

SÍGUEME

Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo y luego sígueme». (Mc. 10, 21) ¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna? Es la pregunta de un hombre bueno, observante fiel de la religión. Jesús le mira con cariño y responde: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, dale el dinero a los pobres, luego ven y sígueme.

El resto ya lo sabemos. Tiene un buen corazón, pero vive apegado a lo que tiene. Jesús le pide que lo ponga al servicio de los pobres. Queda claro que solo compartiendo con los necesitados se puede colaborar con su proyecto.

Jesús nos invita a orientar nuestra existencia desde una lógica nueva. Vivimos inmersos en la cultura del tener. Poco a poco el estilo de vida del hombre contemporáneo se orienta hacia el poseer cosas, acaparar y ostentar. Para muchos es la única tarea por la que vale la pena vivir.

Ciertamente tener dinero produce bienestar, la persona se siente más segura, importante, con mayor poder y prestigio. Sin embargo, cuando la vida se

orienta sólo en esa dirección no se puede seguir a Jesús y pasa como el hombre bueno, que se aleja triste, porque no es capaz de compartir su felicidad ya que ésta no nace de la alegría del espíritu.

La “enfermedad del dinero” es silenciosa, incluso arruina la dicha de vivir. Hace de la religión su mejor medicina para justificar el estilo de vida y perseguir lo que el dinero puede dar. El que se desvive por el dinero termina por reducir su existencia a ser reconocido y admirado por lo que tiene y el nivel de vida que se puede permitir. Entonces, su capital económico se convierte en lo más importante, algo que se antepone a la ética, el descanso, la amistad o el amor. Su vida termina por arruinarse en la insatisfacción constante, en la competitividad y en la necesidad de ganar siempre más. Es un círculo del que no se sale fácilmente. Si queremos seguir a Jesús en estos momentos, hemos de hacernos preguntas concretas para identificar si optamos por su propuesta o por los intereses vanos que el dinero produce. No haremos gestos heroicos, pero daremos pequeños pasos en la dirección correcta, conoceremos la alegría de seguirlo contribuyendo a hacer que la crisis de algunos sea más humana y llevadera.

El remedio no consiste en despreciar el dinero sino en darle su verdadero valor. Aquel que se gana con un trabajo honrado es bueno y necesario para vivir, sirve también para ayudar a quienes tienen necesidad; más la felicidad de seguir a Jesús tiene otro sabor y es en cambio un camino más profundo, tranquilo, significativo y verdadero.

SERVIR

“Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”. (Mc. 10, 43-44) A Jesús se le ve desalentado: “No sabéis lo que pedís”, dice. Nadie en el grupo parece entender que seguirlo de cerca y colaborar en su proyecto siempre será un camino, no de poder y grandezas, sino de sacrificio y cruz. La ambición los está dividiendo. Jesús los reúne a todos para dejar claro su pensamiento: el Reino se construye desde el servicio, en la Iglesia de Jesús no hay otra forma.

Los apóstoles no han entendido el proyecto. Han pasado 21 siglos y en la Iglesia siguen existiendo sueños de prestigio, autoridad u honor. ¿Cómo se puede trabajar por un mundo fraterno y justo con aspiraciones de poder y notoriedad? Este es el escándalo que frena la construcción de su Reino, su proyecto y su Iglesia. Necesitamos en la Iglesia cristianos dispuestos a dar su vida por ello, no por otros intereses. Creyentes sin ambiciones personales, que trabajen de manera silenciosa por un mundo más humano y una iglesia más evangélica.

Seguidores de Jesús que se impongan dando el ejemplo de una vida dedicada al servicio. Debemos aprender a ver la Iglesia en otros sitios: en comunidades anónimas que no figuran en los periódicos; en peatones a quienes nadie cede el paso; en ciudadanos sin títulos ni cuentas corrientes. Estos, los sin poder, no poseen riquezas, pero tienen algo que no se puede comprar con dinero: bondad, capacidad de acogida, ternura y compasión.

Hombres y mujeres del montón, gentes de a pie a los que pocos valoran, pero que pasan por la vida poniendo amor y cariño a su alrededor. Personas sencillas y buenas que viven echando una mano y haciendo el bien. La grandeza de los seguidores de Jesús no se mide por el poder, el rango o los títulos que ostentan, sino por la capacidad de “ser esclavo de todos”.

La Iglesia es una comunidad diferente y no ha de pedir prestados esquemas de gobierno a otras sociedades. Lo dijo Jesús de manera rotunda: “Los jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes los oprimen. Pero no ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande, sea vuestro servidor”. Es así que nos introduce a una comunidad sorprendente, donde queda suprimido el poder y dominio sobre los demás y la autoridad se entiende y se vive sólo como servicio.

QUE PUEDA VER

Jesús le dijo: «¿Qué quieres que haga por ti?» El ciego le contestó: «Maestro, que pueda ver». (Mc. 10, 51) El relato es de sorprendente actualidad. Cristianos ciegos, sentados junto al camino, incapaces de seguir a Jesús para entender la vida. Vivimos junto al evangelio, pero seguimos los caminos del mundo, tenemos la luz de la fe, pero nos conformamos con la del día. ¿Qué podemos hacer?

Como Bartimeo, nos damos cuenta que Jesús está en nosotros, no lo dudamos, algo nos dice que está ahí para ayudarnos. Bartimeo suelta todo, de un salto se levanta y va hacia Jesús. Nosotros tenemos ganas de gritar, pedirle que intervenga en nuestras vidas, que las cambie para seguirle con ojos que se abren y aman. Y pedimos como el ciego: “Maestro, que recobre la vista”.

El ciego no sabe recitar oraciones hechas por otros, sólo clama y pide compasión porque se siente mal. Para nosotros, el grito humilde y sincero, repetido desde el fondo del corazón, es el comienzo de una vida nueva. Jesús no pasa de largo. Esta es la curación que necesitamos: mirar al mundo con ojos nuevos, apasionarnos con su proyecto de trabajar por un mundo más humano. Marcos narra la curación del ciego Bartimeo para animar a sus lectores a vivir un proceso de cambio. Jesús no ignora su sufrimiento, tampoco el de cada uno de nosotros, se para y le llama.

Ha escuchado el grito del hombre. Su atención es para quien ha sido maltratado por la vida o las injusticias, los condenados a vivir sin esperanza. No hay cristianismo sin escuchar a los que sufren. La única postura es la de Jesús ante el ciego: “¿Qué quieres que haga por ti?”

El evangelio de este domingo nos invita a amar la vida, a liberarnos de la apatía de cada día, a no hundirnos por el sinsentido de tantas cosas, a no dejarnos arrastrar por lo negativo. Para ello tenemos que gritar ¡Que vea con la luz de Jesús!

La civilización moderna nos abrumba con toda clase de recetas y técnicas para estar mejor, siempre en forma y lograr el bienestar. Pero todos sabemos por experiencia que la vida no es algo que viene desde fuera, hemos de descubrirla y alimentarla desde lo más hondo de nosotros mismos.

Es importante vivir hasta el fondo, no quedarnos en la corteza, reafirmar nuestras convicciones más profundas. Hay momentos en que, para sentirnos vivos, es necesario despertar nuestra fe en Dios, descubrir nuestra alma, recuperar la oración. La luz de Jesús ayuda a vivir de una manera más gozosa, intensa y joven. Dichosos los que han descubierto por experiencia que la fe hace vivir.

EL PRIMERO

¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? (Mc. 12, 28) La administración es lo que mueve la vida y para administrar no se toma en cuenta el corazón sino la racionalidad, el rendimiento y la eficacia. Podemos decir que en nuestra sociedad se tiene miedo al corazón. La pregunta del letrado en el evangelio de hoy no es una pregunta de nuestro tiempo, pero la respuesta de Jesús es la clave de nuestra sociedad: amar. Ni el letrado, ni nosotros le preguntamos a Jesús lo que es más importante en la vida, sin embargo, Él da la respuesta más allá de nuestros intereses y preocupaciones por “hacer” y “tener”.

Jesús no duda. Lo primero de todo es amar. No hay nada mayor que amar a Dios con todo el corazón y amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos. La última palabra la tiene siempre el amor. Está claro. El amor es lo que verdaderamente justifica nuestra existencia. La savia de la vida. El secreto último de nuestra felicidad. La clave de nuestra vida personal y social. Y no se trata sólo de palabras. Lo importante son los hechos.

Los cristianos hemos de ir descubriendo las tareas del amor en la sociedad moderna. Amar hoy significa renunciar a pequeños y mezquinos intereses para solidarizarnos con causas que favorecen una vida mejor para todos. Amar significa generosidad para compartir y dedicar nuestro tiempo a los demás. Amar es ayuda a resolver los conflictos.

Casi nadie piensa que el amor es algo que hay que ir aprendiendo poco a poco a lo largo de la vida. La mayoría da por supuesto que el ser humano sabe amar espontáneamente. Por eso se pueden detectar tantos errores y tanta ambigüedad en ese mundo misterioso y atractivo del amor. Hay quienes confunden el amor con el deseo. Todo lo reducen a encontrar a alguien que satisfaga su deseo de compañía, afecto o placer. Cuando se dice “te quiero”, en realidad se está diciendo “te deseo”, “me apetece”.

Cuando Jesús habla del amor a Dios y al prójimo como lo más importante y decisivo de la vida, está pensando en otra cosa. Nos está proponiendo un mundo nuevo donde el amor es alternativa al egoísmo organizado de nuestra sociedad. Para Jesús, el amor es la fuerza que mueve y hace crecer la vida.

Este es el evangelio para todos: creyentes y no creyentes. En la escuela del amor siempre el camino es hacia adelante, siempre va a mejor. Se puede ir más rápido o a paso lento, pero siempre es amor. No hay modelos exclusivos, y todos son primeros. El Papa Francisco lo llama “amistad social” y en su carta *Fratelli tutti* nos lo explica.

DIFUNTOS

Desde los comienzos del cristianismo y aún antes -en la tradición judía- la oración por los difuntos ha sido una costumbre que no se ha interrumpido nunca. Es el reencuentro de la familia más allá de los límites físicos del aquí y ahora.

Los seguidores de Jesús no nos limitamos a asistir pasivamente al hecho de la muerte. Confiando en Cristo resucitado, acompañamos con amor a nuestros difuntos y con nuestra plegaria los presentamos en ese misterioso encuentro con Dios. En la liturgia cristiana por los difuntos no hay desolación, rebelión o desesperanza. En su centro solo una oración de confianza: “En tus manos, Padre de bondad, confiamos la vida de nuestros seres queridos”.

Esta confianza que llena el corazón de los creyentes de paz y esperanza ante la muerte de nuestros seres queridos; no es un sentimiento arbitrario, sino que nace de nuestra fe en Jesucristo resucitado y le decimos en oración: «Recuerda a tu hijo a quien has llamado de este mundo a tu presencia. Concédete que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo, comparta también con él la gloria de la resurrección”.

El día de Difuntos recordamos la muerte y con ella se hacen presentes todos los difuntos de la familia que comparten con Jesús la vida de la resurrección. Este encuentro con nuestros finados nos trae también las grandes preguntas de la vida. Jesús nos dice que no tengamos miedo, que Él se encarga de prepararnos la morada para recibirnos a su lado como ha hecho con nuestros antepasados.

Esta fecha marca el camino de la vida, no como final sino como objetivo por lograr, como tarea en ejecución que encuentra apoyo en el aprendizaje de lo ya ejecutado por los que no están y también de lo que quedó pendiente. Jesús lo dejó claro, el asunto es el Reino de los Cielos que se construye en la historia, pero también en la no historia. Las dos se unen en la magia del Amor y en cómo Él da la vuelta a la muerte.

Por eso dentro de esta vida mortal, el creyente es un hombre que afirma la vida y rechaza la muerte. Defiende y promueve todo lo que conduce a la vida y condena y lucha contra todo lo que lleva a la destrucción y la muerte. La actitud cristiana de defensa de la vida en todos nace de la fe en Dios «amigo de la vida» que en Jesucristo resucitado nos habla del sitio que nos prepara. Por eso decimos: «En tus manos, Padre de bondad nos encomendamos».

Todo esto puede parecer inaceptable a muchos que se acercarán hoy al cementerio a depositar unas flores y recordar experiencias vividas aquí con sus seres queridos. Pero solo podemos aceptarlas “si tenemos un corazón sabio y humilde y nos acostumbramos a ver más allá de la muerte”. Los cristianos creemos que este anhelo por la vida ha sido escuchado por Dios. La resurrección de Jesús es el signo y la garantía de que todos tendremos la plenitud de la vida.

VIUDA

“Estando Jesús sentado enfrente del arca de las ofrendas observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos, les dijo: «Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir”. (Mc. 12, 41-44)

Jesús llama a sus discípulos para que tomen nota del gesto de una viuda pobre: la gente sencilla les podrá enseñar a vivir el evangelio. Su gesto nos descubre el corazón: confianza grande en Dios, gratuidad sorprendente, generosidad y amor solidario, sencillez y verdad. No conocemos el nombre de esta mujer ni su rostro, solo sabemos que Jesús vio en ella un modelo para sus seguidores. El tipo de sociedad y convivencia que configuran nuestro vivir diario se basa no en lo que cada hombre es, sino en lo que cada uno tiene: dinero, prestigio, poder o autoridad. El que posee esto sale adelante y triunfa en la vida; el que no, queda descalificado.

Vivimos en un modelo de sociedad que fácilmente empobrece a las personas. La demanda de afecto, ternura y amistad es atendida con regalos. La comunicación humana queda sustituida por el celular y las redes sociales. Por eso, cobra especial relevancia la invitación del evangelio de hoy a valorar al hombre desde su capacidad de servicio y solidaridad. La grandeza de una vida se mide por la capacidad de servir y ayudar a otros a ser más humanos. Hemos de aprender a seguir a Jesús en medio de nuestras propias limitaciones como hizo la viuda: sentir el sufrimiento de los otros, entender los problemas de los demás.

¿Qué nivel de vida puede permitirse un cristiano? Según la tradición cristiana no tenemos el menor derecho a disfrutar comodidades mientras haya seres humanos que no tienen lo necesario para subsistir. Este texto de San Basilio nos interpela en el mercado de lo superfluo: «El pan que hay en tu despensa pertenece al hambriento; el abrigo que cuelga sin usar en tu guardarropa pertenece a quien lo necesita; los zapatos que se están estropeando en tu armario pertenecen al descalzo; el dinero que acumulas pertenece a los pobres» Es difícil hablar con más claridad.

El evangelista Marcos nos muestra la reacción de Jesús ante los que dan lo que les sobra y una pobre viuda que sabe desprenderse, incluso de lo poco que tiene, para ayudar a otros más necesitados. Los seguidores de Jesús aprenden a vivir humanamente, a disfrutar de lo que tienen y lo que son y saben compartir lo que necesitan y lo que no necesitan.

VIDA

“Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, de horizonte a horizonte”. (Mc. 13, 26-27) A los primeros cristianos les era difícil dar respuestas sobre el final de esta vida, parecía que el Reino de los Cielos tardaba demasiado. Como nosotros, también se preguntaban ¿cuándo

dejarían de sufrir?, Si no llega el Reino de los Cielos, ¿cuándo terminarán los abusos e injusticias? El evangelista Marcos quiso ofrecer a sus lectores la visión del final. Quería infundirles luz y esperanza en el presente. Para ello, recordó el último secreto que encierra la vida: al final, Jesús, el hombre nuevo, dirá la última palabra.

El hombre moderno no espera ya el fin del mundo y difícilmente se lo imagina a manera de una catástrofe cósmica. Sin embargo, en el fondo de su corazón está latente la pregunta más seria y difícil de responder: ¿Qué va a ser de nosotros? El futuro particular y colectivo sigue siendo un interrogante: ¿Qué final le espera a la historia de la humanidad?, o ¿el final es solo de cada uno y la humanidad sigue?

En el fondo, pensamos que la vida no es transitoria e inútil sino un sendero que nos lleva hacia algo mejor. Seguimos buscando, pero el evangelio de Marco no da respuesta. El camino que se hace presente y futuro es el Reino de Dios, que se encuentra al final. La casa del Padre es una promesa que se cumple para los caminantes como nosotros.

La vida es un recorrer hacia allí, se va haciendo camino cada día, es parte de lo que llamamos progreso y humanización. El evangelio de San Marcos presenta la sociedad como una obra inacabada en donde el ser humano aprende a vivir y disfrutar del que viene como el hombre nuevo. Es aquí donde hay que situar el reto y la promesa de resurrección del mensaje cristiano; es una opción libre de fe. No es absurda ni irracional la postura del creyente que lucha y se esfuerza en la renovación y mejora de la sociedad y lo hace animado por la esperanza de una resurrección final.

Necesitamos esperanza para vivir con plenitud, no una envoltura para la resignación o una espera pasiva. Los cristianos la encontramos en Jesucristo y sus palabras: “No pasarán”. No esperamos algo imposible. Nuestra esperanza se apoya en el hecho incommovible de la resurrección de Cristo. A partir de la fe nos atrevemos a ver la vida como algo que guarda su último secreto y que alcanzará su plenitud final sólo en Dios.

LA VERDAD

El evangelio de Juan relata el dialogo entre Jesús y Pilatos. En realidad, más que un interrogatorio, parece un discurso de Jesús para esclarecer algunos temas que interesan mucho al evangelista. En un determinado momento Jesús hace esta solemne proclamación: “Yo para esto nací y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que pertenece a la verdad, escucha mi voz” (Jn. 18,37). Jesús habla con autoridad, con sinceridad, sin dogmatismos.

No habla como los fanáticos, que tratan de imponer su verdad. Tampoco como los funcionarios, que la defienden por obligación, aunque no crean en ella. Jesús no se siente guardián de la verdad, sino testigo.

Hay preguntas cuyas respuestas nos hacen testigos de la verdad. Esas preguntas que nos colocan delante de Jesús. Para contestarle necesitamos encontrarnos con él a lo largo del día: ¿me acuerdo de sus palabras cuando lo fácil está a la mano? ¿busco su verdad o me contento con la mía?

Necesitamos los cristianos hacer un examen de conciencia colectivo para ser «Testigos de la Verdad»: ¿Nos atrevemos a discernir con humildad qué hay de verdad y qué hay de mentira en nuestro seguimiento a Jesús? ¿Será que no somos conscientes de la mentira que nos envuelve por todas partes?

Lo primero ante Dios es ser honestos. No andar eludiendo su presencia con planteamientos poco sinceros. Quien se esfuerza por buscar a Dios con honradez y verdad no está lejos de Él. No hemos de olvidar unas palabras de Jesús que pueden iluminar a quien viva en la incertidumbre religiosa. En el fondo de todo hombre, de toda mujer, hay una búsqueda de verdad. No se construirá nada verdaderamente humano sobre la mentira y la falsedad.

En el mensaje de Jesús hay una invitación a vivir en la verdad ante Dios, ante uno mismo y ante los demás. Jesús no se presenta como propietario de la verdad sino como «testigo». Seguimos a Jesús no para decir que estamos en lo cier-

to sino para hacer de lo cierto y verdadero una norma de vida. No disputamos sobre la verdad, sino que cambiamos la vida viviendo en verdad y libertad.

Los cristianos no imponemos doctrina ni pretendemos tener razón en todo, sino que invitamos a seguir a Jesús, a sentirse contagiado por él, a entender la vida desde la verdad de Jesús en la defensa de los pobres. Pidamos a Jesús que nos ayude a no tolerar la mentira ni el encubrimiento, a no soportar las manipulaciones, a denunciar las corrupciones. Pidamos a Jesús fuerza para ser voz de los están sin voz, y ser voz contra los que tienen demasiada voz.

ESPERANZA VIVIDA

La historia humana se encamina hacia su liberación definitiva. Las fallas y horrores que se cometen en todas las épocas no han de destruir la ilusión. Las enseñanzas de Jesús guían a sus seguidores a vivir con lucidez y esperanza. Sus palabras señalan el camino: “Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación.” (Lc. 21, 34) Hemos de reavivar nuestra confianza, levantar el ánimo y despertar la expectativa. Un día los poderes financieros se hundirán, la insensatez de los poderosos se acabará, las víctimas de tantas guerras, crímenes y genocidios conocerán la vida.

Nuestros esfuerzos por un mundo más compasivo no se perderán para siempre. Es un riesgo vivir atrapados por las cosas, preocupados sólo por el dinero o el bienestar pues de esta forma la buena vida se termina viviendo de manera rutinaria, frívola y vulgar. Estamos demasiado aturridos y vacíos para entender el verdadero sentido de la vida al estar atrapados por el miedo y la ansiedad. Lucas recuerda las palabras de Jesús invitándonos a levantar la cabeza, escuchar las llamadas del corazón y oír lo mejor del ser humano.

¿Cómo estamos viviendo estos tiempos difíciles, angustiosos y crueles para quienes se hunden en la impotencia?

Jesús se esfuerza por sacudir las conciencias de sus seguidores. “Tened cuidado: que no se os embote la mente”. No viváis como imbéciles. No os dejéis arrastrar por la frivolidad y los excesos. Mantened viva la indignación. “Estad siempre despiertos”. No os relajéis. Vivid con lucidez y responsabilidad. No os canséis. Mantened siempre la tensión.

Lo que el hombre de hoy necesita es que alguien le ayude a encontrarse con el Dios de la esperanza, en el que se pueda creer, no por tradición, miedo al infierno o porque alguien así lo ordena, sino porque puede ser experimentado como fundamento sólido de esperanza. Ese Dios sólo puede ser anunciado por creyentes que viven animados y son testimonio de la esperanza vivida, la cual es la mejor respuesta a escepticismos, indiferencias y abandonos. Son llamadas que hemos de escuchar los que vivimos ahora en la Iglesia de Jesús en medio de las incertidumbres de estos tiempos. Un día sabremos lo que es una vida liberada, justa y gozosa. Alcemos la cabeza, descubramos las novedades de la vida, aquellas que nacen de la capacidad de amar, la confianza en las propias potencialidades y la creatividad con esperanza.

CAMINO NUEVO

“Preparad el camino del Señor” (Lc. 3,4). El evangelista Lucas recuerda en su evangelio el grito del profeta Isaías y lo pone en boca de Juan el Bautista: «Preparad el camino del Señor.» Entre nosotros este grito tiene hoy una traducción: «Id al corazón mismo de la fe, buscad lo esencial, acoged a Dios.»

¿Es posible escuchar hoy a Dios? Los intereses personales lo enredan casi todo, también su voz. Dios habla al corazón ¿qué es lo esencial para el hombre y la mujer en este final de año?

Necesitamos algo más que dar respuestas a nuestras necesidades de todos los días, sean éstas reales o creadas por la cultura consumista. Acudimos a la reli-

gión en búsqueda de respuestas, algo así como un recetario de farmacia espiritual sin médico: rezos, ritos, amuletos, tradiciones. No estamos preparados para escuchar las preguntas de un nuevo camino, simplemente porque no caben dentro de nuestros intereses. Escuchar al corazón no es una práctica habitual de la cultura de hoy. Juan nos propone un camino nuevo, un estilo de vida realizable no desde la norma sino desde el amor. Un estilo de vida que nace del contacto vital con Jesús. Él nos enseña a vivir la fe no por obligación, sino por atracción. Nos hace vivir la vida cristiana no como deber, sino como contagio, la escucha de Jesús nos ayuda a recuperar nuestra verdadera identidad de seguidores de Jesús. La doctrina no toca el corazón, no convierte ni enamora. Jesús sí. Nuestras vidas están sembradas de obstáculos y resistencias que dificultan escuchar a Dios en nuestros corazones y comunidades.

Dios está siempre cerca, somos nosotros los que hemos de abrir nuevos caminos para acogerlo encarnado en Jesús. Para cambiar el mundo hemos de cambiar nuestra vida: hacerla más responsable y solidaria, más generosa y sensible a los que sufren. Es nuestra primera responsabilidad. La mejor manera de escuchar las palabras del Bautista y «preparar los caminos del Señor» es hacer silencio en nosotros, escuchar las preguntas sencillas pero profundas que brotan desde nuestro interior. Hemos de entender que Dios no entra en competencia con nuestros intereses del mundo.

Para preparar los caminos del Señor es necesario tomar conciencia de que necesitamos conversar con Jesús de Nazaret, el del evangelio, no el de la doctrina religiosa ni el de los rezos. Practicantes y no practicantes necesitamos de ese desierto de silencio y de paz. La experiencia directa e inmediata con Jesús nos hace vivir la vida cristiana, no como deber, sino como un contagio. No es posible alimentarnos solo de doctrina religiosa o seguir a un Jesús convertido en tradición navideña. Sintonicemos con él, con su estilo de vida, contagiémonos de su pasión por el ser humano. La doctrina no toca el corazón, no convierte ni enamora. Jesús sí. Dejémonos cautivar por Él.

MUJERES CREYENTES

“María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.” (Lc. 1, 39) María se pone en camino sola, empieza para ella una vida nueva, al servicio de su Hijo Jesús. Marcha deprisa, con decisión. Siente necesidad de compartir con su prima Isabel su alegría y de ponerse cuanto antes a su servicio en los últimos meses de embarazo.

Isabel, llena de espíritu profético, se atreve a bendecir a su prima en nombre de Dios. Isabel no puede contener su sorpresa y su alegría, ve a María como una mujer creyente en la que se irán cumpliendo los designios de Dios: “Dichosa porque has creído”. María es la «bendecida» por excelencia: con ella nos llega Jesús, la bendición de Dios al mundo. La vida cambia cuando es vivida desde la fe. Acontecimientos como el embarazo o el nacimiento de un hijo cobran un sentido nuevo y profundo. Dios está siempre en el origen de la vida. Las madres, portadoras de vida, son mujeres «bendecidas» por el creador: el fruto de sus vientres es bendito. La mujer creyente es grande por acoger con fe su misión de madre y guardar en su corazón la llamada de Dios a ser portadora de acogidas. La mujer creyente no solo es madre biológica sino madre de fe por saber escuchar a Dios y llevar esperanza a los abandonados y solos. La mujer creyente lleva consigo a Jesús como Salvador; evangeliza con gestos y palabras que llevan entusiasmo y compromiso. La mujer creyente contagia la alegría que brota de escuchar a Dios; ayuda a quienes necesitan amar a la vida.

María es el mejor modelo de esta fe viva y confiada. La mujer que sabe escuchar a Dios en el fondo de su corazón y vive abierta a sus designios de salvación. Su prima Isabel la alaba con estas palabras memorables: «¡Dichosa tú que has creído!» Dichoso también tú si aprendes a creer, es lo mejor que te puede suceder en la vida. Uno de los rasgos más característicos del amor cristiano es saber acudir al lado de quien está necesitando nuestra presencia; ponerse en camino y marchar aprisa junto a quien necesita en estos momentos cercanía. Hay una manera de amar que debemos recuperar en nuestros días y que consiste en «acompañar a vivir» a quien se encuentra hundido en la soledad, bloqueado por la depresión,

atrapado por la enfermedad o sencillamente vacío de toda alegría y esperanza de vida. Feliz el pueblo donde hay madres creyentes, portadoras de vida, capaces de irradiar paz y alegría. Feliz la Iglesia donde hay mujeres bendecidas por Dios, mujeres felices que creen y transmiten la fe a sus hijos e hijas. Felices los hogares donde la madre enseña a vivir con hondura la Navidad.

Uno de los rasgos más característicos del amor cristiano es saber acudir al lado de quien está necesitando nuestra presencia; ponerse en camino y marchar aprisa junto a quien necesita en estos momentos cercanía. Hay una manera de amar que debemos recuperar en nuestros días y que consiste en «acompañar a vivir» a quien se encuentra hundido en la soledad, bloqueado por la depresión, atrapado por la enfermedad o sencillamente vacío de toda alegría y esperanza de vida.

Feliz el pueblo donde hay madres creyentes, portadoras de vida, capaces de irradiar paz y alegría. Feliz la Iglesia donde hay mujeres bendecidas por Dios, mujeres felices que creen y transmiten la fe a sus hijos e hijas. Felices los hogares donde la madre enseña a vivir con hondura la Navidad.

NAVIDAD

Estamos acostumbrados a escuchar que Dios ha nacido en un portal de Belén y lo representamos. Se nos queda la sonrisa de nuestro Niño, es la mirada de Dios que nos sonrío. Se ha hecho niño, vive entre nosotros, es nuestro vecino y para encontrarnos con Él, no tenemos que salir del barrio.

Es hijo de María y José, pero también es mi Niño y el tuyo. Es de todos. Es el Salvador del mundo, el único en el que podemos poner nuestra última esperanza. Este mundo que conocemos necesita su sonrisa que representa la esperanza de que podemos cambiar lo que está mal, mejorar aquello que está en nuestras manos y ser hombres y mujeres marcados por su mirada.

Sin esta esperanza, no hay Navidad. Esta alegría no hay que confundirla con cualquier otra. Es una grande pues viene de la Buena Noticia de Jesús. Es para todo el pueblo y ha de llegar sobre todo a los que sufren y viven tristes. Mirando al Niño, comprendemos cómo nos ama cuando sufrimos, nos busca cuando nos perdemos y nos entiende cuando lo olvidamos. La noticia de la Navidad nos la cuenta San Lucas en su evangelio: Os traigo la Buena Noticia, la gran alegría para todo el pueblo. Nos descubre el misterio de Dios como niño recién nacido, así de simple e increíble. La Navidad nos invita a acercarnos a Dios como nos acercamos a un niño: de manera alegre, sin ruidos, discursos, con palabras sencillas nacidas del corazón; le llevamos lo mejor que hay en nosotros. Esta es la noticia que cambia el comportamiento de quienes la experimentan como la presencia de un Dios cercano, amigo; de su misterio que nos acerca, nos reconcilia con la vida y alegra con su llegada. Navidad es abrir el corazón a esta alegría.

No puede haber tristeza cuando nace la vida. No es la alegría de quienes están alegres sin saber por qué, es más bien aquella de quienes se abren a la cercanía de Dios y se dejan acoger por su ternura, es una alegría que nos libera de miedos y desconfianzas ¿Cómo temer a un Dios que se nos acerca como niño? ¿Cómo huir ante quien se nos ofrece como un pequeño frágil e indefenso? Dios se nos ha acercado en esa ternura, aquí comienza su aventura entre los hombres. Somos frágiles y lo sabemos, anhelamos protección. No acertamos a vivir solos y lo sabemos: necesitamos querer y que nos quieran. Cometemos errores, lo sabemos: necesitamos perdón y bendición. Solo nos salva el amor encarnado en la fragilidad de nuestra vida. La sonrisa que cada mañana nos regala el amor de Dios es la Navidad.

SIN PERMISO

Se habla de la crisis de la familia. Ciertamente, es grave. Las opiniones sobre ella son múltiples y muy diferentes. Nadie anuncia su desaparición; al contrario, la realidad parece enseñarnos que, cualquiera sea su conformación, en tiempos de cambios se multiplican los modelos. Los versículos de Lucas hablan de dificultades familiares: “pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres.” (Lc.2, 43)

El deseo sincero de los cristianos es imitar a la Familia de Nazaret. El modelo de familia se ha ido diversificando favorecido respuestas según la coyuntura del momento histórico. La familia que se construye hoy responde a nuevas exigencias laborales, de estudio, económicas, de salud y para ello entran en juego valores y acciones tales como el diálogo, la renuncia, la generosidad, el perdón.

La familia es una escuela de servicio y solidaridad. La fraternidad no es el resultado de comportamientos individuales sino de hombres y mujeres que producen resultados del amor, eso es familia. Como la de Nazaret, la familia se forma en la misión y no en la normalidad pasiva de intereses propios.

El hogar se convierte en el espacio privilegiado para vivir las experiencias más básicas del descubrimiento de los diversos estilos de vida que atraen a los hijos para construir un mundo más digno, justo y amable para todos, o seguir las ofertas del “vivir bien” sin preocuparse por los demás. Muchos padres se encuentran desbordados por diferentes problemas que rompen la tradición: pues los hijos “actúan sin permiso”. Los cambios nos cuestionan y nos exigen transformar modelos muy arraigados en nosotros. Pero es seguro que seguir a la familia de Nazaret es caminar en la sociedad con una conciencia moral responsable que educa y crea ideales de fraternidad y solidaridad.

El modelo de la Familia de Nazaret es un centro abierto al servicio de la sociedad, de talante dialogal y productora de amor. El Papa Francisco nos habla de la fuerza humanizadora de la familia y nos invita a aceptar su diversidad, que no necesariamente se identifica con la tradicional. Como quiera que esté formada, cualquiera sea su historia, más allá de la paternidad y maternidad física y sin estar condicionada por el tiempo de su duración, la familia es humanizante en todas las culturas, es un lugar cálido para crecer y madurar. ¿Qué sería de una sociedad sin la familia?

Aun cuando nuestro ideal de familia cristiana no se cumpla, recordemos a la de Nazaret, que parece normal pero no lo es. Lo que sí es constante es su amor. Más allá de cómo se constituya, siempre se forma en el amor y sus puertas están abiertas a su creador. Es allí donde se aprende que todos tenemos un Padre común y que el mundo no se acaba en las paredes de la propia casa.

“ No puede haber tristeza cuando nace la vida. No es la alegría de quienes están alegres sin saber por qué, es más bien aquella de quienes se abren a la cercanía de Dios y se dejan acoger por su ternura ”





“Es maravilloso constatar que hay personas que trabajan por un mundo mejor desde cualquier enfoque. Hombres y mujeres, jóvenes y adultos, que no se juntan para orar ni celebrar actos religiosos, sino para hacer el bien ”



“Hoy podemos cambiar algo en nuestras vidas para ser como los pastores de Belén, como ellos estaremos atentos a lo mejor que sucede a nuestro lado”

PASTORES

No nos disfrazamos de pastores, pero por la vida andamos como ellos, ocupados. Si no hay ángeles no hay noticia. Los pastores están ocupados en sus quehaceres cotidianos. El ángel trae la noticia y le creen, son buenas gentes. Ahora tienen algo de qué conversar, algo que decir a los demás: el porqué de su entusiasmo.

Nuestra conversación de ciudadanos - pastores es siempre igual. ¿Qué puede ser para nosotros algo realmente nuevo y bueno? De los pastores de Belén, San Lucas dice que los que les oían se admiraban. ¿Hay algo en nuestra conversación que anime a las personas con las que conversamos?

Hoy podemos cambiar algo en nuestras vidas para ser como los pastores de Belén, como ellos estaremos atentos a lo mejor que sucede a nuestro lado. No hay que esperar el milagro, pues ya se ha dado y está entre nosotros. Tenemos de qué hablar porque conocemos sus maravillas.

Año Nuevo, tiempo apropiado para reflexionar, para poner más verdad en la vida y escuchar la voz interna. Ahí encontramos a María que nos reconoce como pastores de la vida y como hijos y hermanos de su Hijo. Comenzamos el año celebrando la fiesta de Santa María Madre de Dios. Su fidelidad y entrega a la palabra de Dios, su identificación con los pequeños, su adhesión a las opciones de su Hijo Jesús, su presencia servidora en la Iglesia naciente y, antes que nada, su servicio de Madre del Salvador, hacen de ella la Madre de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Cada año que se nos ofrece de vida es un tiempo abierto a nuevas posibilidades, un tiempo de gracia y de salvación en el que se nos invita a vivir de manera nueva. Por ello, es importante escuchar las preguntas que pueden brotar de nuestro interior: ¿Qué esperamos del nuevo año? ¿Será un año dedicado a «hacer cosas», resolver asuntos, acumular tensión, nerviosismo y malhumor o será un año en que aprenderemos a vivir de manera más humana? ¿A qué dedicaremos el tiem-

po más precioso e importante? ¿Será, una vez más, un año vacío, superficial y rutinario, o un año en que amaremos la vida con gozo y gratitud? Hoy también celebramos la Jornada Mundial de Oración por la Paz. Este año será de paz si sabemos mirar los rostros de las personas con más cariño y comprensión, si sabemos estar más atentos a los desconocidos y nos detenemos ante quienes sufren. Será nuevo si hacemos a Dios más sitio en nuestra vida de ciudadanos, aprendemos a creer de manera diferente, con más confianza y menos miedos, si nos atrevemos a rezarle no sólo con oraciones prestadas, sino con palabras salidas de nuestro corazón. Feliz Año Nuevo.

LUZ

El cuarto evangelio comienza con un prólogo muy especial, una especie de himno que, desde los primeros siglos, ayudó decisivamente a los cristianos a ahondar en el misterio encerrado en Jesús. Si lo escuchamos con fe, nos ayuda a creer en Jesús de manera más profunda. Siguiendo este texto los místicos nos hablan de su experiencia. Recordamos a San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y entre nosotros a Santa Mariana de Jesús Paredes. Con ellos entendemos a San Juan cuando dice: “La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió” (Jn, 1, 5).

San Juan de la Cruz la llama la feliz noche oscura porque Dios interviene de un modo extraordinario con el testimonio de Juan Bautista que “vino para dar testimonio, para declarar a favor de la luz”.

Sentimos que estamos sujetos a mil cosas y nos encontramos incapaces de ver la pura y sencilla luz de Dios. San Juan de la Cruz advierte que no basta ciencia humana para entender, ni experiencia para decir por donde hemos de ir que no sea el camino de la fe, que es también oscura para el entendimiento, como la noche, pero “es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. De la noche oscura se sale porque “a todos los que lo han recibido y que creen en su nombre les ha dado poder llegar a ser hijos de Dios”.

Para aproximarnos a Dios hemos de acercarnos al hombre cuya luz ilumina los encuentros, se corre el riesgo de alejarse del verdadero y sustituirlo por imágenes distorsionadas que desfiguran su rostro e impiden colaborar en su proyecto de construir un mundo liberado, justo y fraterno. No basta con confesar a Jesucristo de manera teórica o doctrinal. Todos necesitamos conocerlo desde un acercamiento más concreto y vital a los evangelios, sintonizar con su proyecto, dejarnos animar por su espíritu, entrar en su relación con el Padre, seguirlo de cerca día a día. En el fondo de la vida, detrás de las cosas, en el interior de los acontecimientos, en el encuentro con las personas, en los dolores y gozos de la existencia, está siempre el amor de Dios sustentándolo todo.

Ésta es la tarea apasionante de una comunidad que vive purificando su fe. Quien conoce y sigue la luz va disfrutando cada vez más de la bondad misericordiosa de Dios. Tiene su rostro vuelto hacia nosotros, pues su misterio insondable es de amor y nos mira desde allí. Nos lo recuerda San Juan de la Cruz: el mirar de Dios es amar.

BAUTISMO

“Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”. (Lc. 3, 16) Necesitamos ser bautizados por Jesús con su fuego y su Espíritu, volver a las raíces de nuestra fe. Ponernos en contacto con el evangelio. Alimentarnos de las palabras de Jesús que son “espíritu y vida”. Necesitamos escuchar las llamadas del Espíritu para dar respuesta a las nuevas situaciones de pospandemia, mantener vivo el Espíritu de Jesús entre nosotros. En él fuimos bautizados.

Los textos que nos han dejado los primeros cristianos nos muestran que vivían su fe en Jesucristo, se sentían habitados por el Espíritu de Jesús. Animados por ese Espíritu, lo vivían todo de manera nueva.



Lo primero que cambia radicalmente en el bautizado es la experiencia de Dios. Los bautizados no viven agobiados por el miedo a Dios, sino con «espíritu de hijos» que se sienten amados de manera incondicional y sin límites por su Padre Dios. El Espíritu de Jesús nos hace gritar en el fondo del corazón: ¡Abbá, Padre! Esta experiencia es lo primero que todos deberíamos encontrar en nuestras comunidades cristianas.

Conocer lo que es vivir con «un espíritu nuevo», escuchando la llamada del amor, crea el clima para promover en las comunidades cristianas el verdadero culto a Dios. Lo que agrada al Padre no son los ritos vacíos de amor, sino que vivamos «en espíritu y en verdad». La vida en el espíritu de Jesús y la verdad de su evangelio es para los cristianos su auténtico «culto espiritual».

El mundo debe saber lo bueno que es este Dios que busca y acoge siempre a sus hijos perdidos porque sólo quiere salvar, no condenar. Quien no habla este lenguaje de Jesús, no anuncia su buena noticia.

Hoy corremos el riesgo de arrinconar a Dios en la vida diaria. Para muchos Dios ya no cuenta en absoluto a la hora de orientar y dar sentido a su vivir cotidiano. Casi sin darnos cuenta, un ateísmo práctico se ha ido instalando en el fondo de la sociedad y la familia. No preocupa que Dios exista o deje de existir. Ser bautizado, parece un problema extraño para el trabajo, la economía, la política.

“Ser bautizado con el Espíritu de Jesucristo” es sentirse acogido por él en medio de la soledad y el abandono, sentirse consolado en el dolor y la depresión, sentirse perdonado en el pecado y el peso de la culpabilidad, sentirse fortalecido en la impotencia y caducidad, sentirse impulsado a vivir, amar y crear vida en medio de la fragilidad.

Nosotros, los bautizados en el Espíritu, debemos encontrar caminos nuevos para vivir los acontecimientos ordinarios como experiencia de Dios que está con nosotros para que vivamos el amor acercándonos a los otros.

BODA

“Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Y, como se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: «No tienen vino.»” (Jn.2, 2- 3).

Jesús inaugura su actividad profética “salvando” una fiesta de bodas que podía haber terminado muy mal pues es un acontecimiento apreciado por todos. Durante varios días, familiares y amigos acompañan a los novios comiendo y bebiendo con ellos, bailando danzas festivas y cantando canciones de amor. ¿Ha cambiado algo?

María está preocupada. La fiesta está en peligro. ¿Cómo termina una boda sin vino? Ella confía en Jesús. Si en la vida faltan alegría y amor ¿en qué puede terminar la convivencia? María no se equivoca. Jesús interviene para salvar la fiesta proporcionando vino abundante y de excelente calidad.

Los evangelios presentan a Jesús concentrado en hacer la vida más llevadera, en especial la de aquellos que sienten la necesidad de vivirla de manera digna y dichosa. ¿Por qué en un banquete de bodas? Porque la fiesta contagia confianza, porque se lo pide su madre, porque el hombre y la mujer se salvan con una vida generosa y alegre, movida por el amor.

Estos gestos de fiesta apuntan hacia algo más profundo de lo que pueden ver nuestros ojos. En concreto, los signos de Jesús nos orientan hacia Él y nos descubren su fuerza salvadora. Su salvación ha de ser vivida y ofrecida por sus seguidores como un evento que da plenitud a las celebraciones cuando éstas quedan vacías, “sin vino” y sin capacidad de llenar nuestro deseo de felicidad.

Para comunicar la fuerza transformadora de Jesús no bastan palabras, son necesarios los signos que introducen la alegría de Dios. Dos mil años nos separan de la boda de Caná, pero el mensaje sigue atrayendo.

La figura de Jesús escapa de toda doctrina y trasciende toda religión para invitar directamente a los hombres y mujeres de hoy a una vida esperanzadora. El evangelista Juan redacta el episodio de las bodas de Caná para presentar simbólicamente a Jesús como portador de un “vino bueno”, capaz de reavivar el espíritu.

Escuchando este relato ¿cómo podemos pretender seguir a Jesús sin cuidar entre nosotros la alegría y el amor? ¿Qué puede haber más importante que la felicidad de quienes nos rodean? ¿Hasta cuándo podremos conservar en tinajas de piedra una fe triste y aburrida?

Nada puede ser más triste que quedarnos sin vino en la fiesta de la vida. ¡Que María esté en nuestra fiesta por si se acaba el vino!

PESCAR Y CONFIAR

“Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes” (Luc. 5,5) Lo que se nos dice es muy claro: hemos de poner nuestra esperanza en la fuerza de la palabra de Jesús. Los que le están escuchando no vienen movidos por la curiosidad, ni se acercan para ver prodigios, solo quieren escucharlo. Aquellos pescadores no buscaban milagros como los vecinos de Nazaret.

La escena es cautivadora, no ocurre dentro de una sinagoga, sino en medio de la naturaleza. La gente escucha desde la orilla; Jesús no está sentado en una cátedra sino en una barca. Según San Lucas, en este escenario humilde y sencillo enseñaba Jesús a la gente. Lo que viene después es entendible: su palabra convoca a la pesca aún en condiciones negativas, el resultado prodigioso hace reconocer la debilidad humana: “soy un hombre pecador”. Finalmente, su palabra cautivadora invita a seguirlo.

Ser discípulos de Jesús exige confiar en su palabra. La misión a la que nos quiere enviar es osada y hoy por hoy con pocas probabilidades de éxito. Quiere contar con nosotros para llevar adelante su proyecto, por eso exige “remar mar adentro”, abandonar las seguridades de la orilla, tener un horizonte ilimitado, asumir responsabilidades y meterse en la vida.

En el evangelio de Jesús hay una fuerza de atracción que no encontramos en otras propuestas. Esta es la pregunta decisiva: ¿No hemos de poner el Evangelio en el primer plano de todo? Lo más importante no es la doctrina sino la vida, no está en lo que se tiene sino en lo que te quieren.

Jesús nos ayuda a mirar de otra manera, sus palabras son la fuerza para decir como Pedro: «Apoyado en tu palabra, echaré las redes».

Sintámonos llamados a esta nueva labor de echar las redes, a dejarlo todo para seguirlo. Las necesidades de muchos hombres y mujeres penetran nuestra existencia para que seamos portadores de bondad y cariño. Nuestro compromiso es llevar a la vida la palabra de Jesús.

El Papa Francisco nos habla de llevarla a las periferias de nuestras sociedades para hacer un mundo más fraterno, justo y humano.

Pescar hombres y mujeres para el Reino exige confiar en su palabra, aunque muchas veces no coincida con nuestros intereses y estilos. La misión a la que nos llama para echar las redes está libre de propaganda religiosa, es una invitación a ser colaborador de Dios.

DICHOSOS

“Había una gran multitud de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo...Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: «Bienaventurados ...» (Luc.17-20)

Las bienaventuranzas de Jesús han quedado grabadas para siempre en todos nosotros, nos trazan el camino a seguir para conocer desde ahora una felicidad digna del ser humano. Felicidad que comienza aquí, pero que alcanza su plenitud final en el encuentro con Dios.

Sin embargo, cuando se nos pregunta qué es la felicidad y como encontrarla, no sabemos dar una respuesta clara. La felicidad es algo que todavía no poseemos plenamente. Por eso, la escucha sencilla de las bienaventuranzas provoca siempre en la persona un eco especial, su promesa nos atrae pues ofrecen una respuesta a esa sed que nace desde lo más hondo de nuestro ser.

A los cristianos se nos ha olvidado que el evangelio es una llamada a la felicidad. Se vive como que la fe es algo que tiene que ver con la salvación eterna después de la muerte, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo interesa a las personas.

Las bienaventuranzas son un camino para alcanzar la vida eterna construyendo, ahora mismo, una vida dichosa.

Podríamos preguntarnos ¿qué pasaría si tomamos en serio las bienaventuranzas y vivimos sin tanto afán de cosas, con más limpieza interior, más atentos a los que sufren y con una confianza más grande en Dios?, ¿seríamos más felices o menos?

La escucha sencilla de las bienaventuranzas provoca siempre un eco especial. Ofrece una respuesta a la esperanza de lograr una sociedad mejor, libre de miserias humanas y egoísmos que causan dolor y lágrimas. Jesús llama a los que sufren dichosos, porque su sufrimiento no durará para siempre.

La promesa que encierran las bienaventuranzas nos atrae, pues ofrece una respuesta a la sed de justicia y amor que nace desde lo más hondo de nuestro ser para encontrar un día la felicidad que penetre en nuestro corazón de manera inolvidable.

Jesús quiere dejar bien claro que los que no interesan a nadie, son los que más interesan a Dios; que los que son marginados son los que ocupan un lugar privilegiado en su corazón; que los que no tienen quien los defienda, le tienen a él como Padre. Según Jesús, es mejor dar que recibir, servir que dominar, compartir que acaparar, perdonar que vengarse, crear vida que marginar.

La verdadera felicidad la alcanzaremos por caminos completamente diferentes a los que nos ofrece la sociedad actual. Y en el fondo sentimos la necesidad de gritar: Felices los que saben ser pobres y compartir con los necesitados lo poco que tienen.

El mensaje es claro: hay que aprender a vivir desde otro «lugar», hay que escuchar la voz de un Dios que quiere una vida más digna y dichosa para todos, hay que vivir con un corazón nuevo.

GRATIS

“Haced el bien y prestad sin esperar nada.” (Luc.6-35) Sabemos que el amor que se dona sin esperar nada a cambio nos lleva a una manera de vivir. No es un asunto de cumplir mandamientos o de hacer cosas. Sentirse amado por Dios lleva a responder a ese amor amando a los demás.

Es fácil entender lo que dice Jesús pues nos parece que vivir amando es normal. Sin embargo, ¿Por qué tanta gente vive secretamente insatisfecha? ¿Por qué tantos hombres y mujeres encuentran la vida monótona, insípida y pesada? ¿Por qué la gente se aburre en medio del bienestar? ¿Qué hace falta para disfrutar la alegría de vivir?

El Evangelio de este domingo séptimo del Tiempo Ordinario nos dice que la existencia cambia y adquiere otro color si amamos gratis. No es una ingenuidad escuchar las palabras de Jesús: Haced el bien, sin esperar nada. Ese puede ser el secreto de la vida: el amor gratuito devuelve la alegría de vivir.

Vivimos en una sociedad en donde es difícil aprender a amar gratuitamente. Casi siempre nos preguntamos ¿Para qué sirve esto? ¿Es útil? ¿Qué gano yo? Todo lo calculamos y medimos. Nos hemos hecho a la idea de lo valioso se obtiene comprando y acabamos queriendo conseguir de esa forma el cielo y para ello cumplimos con un montón de normas y ritos.

El cariño, la amistad, la acogida, la solidaridad, la cercanía, la confianza, la lucha por el débil, la esperanza, la alegría interior, el perdón, son algo gratuito, que se ofrece por amor.

Los primeros cristianos, al hablar del amor, utilizaban la palabra ágape, para subrayar más esa dimensión de gratuidad, en contraposición al amor entendido sólo como eros y que tiene resonancia de interés y egoísmo.

No se trata de renunciar a nuestros derechos o callarnos frente a las injusticias, sino de renunciar a la violencia como medio absoluto para resolver diferencias y conflictos; también desistir de nuestras comodidades y gustos para compartir lo que se tiene.

Entre nosotros hay personas que sólo pueden recibir amor gratuito, pues apenas tienen nada que devolver a quien se les acerca; personas solas, maltratadas por la vida, incomprendidas por casi todos, empobrecidas por la sociedad, sin salida.

Jesús nos propone dejar de vivir en la lógica de girar en torno a nuestro propio yo para abrirnos a la “gratuidad”. El evangelio de hoy nos propone trabajar con criterio solidario y vivir desinteresadamente. Jesús nos enseña a ver las cosas de otra manera y a hacer el bien sin esperar nada.

OFERTA DE VIDA

“El Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo.” (Luc. 4,1) El relato de las tentaciones de Jesús no es un episodio aislado.

Es un planteamiento para entender la misión como compromiso por el Reino o en función de los propios intereses, llamados en el texto tentaciones.

Para nosotros, es una oferta que el Evangelio de San Lucas invita responder al estilo de Jesús: ratificando una misión de servicio y salvación con la vida como donación. Hoy son las mismas tentaciones que nos proponen nuevas maneras de vivir, sordos a la voz de Dios para seguir ofertas de bienestar por encima de la solidaridad, tener poder a costa del engaño y la violencia y fabricar una religión a costa de la mentira.

Las tentaciones vuelven a estar presentes entre los seguidores de Jesús.

El Evangelio de San Lucas habla del pan que no tiene en cuenta a los hermanos y que es solo para el tentado. Jesús propone un pan para todos, un camino de justicia y solidaridad.

En estos tiempos, la oferta del tentador va más allá de los bienes materiales y busca controlar los bienes sociales, el poder sobre los demás. Esta oferta está lejos del servicio que hace Jesús, el diablo ofrece una vida sin fraternidad.

Utilizar la religión para completar el bienestar material es probablemente la tentación más grave de muchos cristianos de países ricos, pues tranquiliza sus conciencias y los vacía de compasión, viven sordos a la voz de los necesitados.

Todo creyente experimenta este proceso. Por un lado, se ve atraído una vida que responde a los intereses de cada uno, por otro, sienten que poner por delante los intereses personales no despierta la alegría que nace del interior cuando nos abrimos a la luz de Dios.

El hombre y la mujer actual se afanan por alimentar su existencia de muchas cosas, pero lo hacen con frecuencia suprimiendo de su vida el proyecto de Dios.

No quieren sentirse ligados a Él, pero tampoco sabe cómo sustituir dignamente su ausencia. Hemos hecho la vida más larga, cómoda y placentera, ¿pero no la hemos hecho también más vacía, superficial y absurda? ¿Es éste el camino para satisfacer la necesidad profunda de vida que se encierra en el ser humano?

Unidos a Jesús nada tenemos que temer, sólo el amor cuenta. Aprovechemos la Cuaresma para revisar los desencuentros, infidelidades e injusticias y, al hacerlo, corregirlas, porque estamos un tiempo de conversión y conversión significa caminar de vuelta al Padre.

ESCUCHADLE

“Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.” (Luc. 9,35) Los cristianos de todos los tiempos se han sentido atraídos por la escena llamada tradicionalmente «La transfiguración del Señor». Sin embargo, no es fácil entenderla. Jesús subió “a orar” y todo sucede durante la oración.

Ignoramos lo que pasó en lo alto de aquella montaña, pero sabemos que en la oración y el silencio es posible vislumbrar desde la fe algo de la identidad oculta de Jesús.

Pedro no parece haberlo entendido. No ha captado la novedad de Jesús. La voz salida de la nube aclara las cosas. Sólo sus palabras y su vida nos descubren la verdad de Dios. La persona modelo de nuestra sociedad, hombre o mujer, es inteligente, hábil, organizado, pero con un corazón sin profundidad, carece de inquietud espiritual y preguntas sobre Dios.

Pertenecen a una sociedad perfectamente establecida y programada que hace funcionar la vida.

Ahora apreciamos el deseo por encontrar una luz nueva. Nacen las preguntas: ¿Dónde encontramos el sentido a lo que hacemos, un ideal capaz de iluminar el horizonte de la vida? ¿Dónde encontramos una ilusión que nos mantenga en pie? ¿Quién puede hacernos más humanos? ¿Quién despierta en nosotros la esperanza?

Necesitamos que alguien anime el espíritu humano de escuchar pues es la primera actitud para dar respuestas. Los cristianos necesitamos escuchar a Jesús vivo en lo más íntimo de nuestro ser, dejar que sus palabras, fuente gozosa y contagiosa, descendan hasta el corazón.

Los cristianos necesitamos interiorizar sus palabras para recuperar la fuerza de la vida y reavivar nuestra fe. No basta oír el Evangelio de manera distraída, rutinaria y gastada, sin deseo alguno.

No basta tampoco el estudio. De la escucha nace la pregunta que es oración: “Señor, ¿Qué me quieres decir a través de este texto del Evangelio?, ¿A qué me llamas en concreto?, ¿Qué confianza quieres sembrar en mi corazón?” Es el momento de estar ante Jesús sintiendo sólo su amor y misericordia, sin ninguna otra preocupación.

Vivir escuchando a Jesús es una experiencia única, es alguien que dice la verdad, que sabe por qué y para qué hay que vivir, que ofrece las claves para construir un mundo más digno. Hoy más que nunca hemos de orientar nuestro corazón hacia Cristo Jesús.

Él es el único que puede decirnos algo nuevo y diferente. El relato evangélico nos recuerda la invitación divina: “Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle”.

CONVERSIÓN

“Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.” (Luc. 13, 1)
Jesús sigue repitiendo incansable su mensaje: Dios está ya cerca, abriéndose camino para hacer un mundo más humano para todos. Jesús es realista, sabe bien que el mundo no cambia si no cambiamos nosotros. Predica la conversión: «Convertíos y creed en esta buena noticia».

Como la gente no reacciona, cuenta una pequeña parábola. El propietario de un terreno tiene plantada una higuera en medio de su viña. Año tras año viene a buscar fruto en ella, y no lo encuentra.

Su decisión parece la más sensata: la higuera no da fruto y está ocupando terreno inútilmente, lo más razonable es cortarla. Pero el encargado de la viña reacciona de manera inesperada, no quiere verla morir. ¿Por qué no dejarla todavía? Al final, es la higuera la que decidirá su suerte.

Somos la higuera, nosotros decidimos nuestra suerte. El cambio está en nuestras manos, y para ello necesitamos conversión, un «corazón nuevo», una respuesta decidida a la llamada de Jesús. El riesgo más grave que nos amenaza a todos es terminar viviendo una vida estéril. Sin darnos cuenta, vamos reduciendo la vida a lo que nos parece importante: ganar dinero, estar informados, comprar cosas y saber divertirnos. Nos basta con sobrevivir sin más aspiraciones.

Como la higuera sin fruto, confundimos lo valioso con lo útil, lo bueno con lo que nos apetece, la felicidad con el bienestar. Ya sabemos que eso no es fruto, pero tratamos de convencernos de que se puede vivir sin fruto y disfrutar. Convertirnos es cambiar el estilo de vida. Jesús nos repite una y otra vez que debemos dejar este mundo haciéndolo un poco más humano que el que hemos recibido.

Criar un hijo, construir una familia, cuidar a los padres ancianos, cultivar la amistad o acompañar de cerca a una persona necesitada... no es desaprovechar la vida, sino vivirla desde su raíz más plena. Es hacer un mundo mejor.

Ya tenemos la respuesta a las preguntas: ¿Para qué la conversión? ¿Para qué el cambio en nuestros corazones? ¿Para qué preocuparnos de lo que pasa en la sociedad, en nuestro barrio, en la familia? ¿Para qué hablar de que un mundo distinto es posible y que está en nuestras manos? Para dejar un mundo mejor que el que recibimos.

Con creatividad y compromiso experimentamos la sensación de que somos capaces de hacernos cargo de los sufrimientos ajenos. El amor compasivo y la entrega generosa nos hacen más semejantes a Jesús.

La conversión para dar frutos decide lo que voy a hacer con mi vida. La gracia de Dios nos da todo lo necesario para vivir esta aventura personal de ser más solidarios y trabajar por el Reino de los Cielos para dejar un mundo mejor.

JORNALERO

Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros». (Luc. 13, 1)

El verdadero protagonista de esta parábola es el padre. Por dos veces repite el mismo grito de alegría: «Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado». Este grito revela lo que hay en su corazón de padre.

Quien oiga esta parábola está invitado a ponerse en camino hacia los brazos del padre. Quien la escuche en su corazón, tal vez llorará de alegría y agradecimiento. Sentirá por vez primera que el misterio último de la vida es Alguien que nos acoge y nos perdona porque solo quiere nuestra alegría. Después de escuchar esta parábola no se puede seguir caminando por la vida sin Dios.

El relato de la parábola describe con todo detalle el encuentro sorprendente del padre con el hijo que abandonó el hogar. Estando todavía lejos, el padre «lo vio» venir hambriento y humillado, y «se conmovió» hasta las entrañas. Esta mirada buena, llena de bondad y compasión es la que nos salva. Solo Dios nos mira así.

A este padre no le preocupa su honor, sus intereses, ni el trato que le dan sus hijos. No emplea nunca un lenguaje moral. Solo piensa en la vida de su hijo: que no quede destruido, que no siga muerto, que no viva perdido sin conocer la alegría de la vida.

En esta parábola para Jesús lo importante, y sobre lo que llama la atención, es el padre que sale corriendo y abraza a su hijo: «Se le echó al cuello y se puso a besarlo». Así está siempre Dios: Corriendo con los brazos abiertos hacia quienes vuelven a él.

Ponerse en camino hacia los brazos de ese Padre que corre a nuestro encuentro, es la invitación que hace Jesús, para gozar del cariño del Padre. El hijo comienza la confesión que ha preparado largamente en su interior, pero el padre le interrumpe, no le interesa lo que su hijo haya hecho.

La alegría del Padre está en abrazar y besar al hijo que ha regresado. Este es el Dios de nuestra fe, el Padre que no nos abandona, aunque nos alejemos de Él. Para este Padre no hay perdidos.

No podemos olvidar esta parábola. Sabemos que tenemos el perdón del Padre antes de pedirlo y organiza una fiesta familiar cada vez que regresamos. Reconocemos que es en la casa del Padre donde nuestra libertad es total y crece en el amor.

NO PEQUES MÁS

“Anda, y en adelante no peques más.” (Jn. 8,11) Jesús nos sorprende con su mensaje increíblemente comprensivo al juzgar la actuación de las personas. El Evangelio de este domingo nos trae un caso: La situación es dramática, los fariseos están tensos; la mujer, angustiada; la gente, expectante. Jesús guarda un silencio sorprendente, tiene ante sí a aquella mujer humillada, condenada por todos. Tú, ¿qué dices? Jesús responde desde la misericordia de Dios: aquella mujer y sus acusadores están necesitados de su perdón.

Todos hacemos en un momento u otro lo que no deberíamos. Sabemos que nuestras decisiones no son siempre transparentes y actuamos más de una vez por motivos oscuros y razones inconfesadas. La culpa es una experiencia misteriosa de la que ninguna persona se ve libre. Ante Dios, todos nos reconocemos pecadores, precisamos su perdón.

Jesús se dirige a la mujer del Evangelio con ternura y respeto, le dice y nos dice: “Tampoco yo te condeno”. Su perdón es el punto de partida para una vida nueva: “Anda, y en adelante no peques más”. Este diálogo arroja nueva luz sobre la situación.

Le ofrece su perdón y al mismo tiempo le invita a no pecar más. Así es Él, grande y magnánimo, nunca amenazó con castigos, ni condenó a nadie.

El creyente descubre en esa actitud el rostro de Dios y escucha un mensaje de salvación que se resume así: “Cuando no tengas a nadie que te comprenda, cuando los hombres te condenen, cuando te sientas perdido y no sepas a quien acudir, has de saber que Dios es tu amigo, está de tu parte, comprende tu debilidad y hasta tu pecado”.

Jesús no se resigna a que nos quedemos en el mal elegido. Nos invita, casi ordena, que salgamos de esa situación, de esa prisión oscura del pecado en que nos hemos encerrado cuando nos conformamos con una vida falsa, egoísta y me-

diocre. Este evangelio fue comentado por monseñor Óscar Romero en su última y célebre homilía. Dice: “No encuentro figura más hermosa de Jesús, que no tiene pecado, salvando la dignidad humana frente a frente con una mujer adúltera. Fortaleza, pero ternura: la dignidad, ante todo. A Jesús no le importan los detalles legalistas, Él ama, ha venido precisamente para salvar a los pecadores. La salvación comienza arrancando del pecado a cada persona». «No peques más».

BURRITO

“Al entrar van a encontrar amarrado un burrito que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo.” (Luc. 19, 30) La palabra de Jesús no se centraliza en la cruz. Su mensaje principal no es la predicación de la muerte sino el anuncio de una buena noticia: la bondad infinita de Dios que quiere la felicidad total del hombre. Jesús es el Rey de esta buena noticia y del pueblo que la recibe con entusiasmo.

Para festejarla lo hace montado en un burrito. No habla de poder, conquista, sufrimiento o cruces. Bendice y el pueblo lo aplaude, lo recibe, le da la bienvenida y se alegra.

Cuando los cristianos de hoy lo miramos detenidamente, seguimos encontrando al que esperamos para entender los misterios de la vida. Veinte siglos de acomodar doctrinas, prácticas y ritos no han logrado darnos lo que El regaló al mundo desde la mansedumbre de un burro y el verdor de ramos en manos de la gente. Hemos pasado por sufrimientos, hambre, pandemias, guerras y miseria y Él nos sigue anunciando la buena noticia. El burrito no está cansado pese a que el camino está lleno de gente que le agradece por quien lleva.

Sabemos cuál es el proyecto del reino de Dios pues quien viene montado sobre un burro lo ha dejado claro, sin misterios. No podemos ignorar el verdor de la vida, su fuerza de Aleluya o la sencillez de un pueblo que lo sigue porque habla de certezas.

En este Domingo de Ramos aclamemos a Jesús, experimentemos su acogida y perdón; agradezcamos su amor increíble y su llamada a solidarizarnos para humanizar la vida y hacer realidad su proyecto. Seamos, como Él, capaces de poner verdad donde hay mentira, introducir justicia donde hay abusos y crueldad con los más débiles, a ser compasivos donde hay indiferencia y pasividad ante los que sufren. Hagamos una procesión de agradecimiento a la vida sencilla descubriendo su misterio en el amor.

No está permitido seguir viviendo como espectadores de un Domingo de Ramos alimentando una ingenua ilusión de inocencia. El burrito rompe esquemas sociales y de bienestar. Nos hemos de rebelar contra esa cultura de hacer mítico lo obvio desplazando las realidades que duelen a espacios lejanos donde la protesta es procesión y el grito es canto.

Sigamos a Jesús, es una tarea apasionante cuyo resultado es una vida más digna y noble. Trabajemos desde nuestros espacios por un mundo más humano, con la calidez y sencillez de quienes nos sabemos seguidores del Hombre que vino en un burro.

DOLOR - HOMBRE - CRISTO

Pilato les dijo: Aquí está el hombre (Jn. 19,5) Hoy es el día del sufrimiento. Poetas, escultores, literarios, pintores hacen del dolor centro de su arte; otros, como el personal de los hospitales, es parte de su trabajo diario.

En Viernes Santo, hacemos del dolor, salvación. San Juan Pablo II escribe del dolor como un sufrimiento salvífico, complemento de la vida.

Se puede decir que es la expresión común de la vida humana y es inseparable de la existencia terrena del hombre.

El dolor es un tema universal que ha acompañado a la humanidad, es la constante de los pueblos y común a todas las culturas; puede transformarse en brillo o llanto en los ojos, se hace sonrisa o dureza en los labios.

El dolor puesto en la cruz se hace Cristo, pero también hombre; por eso decimos a una persona vilipendiada por quienes le rodean que “le han puesto como a un cristo”.

En este Viernes Santo tendremos el Dolor – Hombre - Cristo por nuestras calles; el crucifijo saldrá y será cargado como antes de la pandemia. Será esperanza para quienes le piden llevarse dolores y sinsabores.

Hemos cambiado desde la vez anterior, tenemos nuevas cruces a las que añadimos la cruz colectiva de la pandemia y el horror de la guerra.

Estamos mirando las cruces de hoy y perdiendo de vista al Crucificado que ha estado presente en nuestra historia. Las cruces de la vida dividen, el Crucificado nos une como hermanos. Este Viernes Santo es una oportunidad para esforzarnos en llevar nuestras cruces, propias y colectivas.

Para entender este amasijo de sentimientos, donde se mezclan dolores y alegrías, tenemos que volver nuestra mirada al amor, fuente de todo lo que existe. No habría dolor ni cruz si no fuese primero el amor.

Cristo nos hace descubrir el sufrimiento en la medida que comprendemos la sublimidad del amor divino, aquel que nos abre las puertas para ser mejores hombres y mujeres y vivir con esperanza.

DOMINGO

“Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó”. (Jn. 20,8). Fue tal el impacto del “vio” y “creyó” en los discípulos que fueron testigos que cambió las bases culturales: dejaron el sábado y toda su tradición por el domingo con la novedad del anuncio.

El impacto sigue presente. Muchas cosas han cambiado, pero lo que pasó ese domingo recoge en múltiples formas el resultado del “vio y creyó”. Juan informa con precisión sobre las primeras horas del primer domingo cristiano.

Las tradiciones del sepulcro vacío y apariciones son las formas más antiguas de expresar la fe en la Resurrección de Jesús.

La primera comunidad siente a Jesús y lo celebra. Es un acto de memoria y realidad. Toda esa cultura del domingo, común para pueblos diferentes, tiene su origen en la experiencia del sepulcro vacío.

El domingo de hoy son campanas, paseos, zapatos limpios, helados para los niños, café con los amigos y misa; es el día en el cual se oxigena la vida moderna y allí está el Resucitado.

Es el día donde los cristianos afirmamos que, si los hombres intentan destruir la existencia de mil maneras, no lo conseguirán, pues Dios ha resucitado a Jesús y significa que solo quiere dar vida a sus hijos.

Esta certeza está presente en todas las iglesias del mundo. Sin Jesús nos sentimos perdidos, no lo vimos, pero sí, creemos.

En el domingo nos reunimos, compartimos, repetimos los gestos de Jesús; sentimos cómo su presencia hace crecer la fe, sabemos que está en nuestras vidas.

El domingo es una referencia en la fe de los cristianos en el Resucitado, para abrirnos a ella hemos de hacer nuestro propio recorrido y encontrarlo en los hermanos, en los humillados y crucificados por la guerra, la migración, el odio político o la explotación sexual.

El domingo cristiano es propicio para encontrar los tiempos interiores que necesitamos para sentirnos libres y tomar decisiones con autonomía. En el encuentro dominical, los creyentes reavivamos la fe en Cristo y lo hacemos presente en las costumbres que nos hablan de familia, comunidad y barrio.

COMPRENDÉIS

La vida de Jesús fue una permanente entrega al pueblo pobre. Los evangelios son una crónica de cómo los enfermos, endemoniados y marginados recibieron de Él la ayuda que pedían. Hasta el final de su existencia Jesús da todo lo que es, lo que sabe, lo que tiene.

Ahora se prepara para entregar definitivamente su existencia. Jesús lava los pies de sus discípulos, tarea de esclavos y servidores. Este acto tiene un especial relieve, no hay milagros, hay signos, enseñanzas. ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? dice y su pregunta va más allá del jueves y atraviesa la economía de la salvación; es como decir ¿entienden el amor que os tengo y de lo que soy capaz de hacer por vosotros?

Resuena en la comunidad el mandamiento nuevo, el del amor. Jesús nos dice “amen como yo os he amado», hasta el extremo, de forma inimaginable. Se trata de una proclamación del mandamiento del amor hecha, no con palabras, sino con el signo práctico del servicio que entra por los ojos. Amar es servir. Y concluye diciendo: «Les he dado el ejemplo. Ustedes también deben lavarse los pies unos a otros».

Jesús nos llama para que encontremos maneras de ayudar a los demás. Su amor tiene el gran deseo de ver la colaboración entre nosotros. No importa lo que cada uno aporte, Él se encarga de multiplicar lo que damos, como hizo con los panes y pescados.

Estando en comunión con Jesús, tendremos fuerza para ser solidarios servidores de nuestros hermanos.

El Reino comienza y termina en los pequeños y cotidianos gestos de entrega. El cambio que propone Jesús lavando los pies a sus discípulos es un camino forjado día a día.

Pensamos que el servicio es únicamente generosidad, pero Pedro, hombre apasionadamente generoso, enseña que es dejarse ayudar por los otros; aceptaba entregar su vida por Jesús y el Evangelio; sin embargo, no comprendía las intenciones de Jesús y no aceptaba su mensaje de dejarse lavar los pies. Historia como la de muchos.

El Triduo Pascual es el memorial de su existencia. Hoy la Iglesia, nuestra comunidad cristiana, repite los hechos salvíficos de Jesús al hacer memoria de aquella primera eucaristía que Jesús celebró. Es su presencia, viva, la que nos llena de amor, esperanza y buenos augurios.



“En el fondo de la vida, detrás de las cosas, en el interior de los acontecimientos, en el encuentro con las personas, en los dolores y gozos de la existencia, está siempre el amor de Dios sustentándolo todo”

“Nos consideramos creyentes, sentimos la presión de la cultura materialista en la que queda poco espacio para una fe que va reduciéndose a una costumbre. Ocupados por mil cosas y atentos a las redes sociales no hay espacio en nuestras vidas para comunicarnos con Dios. ¿Qué podemos hacer? En realidad, no se necesitan grandes cosas, hay que repetir el pedido de los apóstoles: aumentanos la fe”.

P. Javier Herrán, sdb.
En línea con Jesús

